ARDE, BRUJA, ARDE

Abraham Merritt

INTRODUCCIÓN

Soy médico especialista en neurología y enfermedades mentales. Mis actividades se desenvuelven singularmente en el campo de la psicología anormal, donde gozo de gran prestigio. Tengo clínica en dos de los principales hospitales de Nueva York, y he recibido grandes honores, tanto en mi país como en el extranjero. Dejo esto sentado, aun a riesgo de que se me identifique, no por vanagloria, sino porque quiero demostrar mi competencia para observar y analizar desde un punto de vista científico los extraños sucesos que van a ser objeto de mi relato.

Digo que me arriesgo a la identificación, porque no me llamo Lowell. Es un seudónimo, como lo son todos los nombres que aplico a los personales de mi narración, en el transcurso de la cual aparecerá con creciente claridad el motivo que tengo para ocultar los verdaderos.

Pero he considerado un deber ineludible seleccionar, poner en limpio y ordenar de una manera lógica los datos y observaciones que conservo revueltos en una carpeta de mi biblioteca, con el titulo de "Los Muñecos de Madame Mandilip" y darlos a conocer. Claro que podía hacerlo a manera de informe dirigido a una de las sociedades médicas a que pertenezco; pero estoy demasiado seguro de la rechifla con que se acogería mi escrito y del recelo, la lástima y quizás el desprecio con que me mirarían en adelante mis colegas, viendo que yo pretendía establecer un orden de causas y efectos tan contrario a la noción que de éstos se tiene como Incontrovertible.

Pero, aun considerándome un medico ortodoxo como el que más, no puedo dejar de preguntarme si, en realidad, no hay otras causas que las que admitimos fuerzas y energías que nos obstinamos en negar porque no hallamos en los estrechos límites de nuestro conocimiento nada que nos las explique, energías cuya realidad está reconocida en el folklore, en las antiguas tradiciones de todos los pueblos, y a las que, para justificar nuestra ignorancia, motejamos de mitos o supersticiones.

Una sabiduría, una ciencia de antigüedad incalculable, nacida antes que la historia, pero nunca muerta ni del todo perdida; una ciencia oculta, pero siempre con sus sacerdotes y sacerdotisas encargados de guardar su llama sagrada, que se conserva de siglo en siglo; la llama de la ciencia prohibida... que ardió en Egipto antes de construirse las pirámides, en los templos derruidos más allá de los arenales de Gobi; conocida de los hijos de Adán. a quienes, al decir de los árabes, Alá convirtió en piedras por sus hechicerías, muchos años antes de que Abraham pasase por las calles de Ur de los caldeos; conocida en China, y conocida del lama tibetano, de los buriates de las estepas siberianas y de los brujos del Pacífico.

Llama secreta la ciencia satánica, recóndita en las sombras.

CAPÍTULO PRIMERO
UNA MUERTE MISTERIOSA

Oí dar la una mientras subía la escalinata del hospital. Ordinariamente ya estaba durmiendo a tales horas de la noche, pero tenía un caso que me interesaba, y Braile, mi auxiliar, me avisó por teléfono que acababa de producirse cierta alteración, y yo deseaba observarla personalmente. Era una clara noche de noviembre y me detuve un momento en lo alto de la escalinata a mirar el resplandor de las estrellas. En esto, vi que un automóvil se paraba ante la puerta.

Permanecí inmóvil, intrigado ante la posibilidad de una visita a hora tan intempestiva, y he aquí que vi salir a un hombre, que después de mirar recelosamente a un uno y a otro lado de la calle, abrió la portezuela. Entonces bajó otro hombre y vi que los dos se volvían al coche y braceaban en su interior. Por fin se irguieron y entonces advertí que sostenían en sus brazos a un tercero y echaban a andar con él, no ayudándole, sino transportándolo. La cabeza le caía sobre el pecho y los miembros le colgaban inertes.

Otro individuo salió del coche.

Lo reconocí. Era Julián Ricori, un célebre jefe de los bajos fondos, uno de los ya acabados productos de la ley seca, un terrible contrabandista, Varias veces me lo habían señalado, pero también lo hubiera reconocido por haber visto con frecuencia su retrato en los periódicos. Enjuto de carnes, alto, con los cabellos plateados, siempre intachablemente vestido, por su porte externo más bien parecía un tipo acomodado que un dirigente de actividades como aquellas de que le acusaban.

No se percataron de mi presencia, porque estaba en la sombra; pero apenas me dejé ver, los dos hombres cargados se detuvieron como sabuesos que sorprenden la caza, y hundieron la mano que les quedaba libre en el bolsillo de la chaqueta. En aquel movimiento había una amenaza, por lo que me apresuré a gritar

—Soy el doctor Lowell, médico del hospital Sigan.

No me contestaron. Ni apartaron de mí la vista ni se movieron. Ricori se les adelantó, con las manos también en los bolsillos. Después de mirarme, se volvió a los otros, haciéndoles una seña. y noté que la actitud de alerta se relajaba.

—Le conozco, doctor —dijo afablemente en inglés pintoresco— Pero se ha puesto usted en un serio peligro. Si me permite darle un consejo, no se presente tan de improviso cuando se le acerquen hombres a quienes no conoce, y menos de noche y en esta ciudad.

—Pero yo le he conocido en seguida, señor Ricori.

—Entonces —replicó el otro sonriendo ligeramente— su indiscreción es doble y mi consejo mucho más pertinente.

Siguió un momento de embarazoso silencio, que rompió él mismo.

—Siendo quien soy, comprenderá que estaré mejor dentro que fuera.

Abrí las puertas. Los dos hombres pasaron con su carga, siguiéndoles Ricori y yo. Ya dentro me dejé llevar por mis inclinaciones profesionales y me acerqué al hombre que transportaban los otros dos. Estos dirigieron una rápida a Ricori, que asintió con la cabeza.

Yo levanté la del paciente.

Sentí un ligero estremecimiento. Aquel hombre tenia los ojos muy abiertos. No estaba muerto ni en estado de inconsciencia, pero había en su cara la más extraordinaria expresión de terror que yo había visto en mi larga experiencia de casos de cordura, de insania y rayanos en la locura. Producían al propio tiempo un horror desconcertante. Aquellos ojos, azules y con las pupilas muy distendidas, parecían signos de admiración puestos a los sentimientos reflejados en aquel semblante. Me miraban, y a través de mí miraban más allá Y, no obstante, parecía que miraban hacia dentro, como si la visión delirante que percibían estuviese dentro y fuera de ellos.

—¡Exactamente! —dijo Ricori, que me estaba observando con fijeza — Eso es lo que yo me pregunto, doctor Lowell. ¿Qué ha visto mi amigo, o qué le han dado, que lo ha puesto en tal estado? Ardo en deseos de saberlo. Estoy dispuesto a gastar todo el dinero que sea necesario para ponerlo en claro. Deseo que se cure, sí; pero he de serle franco, doctor. Daría mi último céntimo por tener la seguridad de que quien ha hecho esto con él no hará lo mismo conmigo, de que no podrían hacer de mí lo que de él han hecho, de que no podrán hacer que yo vea lo que él ve, ni hacer que yo sienta lo que él siente.

Obedeciendo a una señal mía, se acercaron los enfermeros y colocaron al paciente en una camilla. Y al aparecer entonces en escena el medico residente, Ricori me tocó la espalda y me dijo.

—Sé muchas cosas de usted, doctor Lowell, y me gustaría que se encargase personal y exclusivamente de este caso.

Dudé en contestar, pero él insistió, muy resuelto

—¿No puede dejar todo lo demás, para dedicar a esto su tiempo? Llame a quienes quiera para celebrar las consultas que crea convenientes... sin pensar en gastos...

—Un momento, señor Ricori —le atajé— Tengo enfermos que no puedo abandonar. Dedicaré a éste todo el tiempo de que disponga, y lo mismo hará mi ayudante, el doctor Braile. Su amigo estará aquí incesantemente observado por gente de mi completa confianza. ¿Quiere usted que me encargue del caso en estas condiciones?

Accedió él, aunque pude ver que no del todo satisfecho. Hice conducir al enfermo a un cuarto de preferencia, completamente aislado y procedí a registrar su ingreso con las debidas formalidades. Ricori me dio el nombre del paciente, Tomás Peters, asegurándome que no le conocía parientes cercanos y que, como amigo más intimo, tomaba sobre sí toda la responsabilidad; y esto diciendo, sacó un grueso fajo de billetes y apartando uno de mil dólares lo dejó sobre la mesa “para los primeros gastos”.

Le pregunté si deseaba estar presente en mi reconocimiento, a lo que contestó que le gustaría. Habló a sus dos hombres, que fueron a situarse a las puertas de la calle, para hacer la guardia, mientras nosotros nos encaminábamos al cuarto del enfermo. Los practicantes lo habían desnudado y yacía sobre la mesa plegable, cubierto con una sábana. Braile, a quien había mandado a buscar, estaba inclinado sobre Peters, mirándole fijamente la cara y visiblemente interesado. Vi con satisfacción que la enfermera Walters, joven de extraordinario talento y mucha conciencia, nos había sido destinada. Braile me miró y dijo.

—Sin duda, alguna droga heroica.

—Podría ser —le contesté—; pero en todo caso, la desconozco. Mire esos ojos...

Cerré los párpados de Peters, mas, apenas aparté los dedos, empezaron a abrirse lentamente hasta que lo estuvieron por completo. Varias veces traté de cerrarlos, pero otras tantas se abrieron, siempre con el mismo terror, con la misma horrenda expresión.

Empecé el reconocimiento. Todo el cuerpo estaba relajado y fláccido, musculatura y articulaciones. Tan aflojado lo encontré todo, que pensé sonriendo que parecía un pelele. Diríase que cada músculo y cada nervio estaba privado de su función, y eso que no aparecía el menor síntoma de parálisis. El cuerpo no respondía a ningún estímulo sensorial, aunque recurrí a los más enérgicos procedimientos. Lo único que obtuve fue una mayor dilatación de las pupilas, acercando una luz intensa.

Hoskins, el patólogo, entró a sacarle sangre para su análisis. Cuando él se hubo marchado con la que creyó necesaria, procedí a un minucioso examen del cuerpo. No encontré la menor señal de herida, pinchazo, rasguño ni contusión. Peters era peludo y con permiso de Ricori ordené que le hiciesen una completa rasura de pecho, espalda, piernas y hasta de cabeza. No hallé nada que Indicase la inyección de una substancia por vía hipodérmica. Tenía yo el estómago vacío y tomé muestras de los órganos excretorios, incluyendo la piel. Examiné las membranas de la nariz y de la garganta, que me parecieron sanas y en estado normal; no obstante, hice analizarlas. La presión arterial era baja, la temperatura un poco menos que la normal; pero esto nada significaba. Le di una inyección de adrenalina, que no produjo la menor reacción, y esto si que podía significar mucho.

—¡Pobre diablo! —me dije— Voy a ver si te arranco de esa pesadilla, de un modo u otro.

Le inyecté una dosis mínima de morfina, pero obtuve el mismo efecto que si le hubiera inyectado agua, y repetí con la mayor dosis a que me atreví. Sus ojos continuaron abiertos, sin que se alterase su expresión de horror. El pulso y la respiración no sufrieron el menor cambio.

Ricori observó todas mis manipulaciones con intensa curiosidad. Por el momento no se podía hacer más y así se lo advertí.

—No puedo hacer nada más mientras no reciba los informes del resultado de los diversos análisis. Francamente, no sé por donde navego. No conozco ninguna enfermedad ni ningún tóxico que produzca estos síntomas.

—¿Pero no hablaba el doctor Braile de una droga heroica?

—Mera suposición, se apresuró a intervenir Braile. Como el doctor Lowell, tampoco sé de ninguna droga heroica que produzca estos resultados.

Ricori contempló el rostro de Peters y se estremeció.

—Ahora —le dije— he de hacerle algunas preguntas. ¿Ha estado enfermo su amigo? En este caso, ¿se ha puesto bajo tratamiento médico? Si no ha estado enfermo de algún tiempo acá, ¿ha experimentado alguna molestia? ¿No ha notado usted algo anormal en su manera de proceder?

—A todas sus preguntas he de contestar negativamente. Durante la semana pasada, Peters ha estado en estrecha relación conmigo; puedo decir que apenas nos separábamos. Y nunca se ha quejado de nada. Esta noche estuvimos cenando en mi piso, una cena ligera y tardía, y se mostraba muy animado y contento. En mitad de la conversación dejó una

palabra sin terminar se volvió ligeramente, como para escuchar algo, y entonces se cayó de la silla. Cuando fui en su auxilio, lo encontré como usted lo ve ahora. Eran precisamente las doce y media. En seguida lo traje aquí.

—Bueno —dije yo—, al menos esto nos da exactamente el tiempo de duración del ataque. No hace falta que se quede usted aquí, señor Ricori, a no ser que así lo desee.

Durante un rato se estuvo mirando las manos, refregándose sus pulidas uñas.

—Doctor Lowell —dijo al fin—, si este hombre muere sin que usted descubra la causa de su muerte, pagaré a usted sus honorarios de rigor y al hospital los gastos de hospedaje que establezca el reglamento y nada más. Si muere y hace usted el descubrimiento después de su muerte, daré cien mil dólares para la obra de caridad que usted me diga; pero si lo hace antes que muera y lo salva, le daré a usted la misma cantidad.

Nos lo quedamos mirando con extrañeza, pero luego, al comprender el significado de tan peregrino ofrecimiento, apenas pude refrenar un sentimiento de cólera.

—Ricori —le dije—, usted y yo vivimos en mundos diferentes; por tanto, no le sorprenda que le conteste cortésmente, a pesar de lo difícil que la cortesía resulta ante sus insensatas proposiciones. Haré cuando esté a mi alcance por descubrir lo que le pasa a su amigo y por curarlo. Lo haría aunque él y usted fuesen pobres. Me interesa el caso únicamente como problema que viene a desafiar mis conocimientos profesionales. Pero no me interesa en lo más mínimo ni usted, ni su dinero ni su oferta. Considérela como definitivamente rechazada. ¿Lo comprende usted bien?

No manifestó el menor resentimiento.

—Lo comprendo tanto como sigo deseando que usted y sólo usted se encargue de este caso —me dijo.

—Perfectamente. Dígame ahora donde podré avisarlo si considero urgente su presencia.

—Con su permiso —contesto—, me gustaría que... bueno, que unos representantes míos permanecieran en este cuarto todo el tiempo. Se quedarán dos, y si usted me necesita, no tiene mas que avisarles, y en seguida me tendrá aquí.

Esto me hizo sonreír, pero él permaneció serio.

—Me ha recordado usted —prosiguió— que los dos vivíamos en mundos diferentes. Si usted toma sus precauciones para vivir tranquilo en su mundo, yo también ordeno mi vida para evitar cuanto me es posible los peligros que la envuelven. Nunca se me ocurriría tener la pretensión de aconsejarle cómo se ha de mover entre los peligros de su laboratorio, doctor Lowell. Los míos son mucho peores, y me guardo de ellos lo mejor que puedo.

Era aquella una petición muy rara, pero ya en aquel momento me tenía Ricori ganada la simpatía y comprendí perfectamente su punto de vista. El lo vio y aprovechó la ventaja para insistir.

—Mis hombres no estorbarán —dijo—. No se meterán para nada en sus asuntos, y si lo que sospecho resulta verdad, serán una protección para usted y para sus auxiliares, pero tanto ellos como los que vengan a relevarlos, han de estar en el cuarto noche y día. Si se traslada a Peters, deben acompañarlo, no importa a dónde lo lleven.

—Yo lo arreglaré —dije. Y a petición suya, mandé a un practicante a la puerta de calle. Pronto volvió con uno de los hombres que Ricori dejó de centinela. Ricori le dijo algo al oído, y el hombre salió. Al poco rato subieron otros dos hombres. Entretanto había dado yo una explicación de lo extraordinario del caso al médico residente y al conserje, obteniendo el necesario permiso para la permanencia de aquellos hombres.

Los dos vestían con pulcritud y se mantenían en una actitud de alerta, acentuada en la presión de sus labios y en la maldad de su mirada. Uno de ellos se volvió a mirar a Peters.

—¡Cristo! —murmuró.

Estaba la habitación en un ángulo del edificio y tenia dos ventanas, una a la calle estrecha y otra al paseo. Fuera de estas, no había otra comunicación con el exterior más que la puerta de la sala, pues el cuarto de baño contiguo estaba cerrado y no tenía ventana. Ricori y sus dos hombres lo inspeccionaron todo minuciosamente, evitando, según noté, pasar junto a las ventanas. Me preguntó si la habitación podía quedar un momento a oscuras, a lo que contesté afirmativamente, con mucho interés. Y cuando se apagaron las luces, los tres se acercaron a las ventanas, las abrieron y examinaron cuidadosamente los seis pisos que las separaban del pavimento por ambas calles. Por el lado del paseo no había más que un espacio libre, más allá del parque. Frente al otro lado se levantaba una iglesia.

—Por este lado habéis de vigilar —oí decir a Ricori, que señalaba a la iglesia.

—Ya puede dar la luz, doctor.

Dio unos pasos hacia la puerta y se volvió.

—Tengo muchos enemigos, doctor Lowell. Peters era mi brazo derecho. Si esto es obra de mis enemigos, no dudo que lo han hecho para debilitarme o porque no han tenido la oportunidad de dar el golpe contra mí. Miro a Peters y por primera vez en mi vida, yo, Ricori, tengo miedo. No quisiera ser la segunda víctima, no quisiera... ¡ver el infierno!

Le contesté con un gruñido de asentimiento. Acababa de expresar fielmente lo que yo sentía y no osaba formular con palabras.

Iba a abrir la puerta y se detuvo vacilando.

—Otra cosa. Si alguien pregunta por teléfono cómo sigue Peters, deje que conteste uno de estos hombres o quien los releve. Si alguien viene personalmente a preguntar, permita que suba; pero si son dos o más, no permita que suba más que uno cada vez. Si se presentan alegando parentesco con el paciente, deje que estos los reciban y les pregunten.

Me estrechó la mano y abrió la puerta. En el umbral le esperaban dos de sus hombres, que lo acompañaron contoneándose, uno delante y otro detrás de él. Mientras se alejaba, vi que se santiguaba con energía.

Cerré la puerta y volví al lado de Peters, y confieso que si yo hubiese tenido sentimientos religiosos, también hubiera hecho la señal de la cruz.

La expresión de su rostro había cambiado. Ya no miraba de aquella manera tan horrorosa, pero aún parecía fijar la vista detrás de mí y dentro de sí mismo, como ante la presencia de algo maligno, tan maligno y depravado, que no pude menos que volverme para ver el feo espectáculo que se ofrecía a mi espalda.

No vi nada. Uno de los pistoleros de Ricori permanecía sentado en un ángulo, junto a

la ventana, vigilando desde la sombra el tejado de la iglesia vecina; el otro estaba sentado a la puerta, como un estúpido.

Al otro lado de la cama estaban Braile y la enfermera Walters, con la vista fija en la más horrenda fascinación del rostro de Peters. Y entonces vi que Braile volvía la cabeza y pasaba una mirada por la habitación, como yo acababa de hacer.

De pronto, los ojos de Peters parecieron enfocarse en algo, como si se fijara en nosotros tres, como si se diera cuenta de la habitación. Y brillaron con un gozo impío, pero no un gozo pervertido e insano, sino diabólico. Era la mirada de un demonio desterrado durante mucho tiempo de su amado infierno, en el momento de permitírsele volver.

¿O parecía el gozo de un demonio desencadenado y arrojado fuera del infierno para hacer presa de quien quisiera?

Bien sé lo fantásticas y lo completamente anticientíficas que son semejantes comparaciones, pero no me es posible describir de otra manera aquel extraño cambio.

Entonces, con la rapidez con que se cierra una cámara oscura al oprimir el disparador, se desvaneció la expresión para dar lugar a la de horroroso espanto de antes. Di un suspiro de alivio. como si me viese libre de la presencia de algún mal. La enfermera temblaba. Braile preguntó con esforzada voz:

—Qué, otra inyección?

—No —le dije—, prefiero, que observe usted el curso de esto, sin poner obstáculos, sea cual sea. Voy abajo, al laboratorio. No lo pierda de vista hasta que vuelva.

Al entrar en el laboratorio, Hoskins levantó la cabeza y me dijo.

—Por ahora no encuentro nada. ¡Una salud envidiable, caramba! Por supuesto que no llevo realizados sino los exámenes más simples.

Asentí en silencio, con el desagradable presentimiento de que los exámenes que faltaban serían igualmente infructuosos. Y estaba más confuso de lo que hubiera querido manifestar por aquellas alternativas de miedo infernal, visión infernal y de gozo infernal, producidas en el rostro y en los ojos de Peters. Aquel caso me inquietaba, me causaba una impresión semejante a la de una pesadilla en que yo hubiese de abrir una puerta y no sólo me faltara la llave, sino que no encontrase el ojo de la cerradura. Sabiendo que el concentrarme en el trabajo del microscopio con frecuencia me permite pensar con más libertad sobre ciertos problemas, tomé unas cuantas embarraduras de sangre de Peters y me puse a examinarlas, no porque esperase encontrar nada, sino para calmar en cierta manera mi ansiedad.

Examinaba el cuarto portaobjetos cuando, de pronto, me sorprendí observando lo increíble. Al mover con la mayor indiferencia el portaobjetos, un corpúsculo blanco se deslizó hacia el campo de luz. Sólo un corpúsculo blanco, pero dentro del cual una chispita de fosforescencia brillaba como una lamparita.

—Al principio creí que sería cierto efecto de la luz, pero la manipulación de la luz no cambió la chispa. Me froté los ojos y volví a mirar.

Llamé a Hoskins.

—Dígame si ve usted algo de particular aquí.

Acercó un ojo al microscopio y al cabo de un momento se agitó, removiendo la luz como yo había hecho.

—¿Qué ve usted, Hoskins?

Me contestó sin apartar los ojos de la lente

—Un leucocito dentro del cual hay un globo fosforescente. Su brillo no disminuye ni aumenta cuando le proyecto toda la luz o se la quito. El corpúsculo es perfectamente normal, salvo en lo de esa esfera ingerida.

—Todo lo cual es inadmisible— dije yo.

—De acuerdo —convino él—. Pero ahí está eso!

Trasladé el portaobjetos a un micromanipulador, con la esperanza de aislar el corpúsculo, y lo toqué con la punta de la aguja vítrea. Pero en el momento del contacto, el corpúsculo pareció arder. E1 globo fosforescente pareció desvanecerse y por la porción visible del portaobjetos corrió como un microscópico relámpago de una noche de verano.

Y eso fue todo. La fosforescencia había desaparecido.

Preparamos y examinamos otros vidrios, y en dos de ellos volvimos a ver el brillante foco, y cada vez con idénticos resultados el incendio del corpúsculo y el extraño centelleo que se apaga para no dejar nada.

Llamaron al teléfono y Hoskins fue a contestar.

—Es Braile. Dice que vaya inmediatamente.

—Siga buscando, Hoskins —le dije mientras me precipitaba al cuarto de Peters.

Encontré a la enfermera Walters, blanca como la cal y con los ojos cerrados, de espaldas a la cama. Braile se inclinaba sobre él paciente aplicándole el estetoscopio al corazón. Miré a Peters y me quede paralizado, como si me sobrecogiera un pánico loco que me helase las venas. En su rostro se veía aquella mirada de expectación diabólica, pero mucho más intensa, y precisamente al mirar yo se cambió por aquella expresión de gozo satánico, también más profundo. Pero no duró tampoco. Volvió a revelar la fea expectación, que fue sustituida pronto por la perversa alegría. Las dos expresiones alternaban rápidamente. Relampagueaban sobre el rostro de Peters como el centelleo de las lucecitas en los glóbulos de su sangre.

Braile me habló moviendo apenas sus labios apretados.

—¡El corazón se paró hace tres minutos! Debía estar muerto, pero... escuche...

El cuerpo de Peters se encogió y se estiró, y un sonido salió de sus labios, parecido a una risa entre dientes, sorda, pero muy penetrante, inhumana la risa sarcástica de un demonio. El pistolero que estaba junto a la ventana dio un brinco y tiró la silla con estruendo. La risa se cortó en seco y el cadáver de Peters se quedó aplomado.

Oí que abrían la puerta y la voz de Ricori preguntando.

—¿Cómo sigue el enfermo, doctor Lowell? No podía dormir...

Vio el rostro de Peters.

—¡Madre de Cristo! —exclamó, y cayó de rodillas.

Lo vi vagamente, pues no podía apartar mis ojos de la cara de Peters, que era la de un espíritu del mal, en una mueca de triunfo de sus instintos malignos, la cara de un demonio sacada del infierno de algún pintor loco de la Edad Media. Los ojos azules, llenos ahora de malicia, miraban fijamente a Ricori.

Ante mi vista, las manos del muerto se movieron poco a poco, los brazos se fueron levantando sobre los codos, los dedos se engarfiaron, la cabeza se movió bajo la sábana...

Y de pronto me pareció salir de una pesadilla. Por primera vez en el espacio de unas horas veía algo que podía explicarme. Era aquello el rigor mortis, la rigidez de la muerte, pero producida con una prontitud y una rapidez nunca vistas.

Me incliné, cerré los ojos y tapé aquel rostro espantoso.

Mire a Ricori. Aún seguía de rodillas santiguándose y rezando. Y a su lado, también arrodillada y con un brazo apoyado en el hombro de Ricori estaba la enfermera Walters, acompañándole en las oraciones.

En el silencio, un reloj anunció las cinco.

CAPÍTULO II
EL CUESTIONARIO

Ricori me sorprendió no poco cuando aceptó con grandes muestras de agradecimiento la compañía que le ofrecí hasta su casa. Daba pena verlo. Respeté su silencio. Los pistoleros se mantenían alerta y no desplegaron los labios durante todo el camino. Yo no podía apartar de mí la visión del rostro de Peters.

Le di un fuerte sedativo y lo dejé durmiendo, con sus hombres de guardia, después de decirle que me proponía hacer una autopsia completa.

Regresé en su mismo coche al hospital, y supe que habían trasladado al depósito el cadáver de Peters. En menos de una hora, se había producido por completo el rigor mortis, según me dijo Braile, muy sorprendido por la extraordinaria anticipación del fenómeno. Hice los necesarios preparativos para la autopsia y me lleve a Braile a casa para procurarnos unas horas de descanso. No es fácil describir el trastorno que me había producido todo aquello; sólo diré que me sentí tan consolado de la compañía de Braile, como él lo parecía de la mía.

Me desperté bajo los efectos de una pesadilla, aunque no tan opresora como la realidad, y las dos serían cuando procedimos a la autopsia. Levanté con visible turbación la sábana que cubría el cadáver de Peters y examiné su cara con asombro. Toda su expresión diabólica había desaparecido. Estaba serena, tranquila, como la de un hombre muerto en paz, sin agonía física o espiritual. Levanté su mano, floja, con la flaccidez de todo el cuerpo, abandonado ya de la rigidez mortal.

Fue entonces cuando me convencí por primera vez de que me hallaba ante una causa completamente nueva, o al menos desconocida, de muerte, ya fuese producida por agentes microbianos o de otra especie.

Por regla general, el rigor no se produce sino de dieciséis a veinticuatro horas después de la muerte, dependiendo de las condiciones del paciente antes de morir, como temperatura y una docena de circunstancias. Normalmente desaparece desde las cuarenta y ocho a las setenta y dos horas, según los casos. Generalmente, cuanto más pronto se manifiesta antes desaparece, y viceversa. Los diabéticos pasan por la rigidez antes que los otros. Una lesión violenta del cerebro, como un tiro, produce una más pronta rigidez. En el caso presente, el rigor había empezado inmediatamente después de la muerte y debió de terminar por completo en el sorprendente espacio de menos de cinco horas, ya que el practicante examinó el cuerpo a las diez y creyó que todavía no se había iniciado la rigidez, cuando lo cierto era que ya estaba consumado el fenómeno.

Los resultados de la autopsia pueden resumirse en dos asertos No aparecía motivo fundado para que Peters no viviese, y ¡Peters había muerto!

Luego, cuando Hoskins redactó su informe, estos dos asertos quedaron corroborados. No había razón para que Peters muriese. ¡Pero había muerto! Si las fosforescencias enigmáticas que pudimos observar tenían alguna relación con su muerte, no dejaron señales. Los órganos estaban en perfecto estado de funcionamiento, como todo

lo que pudo ser objeto de examen; todo acusaba una salud extraordinaria. Hoskins ya no logró ver ni un corpúsculo lucífero de aquellos que yo descubrí, cuando lo deje.

Aquella misma noche redacté una circular, describiendo brevemente los síntomas observados en el caso de Peters, sin hacer hincapié en los cambios de expresión, pero si refiriéndome con cautela a unas muecas insólitas y a una cara de intenso miedo. Con la ayuda de Braile, preparé los sobres y las envié por correo a todos los doctores de Nueva York. Personalmente me encargue de hacer una investigación con el mismo objeto entre los hospitales y clínicas. Preguntaba a los médicos si habían tratado algún enfermo con síntomas parecidos, y en caso afirmativo les pedía datos, nombres, señas, ocupaciones y toda clase de particularidades, todo con carácter, por supuesto, de confidencia profesional. Contaba con que mi reputación científica daría al cuestionario el tono de seriedad suficiente para desvanecer toda sospecha de que hubiera sido formulado por mera curiosidad o con motivos no basados en la ética más estricta.

Recibí en contestación siete cartas y la visita personal de uno de los firmantes. Todas las cartas, a excepción de una, se ajustaban a mis preguntas en términos más o menos técnicos y denunciaban la tendencia conservadora de la ciencia médica, y no podía ponerse en duda después de leerlas de que, en los seis últimos meses, siete personas de diversas características y condiciones de vida habían muerto como Peters.

Cronológicamente, relacioné los casos de esta manera:

Mayo, 25 Ruth Bailey, solterona, cincuenta años; situación holgada, buena relación social e inmejorable reputación; caritativa y amante de la infancia. Junio, 20 Patrick McIlraine, albañil; mujer y dos hijos. Agosto, 1 Anita Green; de once años; padres de modestos recursos y bien educada. Agosto, 15; Eduardo Standish; acróbata; treinta años; mujer y tres hijos. Agosto, 30 Juan J. Marshall; banquero; sesenta años; miembro de la "Protección a la Infancia". Septiembre, 10 Fineas Dimott, treinta y cinco años, gimnasta; mujer y un niño pequeño. Octubre, 12 Hortensia Darnley, treinta años, sin ocupación.

A excepción de dos, todos vivían en puntos muy distantes de la ciudad.

Todas las cartas llamaban la atención sobre la presentación inmediata del rigor mortis y la rapidez con que pasó el fenómeno; todas hacían constar que la muerte sobrevino al cabo de cinco horas de iniciarse el ataque, aproximadamente. cinco de ellas se referían a los cambios de expresión que tan profundamente me habían turbado, y en los términos cohibidos con que lo describían se adivinaba la espantosa impresión producida en el remitente.

"Los ojos de la enferma permanecían obstinadamente abiertos", advertía el médico de la solterona Baíley. "Miraban, pero sin dar señales de ver los objetos que tenían delante, ni permitir calcular ni permitir calcular su fijeza en un punto determinado. Expresión del terror más intenso, que produce una angustia mortal en el observador, la cual aumenta una vez sobrevenida la muerte. El rigor mortis efectuado y desvanecido en cinco horas."

El médico que auxilió a McIlraine, el albañil, nada tenía que decir acerca de los fenómenos que precedieron a la muerte, pero escribía extensamente sobre la expresión del enfermo después de muerto.

"Nada tenía de común —informaba— con la contracción muscular del llamado "semblante hipocrático", ni había en él esa mirada vaga y esa boca torcida, llamada

vulgarmente la mueca de la muerte. Nada que recordase la agonía, al contrario diría que era una expresión de extraordinaria malicia.”

El informe del doctor que asistió a Standish, el acróbata, aunque era superficial, decía que después de morir el paciente con toda evidencia, se dejaron oír ruidos salidos de su garganta. Pensé que si se trataba de las mismas diabólicas maquinaciones que pude observar en Peters, no eran de admirar las reticencias con que a ellas se refería mi corresponsal.

Conocía al doctor que asistió al banquete dogmático, seguro de sí mismo, pomposo, el perfecto médico de la clase adinerada.

"No cabe duda alguna sobre la causa de su muerte —escribía—. Fue, ciertamente, trombosis, un coágulo en alguna parte del cerebro. No doy ninguna importancia a las muecas faciales, ni al tiempo en que se produjo el rigor. Ya sabe usted, mi querido Lowell —añadía en tono protector—, que es un axioma en medicina legal que se puede probar cuanto se quiera por el *rigor mortis*.

De buena gana le hubiera replicado que tan útil es la trombosis para disimular la ignorancia de los médicos que han de diagnosticar en casos dudosos; pero seguramente no se hubiera dado por aludido.

El informe de Dimott no hacía el menor comentario ni sobre muecas ni sobre sonidos.

Pero el médico que asistió a Anita se explicaba extensamente.

La muchacha —escribía— era hermosa. En apariencia no sufría dolor alguno, pero en el acceso de la enfermedad me impresionó la intensidad con que se reflejaba el terror en su mirada fija. Parecía aquello el despertar de una pesadilla, pues es indiscutible que conservó la conciencia hasta la muerte. Ni una dosis letal de morfina, produjo la menor alteración de este síntoma ni un notable efecto en las pulsaciones ni en la respiración. Mas tarde desapareció la expresión terrorífica, dejando paso a otras emociones que no me atrevo a describir en este informe, pero de las que le hablaré si usted quiere. El aspecto de la muchacha después de muerta era desconcertante, pero le repito que preferiría decírselo de palabra."

Acababa con una postdata redactada nerviosamente. Se veía que el hombre dudó antes de escribirla y que cuando por fin se decidió, lo hizo obedeciendo al deseo de descargar su conciencia y que cerró la carta y la mandó precipitadamente para no darse tiempo a reflexionar más sobre aquello.

“Le he dicho que la muchacha se mantuvo en estado consciente hasta la muerte. Pero lo que me preocupa es el convencimiento de que fue consciente aun después de la muerte física. Quisiera hablarle."

Acepté con mucho gusto. No había osado poner aquella observación en mi cuestionario, y si realmente se había presentado en todos los casos, como tengo para mi que debió de ser, todos mis colegas, excepto el médico de Standish, me imitaron en aquella muestra de mis tendencias conservadoras o de mi timidez. Llamé en seguida por teléfono al médico de Anita. Lo noté trastornado. En todos los pormenores coincidía su caso con el de Peters. Me repitió hasta la saciedad.

“¡La muchacha era hermosa y buena como un ángel y se convirtió en un demonio!"

Le prometí tenerlo al corriente de cualquier descubrimiento que lograse realizar, y

poco después de nuestra conversación recibí la visita del joven médico que atendió a Hortensia Darnley. El doctor Y..., como lo llamaré, nada pudo añadir, en cuanto al aspecto clínico, a lo que yo ya conocía, pero su relato fue el primer caso que nos acercó a la solución del problema.

Tenía el despacho, según me dijo, en la misma casa en que vivía Hortensia Darnley. Estuvo trabajando hasta muy tarde y a eso de las diez fue a llamarlo la doncella de aquella mujer, una negrita. Encontró a la paciente echada en la cama y al momento le sorprendió la expresión de terror en su cara y la extraordinaria flojedad de sus miembros. La describió como una rubia de ojos azules "el tipo de la muñeca".

En la habitación había un hombre que al principio ocultó su nombre, diciendo meramente que era un amigo. A primera vista, el doctor Y pensó que la mujer había sido víctima de alguna violencia, pero el examen no reveló la menor lesión ni señal alguna de malos tratos. Le dijo el "amigo" que estaban comiendo cuando la señorita Darnley cayó al suelo, como sí de pronto se le hubieran reblandecido todos los huesos, y no les fue ya posible arrancarle una sola palabra. La doncella confirmó aquello.

En la mesa estaban aún los platos a medio comer, y tanto el hombre como la criada declararon que Hortensia estaba muy contenta y que no había mediado la menor discusión. A regañadientes, el "amigo" confesó que el ataque empezó tres horas antes, pero que, antes de avisar, procuraron remediarla ellos mismos con todos sus recursos, decidiéndose a pedir los auxilios de la ciencia sólo cuando se presentó aquel cambio intermitente de expresión a que me he referido en el caso de Peters.

A medida que el ataque iba en aumento, la doncella perdía la serenidad y, sobrecogida de miedo, acabó por esconderse y no volver a dejarse ver. El hombre era más fuerte y supo dominarse, permaneciendo al lado de la enferma hasta el final. Pero los fenómenos que se presentaron después de la muerte, lo dejaron trastornado. También lo estaba el doctor Y... Al afirmar este que habría de poner el caso en conocimiento de la policía, el "amigo" renunció a su reserva, dijo llamarse James Martín. y advirtió que se sometía a los resultados de la autopsia. Tenía sus razones para mostrarse franco. La Darnley era su querida y ya tenía bastante disgusto san que se le acusara de su muerte.

Se practicó la autopsia más escrupulosa, sin que se encontrase la menor señal de enfermedad o de veneno, y Hortensia Darnley, salvo un ligero trastorno valvular, gozaba de perfecta salud. El certificado de defunción rezaba que murió de enfermedad cardíaca, pero el doctor Y... estaba plenamente convencido de que nada tuvo que ver e! corazón en la causa de la muerte.

Estaba fuera de duda que Hortensia Darnley murió por idéntica causa o agente que los otros. Pero la principal circunstancia para mí era que el domicilio de aquella mujer estaba a un tiro de piedra del que Ricori me había dado como el de Peters. Además, si las impresiones del doctor Y.., eran justas, Martin era de la misma ralea, lo que dejaba concebir un nexo entre dos de los casos, prescindiendo de los otros. Esto me decidió a llamar a Ricori para poner boca arriba ante él todas las cartas y recabar su ayuda si me era posible.

Mis investigaciones duraron dos semanas y durante este tiempo se había creado una cierta amistad entre nosotros. Ricori me interesaba por una parte extraordinariamente,

como un producto de las condiciones de nuestra vida moderna; por otra, me era simpático, a pesar de su reputación. Era un hombre de notable cultura y de una inteligencia superior, aunque divorciada en absoluto con la moral, sagaz y supersticioso. En otros tiempos hubiera sido un condontiero, que hubiese puesto su talento y su espada al servicio del mejor postor. Me estremecía al pensar en sus antecedentes, aunque los ignoraba. Desde la muerte de Peters me visitaba con frecuencia y yo correspondía a su amistad. En todas sus visitas le acompañaba aquel hombre de labios duros que estuvo de centinela junto a la ventana del hospital, y que, como luego supe, se llamaba McCann. Era el más leal guardián de Ricori y adicto en cuerpo y alma a su jefe de cabeza blanca. También era un tipo interesante y pronto me demostró un gran afecto. Había sido vaquero en Arizona y luego se hizo demasiado popular en la frontera mexicana, según me dijo.

—Cuente usted conmigo; doctor— me ofreció un día. Sé que usted es bueno con mi amo, porque le quita de la cabeza muchas preocupaciones, y cuando vengo aquí puedo sacar las manos del bolsillo. Si alguien se mete con "su ganado", no tiene mas que decírmelo. Ya encontraré yo modo de ajustarle las cuentas, pidiendo un día de permiso.

Luego, como por hablar, me aseguró que podía hacer sonar un dólar, abriéndole seis agujeros, a una distancia de cien pies.

No sé si lo dijo en serio o en broma, lo cierto es que Ricori no iba sin él a ninguna parte, y me demostró lo mucho que había de querer el jefe a Peters cuando dejó a McCann para guardarlo.

Fui, pues, a ver a Ricori y le invité a cenar aquella noche con Braile y conmigo, en mi casa. Llegó a las siete y encargó al chofer que volviera a recogerlo a las diez. Nos sentamos a la mesa, mientras McCann montaba la guardia en el vestíbulo, como de costumbre, encogiendo el corazón de mis enfermeras nocturnas (pues tenia una clínica en unas habitaciones anexas) con la idea de tener cerca un pistolero de carne y hueso que casi no concebían más que en el cine.

Acabada la cena, despedí al criado y fui derecho al asunto. Hablé a Ricori de mi cuestionario, diciéndole que, mediante aquello, había descubierto siete casos semejantes al de Peters.

—Ya puede quitarse de la cabeza la idea de que la muerte de Peters tenga la menor relación con usted, Ricori —le dije. Salvo una excepción probable, ninguna de las siete personas afectadas pertenecen a lo que usted llama su mundo. Y aunque esta única excepción entrara en la esfera de sus actividades, tampoco alteraría la absoluta certeza de que no le afecta a usted para nada. ¿Conocía usted o ha oído hablar de una mujer llamada Hortensia Darnley?

El interpelado movió la cabeza negativamente.

—Vivía casi frente a la dirección que me dio usted de Peters.

—Es que Peters no vivía en aquella dirección —replicó el otro, sonriendo como en disculpa—. Piense que entonces no nos conocíamos tan bien como ahora.

Esta salida, justo es confesarlo, me desanimó un poco.

—Bueno —proseguí—, ¿conoce usted a un hombre llamado Martin?

—Sí, lo conozco —contestó—. Es decir, son varios los que conozco de ese apellido. ¿Sabe usted cómo se llama de apellido?

—James.

De nuevo movió la cabeza con el ceño fruncido.

—Tal vez lo conozca McCann —dijo por fin—. ¿Quiere usted llamarlo, doctor Lowell?

—Toqué el timbre y al presentarse mi criado lo mandé a buscar a McCann.

—Oye, McCann —pregunto Ricori—, ¿conoces a Hortensia Darnley?

—Mucho —contestó McCann—. Una muñeca rubia... la muchacha de Martin. La sacó del Vanities.

—¿La conocía Peters? —pregunté yo.

—¡Sí —afirmó McCann—, ya lo creo! Era amiga de Mollie; ya sabe usted la hermanita de Peters. Mollie abandonó el Follies hace tres años y él conoció a Hortensia en casa de Mollie. Tanto el como Hortensia estaban chiflados con la niña de Mollie. Así en lo dijo él. Pero Tom nunca estaba contento con ella, si quieren saberlo.

Miré a Ricori con sorpresa recordando que me había dicho que Peters no tenía parientes. Pero no por eso se desconcertó.

—¿Dónde está ahora Martin, McCann? —preguntó.

—En el Canadá, según mis últimas noticias —contestó McCann—. ¿Quiere que me entere?

—Ya te lo diré luego —contestó Ricori.

McCann volvió al vestíbulo.

—¿Es Martin amigo o enemigo de usted? —pregunté.

—Ni una cosa ni otra —me contestó.

Permanecí un rato en silencio, dando vueltas a mi cabeza al informe de McCann. La relación que yo buscaba en la proximidad de los domicilios de Peters y de la mujer, resultó fallida; pero en cambio, McCann revelaba una estrecha e insospechada relación. Hortensia Darnley murió el 12 de octubre. Peters el 10 de noviembre. ¿Cuándo habría visto éste a la mujer por última vez? Si la misteriosa enfermedad se producía a causa de un organismo desconocido, claro que nadie podría calcular con exactitud el período de incubación. ¿Había contagiado ella a Peters?

—Ricori —dije—, dos veces me he enterado esta noche de su falta de sinceridad conmigo respecto a Peters. Se lo perdono porque sé que no volverá usted a hacerlo, y por mi parte voy a mostrármele confiado hasta el punto de romper mi secreto profesional. Lea usted estas cartas.

Le alargué las contestaciones a mis cuestionarios y las leyó en silencio. Cuando acabó le conté todo lo que el doctor Y... me había referido sobre el caso de Darnley. Luego le puse al corriente minuciosamente de las autopsias, sin callarme lo de los glóbulos luminosos de la sangre de Peters.

Al escuchar esto palideció y se santiguó, murmurando:

—¡La Strega! ¡La bruja! ¡El fuego encantado!

—¡Déjese de tonterías! —le dije—. ¡Olvide sus estúpidas supersticiones! Lo que necesito es su ayuda.

—¡Es usted un sabio ignorante! Hay ciertas cosas, doctor Lowell — empezó a decir, acalorado. Pero se contuvo —¿Qué quiere usted de mí? —añadió.

Ante todo, examinemos detenidamente estos ocho casos Braile, ¿ha sacado usted algo en limpio?

—Si —contestó mi colega— Creo que los ocho fueron asesinados.

CAPÍTULO III
LA MUERTE Y LA ENFERMERA WALTERS

Que Braile hubiera expresado el pensamiento que barrenaba mi cerebro sin una prueba en que apoyar mi deseo de formularlo, me molestaba.

—Es usted más sagaz intuidor que yo, Sherlock Holmes —dije con acento sarcástico. Y él se sonrojó, pero repitió, obstinado.

—¡Han sido asesinados.

—¡La strega! —murmuró Ricori. Le dirigí una mirada insultante.

—Eso es hablar por hablar, Braile. ¿Qué pruebas tiene?

—Usted se alejó de Peters durante dos horas, mientras que yo lo observé casi desde el principio al fin. Examinándolo detenidamente, llegué al convencimiento de que todo su mal radicaba en su mente, de que no era su cuerpo, sus nervios, su cerebro, lo que no funcionaba, sino su voluntad. Pero tampoco esto es exacto. Explicaría el fenómeno diciendo que su voluntad dejó de interesarse en el funcionamiento de su cuerpo, para concentrarse toda en un deseo de matarlo.

—Lo que esta usted insinuando no es asesinato, es mas bien suicidio. Supongamos que sea eso. Le advierto que apenas he visto morir a nadie por haber perdido la voluntad de vivir.

—No quiero decir eso —interrumpió mi colega—, que es un estado pasivo, ¡Aquí se trata de un caso activo...

—¡Por Dios, Braile! —exclamé yo, francamente impresionado—. No pretenderá usted que los ocho que tuvieron la horrenda visión quisieron apartarse de ella al precio de su vida, y no olvide que entre ellos hay una muchacha de once años.

—Yo no digo eso —replicó—. Estoy convencido de que en un principio no era esa la propia voluntad de Peters, sino que la voluntad de otro se había apoderado de la suya, atándola bien, sujetándola con su poderosos tentáculos. Una voluntad ajena, a la que él no podía o no quería resistir, al menos a última hora.

—¡La *maledetta strega*! —murmuró de nuevo Ricori.

Dominé mi cólera y me senté a reflexionar. Al fin y al cabo, Braile me merecía todos los respetos. Era demasiado hombre, demasiado equilibrado, para comprometer su crédito científico diciendo un disparate sin fundamento.

—¿Tiene usted alguna idea sobre la manera como se llevaron a cabo estos asesinatos, si de asesinatos se trata realmente? —le pregunté con toda cortesía.

—No tengo la menor idea —me contestó.

—Estudiemos en teoría el asesinato, Usted, Ricori, que tiene mas experiencia que nosotros en cuanto a esto, escuche atentamente y olvide a su bruja —dije con toda crudeza —. En todo asesinato hay tres factores esenciales el método, la oportunidad, y la causa Vayamos por partes, En primer lugar, el método

"Una persona puede recibir la muerte por envenenamiento o por infección, mediante tres conductos nariz (incluyendo los gases), boca, y piel. Hay otros dos o tres conductos.

Al padre de Hamlet, por ejemplo, lo envenenaron, según todos hemos leído, por los oídos, aunque tengo mis dudas sobre el particular. Siguiendo la hipótesis del asesinato, creo que podemos descartar lo que no sea boca, nariz y piel, y en cuanto a ésta, la entrada a la sangre puede producirse por absorción y por penetración. ¿Había alguna prueba en la piel, en las membranas de las vías respiratorias, en la garganta, en las vísceras, estómago, sangre, nervios, cerebro u otra parte?

—Ya sabe usted que no —contestó.

Perfectamente. Entonces, salvo el problemático corpúsculo luminoso, no existe la menor prueba de método. Por tanto, nos quedamos sin el primer factor en que basar una teoría de asesinato. Examinemos el segundo la oportunidad.

—Tenemos una señora entretenida, una respetable solterona, un albañil, una colegiala de once años, un banquero, un acróbata y un gimnasta. Me parece que ya no puede darse una lista de personas más diferentes. Que nosotros sepamos, solo tienen puntos de contacto los dos atletas de circo y Peters y la señora Darnley. ¿Cómo se explica que quien estuvo en contacto con Peters, hasta el punto de tener oportunidad para matarlo, se hallase en igualdad de circunstancias con la solterona? ¿Cómo se las arregló el que mató al acróbata para matar al banquero? Y así puede preguntarse de los otros. Me parece que salta a la vista la dificultad. Para administrar lo que fue causa de la muerte se requirió sin duda un cierto grado de intimidad. ¿Está usted de acuerdo?

—En parte —concedió el otro.

—Si todos hubieran vivido en la misma vecindad podríamos suponer que estuvieron al alcance del asesino hipotético. Pero no fue así.

—Perdone, doctor Lowell —interrumpió Ricori— pero supongamos que todos tuviesen un interés común que los atrajese a su campo de acción.

—¿Como es posible que tuvieran un interés común personas de tan diferente condición social y económica?

—En esos informes se deja barruntar un mismo interés, coincidiendo con lo que nos ha dicho McCann.

—¿Que quiere decir, Ricori? ¿Sospecha lo que podría unirlos?

—La infancia —contestó— o, al menos, los niños.

—Braile asintió con un movimiento de cabeza.

—Ya lo había notado.

—Fíjese en los informes —siguió Ricori— La señorita Bailey se nos presenta como persona caritativa y amante de los niños. Seguramente sus obras de caridad tomaban la forma de protección y ayuda. Marshall, el banquero, se interesa por la asistencia social a la infancia. El albañil, el acróbata y el gimnasta tenían hijos. Anita era una chiquilla. Peters y Darnley estaban, al decir de McCann, chiflados con una niña.

—Pero —objeté yo—, si se trata de asesinatos, habrá de convenirse que fueron ejecutados por una mano, y no es probable que los ocho se interesasen por una criatura, por una misma niña o por un grupo de niños.

—Perfectamente —observó Braile—, pero todos podían interesarse por una cosa, por un objeto determinado que consideraban provechoso o agradable para los niños a quien cada uno quería. Y ese objeto determinado acaso no más podía obtenerse en un lugar

determinado. Si descubriésemos que esta suposición tiene fundamento, habríamos de llevar las investigaciones a ese lugar.

—Realmente valdría la pena hacerlo. Pero me parece que la idea del interés común abre dos caminos a nuestras investigaciones. Los domicilios de las víctimas podrían tener algo que interesara por igual a un individuo. El asesino, por ejemplo. podía ser un instalador de radios, o un lampista, un basurero, un electricista u otra cosa.

Braile se encogió de hombros. Ricori ni contestó y siguió sumido en sus pensamientos, como si no me hubiera escuchado.

—Haga el favor de poner atención, Ricori —le dije— Hasta ahora tenemos esto El procedimiento, si se trata de un asesinato, desconocido. En cuanto a la oportunidad para ejecutarlo, hemos buscado alguna persona cuyos asuntos o profesión establecieran un punto de contacto con cada uno de los ocho, a quien visitase o bien recibiese la visita de ellos, y hallamos que el nexo puede ser un común interés por los niños. Vayamos ahora al motivo. ¿Es la venganza, el lucro, el amor, el odio, los celos o la propia defensa? Ninguno de estos motivos satisfacen, pues nos hallamos de nuevo con el obstáculo de las diferentes condiciones de vida.

—¿Por que no relacionar entre las causas la complacencia, el apetito de la muerte? —preguntó Braile con extraño acento. Ricori casi se levantó para mirarlo con sorprendente curiosidad. Luego volvió a sentarse sin decir palabra, pero se le notaba pendiente de la conversación.

—Estaba a punto de poner a discusión la manía homicida —advertí yo con cierta tirantez.

—No es eso precisamente lo que quiero decir. Recuerde usted los versos de Longfellow.

“Disparo un dardo que atraviesa el aire,
caerá en la tierra, pero no sé donde.”

Nunca se me ha ocurrido pensar que estos versos se refiriesen a un bajel enviado a puerto desconocido de donde ha de volver con cargamento de marfil, pavos reales, monas y piedras preciosas. Hay personas que no pueden asomarse a la ventana de un piso alto o al terrado de un rascacielos sobre una calle transitada, sin desear tirar algo. Es para ellas un placer pensar que herirán a alguien o romperán algo. Es el sentimiento del poder, es como participar de la superioridad divina que esparce la peste sobre justos y pecadores, indiferentemente. Longfellow debió de ser una de esas personas. En el fondo, deseaba disparar un dardo de veras, para poder gozar pensando si caería en el ojo de alguna persona, si se clavaría en algún corazón o haría blanco en un perro extraviado. Ampliemos el supuesto. Concedamos a una de esas personas el poder y la oportunidad de dar la muerte. Se oculta en la oscuridad, donde se siente a salvo, como un dios de la muerte. Sin sentir acaso un odio especial contra nadie y sin malas intenciones, dispara sus flechas al aire, como el arquero de Longfellow, sólo para divertirse.

—¿Y no llamaríamos a esa persona un maniático homicida? —pregunté secamente.

—No hace falta. Seria sencillamente un homicida impune. A lo mejor, ni siquiera

tendría conciencia de que obraba mal. Todos venimos a este mundo condenados a muerte, aunque sin saber cuándo y cómo se ejecutará la sentencia. Pues bien; este matador hipotético puede creer que obra con tanta naturalidad como la misma muerte. Los que creen que en este mundo no se mueve la hoja del árbol, sino por la voluntad y el poder de Dios, nunca se les ocurre pensar que éste sea un maniático homicida. Y no obstante, él dispone las guerras, la peste, las enfermedades, las inundaciones y los terremotos que perjudican por igual a los que creen y a los que no creen. Si usted cree que todo esta en manos de lo que llamamos la Fatalidad, ¿se le ocurrirá decir que la Fatalidad es una maníaca homicida?

—Su arquero hipotético —observé— dispara un dardo bastante fastidioso, Braile. Esta discusión está adquiriendo un tono demasiado metafísico para un hombre de ciencia experimental como yo. Ricori, no podemos llevar este asunto a la policía. Nos escucharían amablemente y se nos reirían en las propias barbas, sin dejarnos acabar de hablar. Por otra parte, si expongo cuanto pienso a las autoridades médicas, deplorarán la decadencia de una mente que hasta ahora les ha parecido digna de respeto. En fin, tampoco creo conveniente recurrir a una agencia particular de detectives para seguir las indagaciones.

—¿Que quiere usted que haga yo? —me preguntó.

—Usted posee extraordinarios recursos —le dije— deseo que indague usted respecto a cada uno de los movimientos realizados por Peters y Hortensia Darnley durante los los últimos meses. Y le agradecería que hiciese todo lo posible en el mismo sentido respecto a los otros casos...

Vacilé.

—Quisiera que usted buscase el lugar adonde el amor a los niños conducía a cada uno de esos desgraciados, pues aunque tengo mis razones para creer que ni usted ni Braile poseen la más pequeña prueba en que basar sus sospechas, no puedo menos de confesar el presentimiento que me embarga de que pueden estar en lo cierto.

—Progresa usted, doctor Lowell —dijo Ricori con toda seriedad—, y ahora le digo que no tardará en admitir a pesar de los pesares la posibilidad de la bruja.

—Bastante humillación es para mi actual credulidad —repliqué— no negar eso rotundamente.

Ricori se echó a reír y luego procedió a copiar nerviosamente los principales informes de las contestaciones. Dieron las diez. McCann subió a avisar que esperaba el coche, y acompañamos a Ricori hasta la puerta. Ya había salido el pistolero y nos despedíamos de Ricori, cuando se me ocurrió preguntarle.

—¿Por dónde empezará usted? —Por la hermana de Peters.

—¿Ya sabe ella que Peters ha muerto?

—No —contestó de mala gana— Cree que está ausente. Salía con frecuencia y por razones que ella comprende, no podían comunicarse los hermanos directamente. Mientras él estaba ausente yo me cuidaba de darle noticias. No le he comunicado la muerte de Peters porque lo quería entrañablemente y le hubiera ocasionado un disgusto mortal, y... antes de un mes espera otra criatura.

—Sí sabrá que ha muerto Hortensia...

—No lo sé. Es probable. Aunque McCann seguramente no lo sabe.

—Pues no veo cómo va usted a poder ocultarle ahora la muerte de su hermano. Pero, en fin, eso es cosa suya.

—Exacto —contestó, y siguió a McCann hasta el coche.

Apenas entramos Braile y yo a la biblioteca; sonó el teléfono. Braile fue a contestar. Le oí maldecir y observé que la mano que sostenía el auricular, temblaba. Y dijo:

—¡Vamos al momento!

Colgó el aparato suavemente y se volvió a mí con cara desencajada.

—¡La enfermera Walkers está atacada de lo mismo!

Sentí una violenta sacudida en todos mis nervios. Como ya he dicho, Walkers era la perfecta enfermera, y además una joven tan bondadosa como atractiva. Un tipo céltico de pura cepa, cabello de un negro de ala de cuervo, ojos azules con pestañas admirablemente largas, piel blanca como la leche y facciones encantadoras. Después de un momento de silencio, dije:

—Bueno, Braile, ya ve usted de que sirve tanto razonar y basar teorías sobre el asesinato. ¡De Darnley a Walters, pasando por Peters! No hay duda de que nos hallamos ante una enfermedad infecciosa.

—¿Que no hay duda? —se revolvió él, ceñudo— Ya lo veremos. Yo no me apeo tan fácilmente, y menos sabiendo como sé que Walters se gasta casi todo el dinero con una sobrinita inválida que vive con ella... una niña de ocho años. Su caso entra plenamente en el círculo que hemos convenido en aceptar como interés común.

—No obstante —repliqué, algo soliviantado—, pienso ordenar que se tomen todas las precauciones contra una enfermedad contagiosa.

Cuando acabamos de ponernos el abrigo y el sombrero, ya esperaba mi coche. Sólo dos manzanas separaban mi casa del hospital, pero no quise perder un momento. Ordené que trasladasen a la enfermera Walters a un pabellón utilizado para clínica de enfermedades sospechosas. Al examinarla, observé la misma relajación que había encontrado en el caso de Peters. Pero pude notar que, a diferencia de él, sus ojos y su rostro no expresaban tanto terror. Había en ellos horror y un gran disgusto, pero nada de pánico. Me produjo la impresión de estar viendo dentro y fuera de sí misma. Mientras la examinaba atentamente vi en sus ojos una chispa de reconocimiento y una petición de auxilio. Miré a Braile y éste volvió la cabeza para significar que había observado lo mismo.

Procedí a estudiar su cuerpo, pulgada a pulgada. No descubrí otra señal más que un lunar de color rosado en el empeine de su pie derecho. Un atento examen me hizo pensar que se trataba de una lesión superficial, como una excoriación, o una quemadura por fuego o por agua hirviente. En este caso, estaba curado del todo. La piel aparecía perfectamente sana.

En todo lo demás, aquel caso se parecía al de Peters y a los otros. Le sobrevino el colapso, según me dijo la enfermera, repentinamente, mientras se arreglaba para marcharse. Una exclamación de Braile interrumpió mis indagaciones. Volví la cabeza a la cama y vi que una mano de la Walters se levantaba lentamente, temblando, como si el levantarla le costase un esfuerzo enorme de su voluntad. El índice señalaba algo, pero sin fijeza, aunque, siguiendo la dirección que indicaba, se comprendía que era la señal del pie, y por si había duda, la mirada de sus ojos se fijaba con el mismo tremendo esfuerzo en

aquel punto.

El esfuerzo debía de ser demasiado grande, porque la mano cayó pronto, como rendida, y sus ojos volvieron a ser dos pozos de horror. Pero estaba claro que había tratado de hacernos comprender algo que se relacionaba con aquella herida curada.

Pregunté a la enfermera si Walters había hablado con alguien sobre una lesión en el pie. Me contestó que a ella nada le había dicho ni oyó hablar a nadie de ello. No obstante, la enfermera Robbins, vivía en el mismo piso con Enriqueta y Diana, y al preguntar yo quien era Diana, me dijo que así se llamaba la sobrinita de Walters. Me enteré de que aquella noche, Robbins estaba fuera de casa, y di las debidas instrucciones para que se pusiera al habla conmigo en cuanto regresase.

Ya Hoskins estaba tomando sangre para su análisis. Le encargué que concentrara toda su atención en el examen microscópico y que me avisara inmediatamente si descubría algún corpúsculo luminoso. Por casualidad se hallaban en el hospital los doctores Bartano, un extranjero muy experimentado en enfermedades tropicales, y Somers, un especialista frenópata, en quien tenía yo una gran confianza. Los llamé a consulta, sin decirles nada de los casos anteriores, y mientras estaban examinando a la paciente, me comunicó por teléfono Hoskins que había aislado uno de los corpúsculos brillantes. Rogué a mis dos colegas que fuesen al laboratorio y me diesen su opinión sobre lo que Hoskins les mostraría. Al cabo de un rato volvieron, manifestando cierto disgusto de decepcionados. Me dieron que Hoskins les habló de un leucocito que contenía un núcleo fosforescente. Los dos miraron el portapruebas sin lograr ver nada de aquello. Somers me aconsejó con mucha seriedad que insistiese para que Hoskins se hiciera revisar la vista. Bartano, en tono cáustico, me aseguró que le hubiera sorprendido tanto ver aquello, como encontrar una sirena microscópica nadando en una arteria, Oyendo aquellas advertencias, comprendí lo prudente que era mi reserva.

No sobrevinieron los esperados cambios en la expresión de la paciente. Persistía la de horror y disgusto, que comentaron Bartano y Somers, como síntoma insólito, conviniendo en que aquel estado se debía a alguna lesión cerebral o algo por el estilo, pero sin pensar un momento en una infección microbiana, de estupefaciente o de veneno como causa, ya que no había prueba alguna. Y reconociendo que se trataba de un caso muy interesante, me rogaron, al despedirse, que les pusiera al corriente de su desarrollo o de cualquier complicación que se presentase.

A las cuatro horas hubo un cambio de expresión, pero no el que esperaba. En la mirada en las facciones de Walters no había más que disgusto, repugnancia. Un momento me pareció ver un brillo diabólico en los ojos, pero se extinguió en seguida. Media hora después nos pareció que los ojos nos miraban reconociéndonos, y al propio tiempo noté que se le animaba el corazón. Hubiera dicho que una fuerte corriente se extendía por todo su sistema nervioso.

Y entonces, sus párpados empezaron a abrirse y a cerrarse lentamente, como si le costase un tremendo esfuerzo y tuviera un propósito. Cuatro veces subieron y bajaron, luego hubo una pausa. Volvieron a abrirse y cerrarse los ojos otras nueve veces, y hubo una nueva pausa, y después los abrió y cerró otra vez. Todo esto lo repitió dos veces.

—Trata de darnos a entender algo dijo Braile— ¿Pero qué será?

Nuevamente; sus luengas pestañas subieron y bajaron... cuatro veces... pausa... nueve veces... pausa... una vez...

—Se muere —murmuró Braile.

Me arrodillé con el oído aplicado al estetoscopio... Su corazón latía más débil, cada vez más débil... y se paró.

—¡Ha muerto! — dije, y me levanté. Los dos nos inclinamos sobre ella para recoger el postrer espasmo, aquella horrible convulsión, lo que fuese.

Pero no se produjo nada de lo que esperábamos. En su rostro se pintaba aquella repugnancia, aquella aversión, y nada más. Nada de muecas diabólicas ni el menor ruido en su garganta. La carne de su blanco brazo empezó a endurecerse bajo mi mano.

La muerte misteriosa había eliminado de este mundo a la enfermera Walters. No quedaba la menor duda respecto al particular. Pero, de una manera vaga e inexplicable, estaba yo seguro de que la muerte no la había vencido...

Su cuerpo, sí. ¡Pero no su voluntad!

CAPÍTULO IV
LO QUE OCURRIÓ EN EL COCHE DE RICORI

Volví a casa con Braile en un estado de hondo abatimiento. No me sería posible explicar los efectos que la serie de acontecimientos que son objeto de mi relato, produjeron en mi mente desde el principio hasta el fin, y aún después del fin. Me parecía caminar a tientas en las tinieblas de otro mundo, con los nervios en tensión, bajo la vigilancia de agentes invisibles extraterrenos, en un esfuerzo de lo subconsciente por alcanzar el estado de conciencia, llamando desesperadamente a la puerta de acceso de lo irreal a lo real y avisando a mis facultades para que se mantuviesen alerta, siempre alerta. ¡Extrañas frases para un médico positivista!

Braile estaba tan preocupado y afligido, que pensé si entre él y la muerta habría algo más que un interés profesional. En todo caso no se me confió.

Cuando llegamos a casa, ya eran las cuatro. Insistí en que se quedara conmigo. Antes de acostarme llamé al hospital, pero aún no tenían noticias de la enfermera Robbins. Dormí pocas horas y muy mal.

Poco después de las nueve, Robbins me llamó al teléfono: la pobre estaba desolada. Le rogué que viniese a mi despacho, y cuando llegó, Braile y yo le preguntamos sobre el caso.

—Hace tres semanas —nos dijo— Enriqueta trajo a casa para Diana una muñeca preciosísima. La niña estaba loca de alegría. Le pregunté a Enriqueta de dónde la había sacado, y me dijo que de una tiendecilla de mala muerte, en un barrio bajo.

"—Job —me dijo— (me llamo Jobina), la dueña de aquella tienda es la mujer más estrafalaria que he visto. Le tengo un poco de miedo, Job.

"No hice mucho caso. Además, no siempre era Enriqueta muy comunicativa, y me pareció que sentía un poco haberme dicho aquello.

"Pero, después de lo pasado, pienso que Enriqueta se condujo en adelante de una manera extraña. Al principio se mostró muy alegre y luego la vi... bueno, un poco pensativa. Hará unos diez días, llegó a casa con un pie vendado. El pie derecho, sí. Me dijo que había estado tomando el té con la mujer de quien había adquirido la muñeca de Diana. La tetera se cayó y el té hirviente le escaldó el pie. La mujer le puso enseguida un ungüento, y ya no le dolía.

"—Pero creo que será mejor ponerme una pomada que tengo —me dijo. Entonces se quitó la media y empezó a deshacerse el vendaje. Yo me había metido en la cocina y me llamó para que le examinara el pie.

"—Es raro —dijo— La escaldadura ha sido horrible, Job, y está ya del todo curada, aún no hace una hora que llevo el ungüento.

"Le mire el pie. En la blancura del empeine resaltaba una manchita encarnada, pero no había llaga, y le dije que el té no debía de estar muy caliente.

"—Estaba hirviendo, Job —me dijo—, y esperaba encontrarme con una ampolla.

"Estuvo un buen rato mirando al vendaje y al pie. El ungüento era azulado y tenía un

cierto brillo muy extraño. Nunca había visto cosa parecida. No, no percibí ningún olor. Enriqueta acabó de quitarse el vendaje y dijo:

"—Job, tira esto al fuego.

"Tiré la venda al fuego. Recuerdo que ardió produciendo una extraña llama vacilante. A decir verdad, no la vi arder. Unicamente se produjo una llama y desapareció la venda Enriqueta, que lo vio, se tornó pálida y luego, mirándose el pie, dijo:

"—Nunca he visto una curación tan rápida. Esa mujer debe de ser una bruja.

"—¿Qué diablos estás diciendo, Enriqueta? —le pregunté.

"—¡Ah! Nada —me dijo—. Pero me gustaría abrir una herida en esa parte del píe e introducir un antídoto contra las picaduras de serpientes.

"Luego se echó a reír, y pensé que estaba bromeando. Pero se lo pintó de yodo y se lo volvió a vendar con una venda antiséptica. Al día siguiente, me despertó para decirme "—Mira este pie. Ayer se me escaldó con un pote de té hirviente, y ahora ni siquiera está tierno. A estas horas ya se me habría levantado la piel. ¡Job, he rogado a Dios que así fuese!

"Y eso es todo, doctor Lowell. Ni ella volvió a hablarme de esto ni yo le pregunté. Me pareció que lo había olvidado todo. Bueno, le pregunté dónde estaba la tienda y quién era aquella mujer, pero no me contesto. No se por qué.

"Después de esto, nunca la vi tan contenta y despreocupada. Feliz, satisfecha... ¡Oh! ¡No sé por qué se ha muerto... no lo sé... no lo sé!".

Braile preguntóle:

—¿Le dice o le sugiere a usted algo el número 491, Robbins? ¿Lo relaciona con alguna dirección que conociera Enriqueta?

Se quedó pensativa y movió la cabeza. Le expliqué yo entonces que era el cómputo de las veces que Walters cerró y abrió los ojos.

—Sin duda quiso comunicarnos algo en que figuraban esos números. Reflexione otra vez.

De pronto adoptó un aire de formalidad y empezó a contar con los dedos.

—¿No trataría de reemplazar algo con los números? Si fuesen letras, se leería en ellos d, i, a, que son las primeras del nombre de Diana.

Si, claro, esto era una explicación sencilla y aceptable. Podía haber tratado de darnos a entender que cuidásemos de la niña. Le expuse a Braile mi parecer; pero él movió la cabeza, negando.

—Ella sabía que yo había de hacerlo sin que me lo pidiera. No, era otra cosa.

Poco después de marcharse Robbins, llamó Ricori. Cuando le anuncié la muerte de Walters, se mostró muy emocionado. Luego vino el triste asunto de la autopsia, cuyos resultados fueron los mismos que en el caso de Peters. No hallamos el menor vestigio que nos indicase la causa de la muerte de la joven.

Al día siguiente, a eso de las cuatro de la tarde, volvió a llamar por teléfono Ricori.

—¿Estará usted en casa entre seis y nueve, doctor Lowell ? —preguntó con mal reprimida impaciencia.

—Ciertamente, si se trata de algo importante —contesté después de consultar mi cuaderno de notas.

—¿Ha encontrado usted algo, Ricori?

Tardó en contestar.

—No sé, Tal vez... me parece que sí.

—¿Se refiere —apenas traté de refrenar mi propia impaciencia—, se refiere al lugar hipotético de nuestra discusión?

—Tal vez. Ya se lo diré luego, Ahora voy adonde suponemos que está.

—Dígame, Ricori ¿qué espera encontrar allí?

—¡Muñecas! —contestó.

Y como para evitar mis preguntas, cortó la comunicación, sin dejarme hablar.

¡Muñecas!

Me senté a reflexionar. Walters había comprado una muñeca, y en la misma tienda recibió la lesión que tanto le preocupó. Después de oír el relato de Robbins ya no me cupo duda de que la paciente atribuía su ataque a aquella lesión y trató de decírnoslo. No nos habíamos equivocado en la interpretación de aquel desesperado esfuerzo de voluntad que dejo descrito. Podía ella estar en un error. La escaldadura o, mejor aun, el ungüento podía no tener nada que ver con su estado; pero Walters se interesaba extraordinariamente por una niña. Los niños eran el interés común a todos los que murieron como ella, y no hay que decir que el más grande y común interés de los niños está en las muñecas ¿Qué habría descubierto Ricori?

Telefoneé a Braile, pero no estaba. Telefoneé a Robbins para decirle que me trajese la muñeca inmediatamente, lo que hizo ella en seguida.

La muñeca era de singular belleza, construida de madera cubierta de yeso. Lo más curioso es que parecía viva. Representaba una niña con carita de traviesa. Su vestido estaba primorosamente bordado, un traje típico de no sé qué país, Me pareció un objeto de arte, propio para figurar en un museo, y no comprendía cómo pudo pagar su precio la enfermera Walters. No tenía etiqueta ni marca alguna que permitiese identificar al fabricante o al vendedor. Después de examinarla detenidamente, la guardé en un cajón y esperé con impaciencia la visita de Ricori.

A las siete sonó el timbre de la puerta del piso con urgente insistencia. Abrí la puerta de mi despacho y oyendo la voz de McCann en el vestíbulo. le grité que subiera. Apenas lo vi, comprendí que algo horrible sucedía. Sus labios eran de una lividez amarillenta y en sus ojos había una mirada de espanto. Me habló con los labios apretados.

—Baje hasta el coche. Creo que el amo está muerto.

—¡Muerto! —exclamé. Y me precipité a la puerta. En un santiamén estuve en el coche. El chofer, que estaba junto a la puertecilla, la abrió y vi a Ricori acurrucado a un lado del asiento posterior. No le encontré el pulso y al levantarse los párpados, sus ojos me miraron sin verme. Pero no estaba frío.

—Entradlo —ordené.

McCann y el chófer lo entraron y lo colocaron sobre la mesa de reconocimiento de mi despacho, Le descubrí el pecho y apliqué a él el estetoscopio. No percibí la menor señal del funcionamiento del corazón. Evidentemente no le quedaba el menor aliento. Hice otras pruebas, pero en vano. Según todas las apariencias, Ricori esta muerto. Pero aquello no acababa de satisfacerme. Apelé a todos los recursos de costumbre en casos de duda, pero

sin resultado.

McCann y el chofer, que estaban a mi lado, me leyeron la sentencia en la cara, vi que cruzaban una extraña mirada. Los dos eran presa de pánico, y el chófer lo revelaba con más claridad que McCann.

Este me preguntó en un tono frío y monótono:

—¿Le parece que puede haber sido envenenado?.

—Podría —contesté.

¡Envenenado! ¡Y aquella misteriosa diligencia de que me había hablado por teléfono! ¡Y la posibilidad del veneno en los otros casos! Pero esta muerte... de nuevo sentí la duda... no se había presentado como las otras.

—McCann —pregunté—, ¿cuándo y dónde empezó usted a advertir la novedad?

En esta misma calle, seis manzanas antes de llegar. El amo iba sentado a mi lado. De pronto dice "¡Jesús!", como si recibiera un golpe, se lleva las manos al pecho, lanza un sordo gemido y se deja caer hacia adelante Yo le digo "¿Qué le pasa, amo, le duele algo?" No me contesta, pero en seguida se derriba sobre mí y veo que tiene los ojos muy abiertos. Me parece que está muerto y aviso a Pablo para que detenga la marcha y podamos examinarlo. Luego lo hemos traído a toda velocidad.

Abrí una alacena y les serví una copa de aguardiente. Los dos lo necesitaban. Sobre Ricori tendí una sábana.

—Siéntense —les dije—. Y usted, McCann, cuénteme todo lo sucedido desde que salió con el señor Ricori para ir adonde quiera que fuese. Procure no olvidar nada.

He aquí lo que me dijo:

—A las dos, el amo fue a casa de Mollie, la hermana de Peters, estuvo una hora, salió, volvió a su casa y dijo a Pablo que volviese a buscarlo a las cuatro y media. Pero tuvo muchas conferencias por teléfono y no salimos hasta las cinco. Le dijo a Pablo que deseaba visitar un establecimiento de una calle estrecha, situada detrás del Battery Park, pero advirtió que no quería que pasara por aquella calle, sino que parase el coche en el parque. Y a mi me dijo: "McCann, voy a entrar yo solo; no quiero que se figuren que me hago guardar las espaldas". Y añadió: "Tengo mis razones. Tú paseas por delante y de vez en cuando miras dentro, pero no entres si no te llamo". Yo le dije "Amo; ¿no será eso una imprudencia?" Y él me contestó "Yo ya sé lo que hago y tú haz lo que te digo. Esto no tenía réplica.

"Llegamos al punto de nuestro destino y Pablo siguió las instrucciones que tenía. El amo se adelantó por la callejuela y se detuvo ante un pequeño establecimiento en cuyo escaparate había una serie de muñecos. Mire al pasar, y aunque había poca luz en el interior, pude ver otras muñecas y a una muchacha flaca en el mostrador. Mi pareció blanca como el vientre de un pez. El amo, después de pararse ante el escaparate, de uno a dos minutos, entró y yo aún seguí mirando de reojo a la muchacha, porque nunca había visto a nadie que con tan intensa palidez pudiera tenerse de pie. El amo habló con la muchacha, que le enseñó algunos muñecos. Cuando volví a mirar en la próxima vuelta, vi en la tienda una mujer. Era tan corpulenta, que me paré un minuto ante el escaparate, porque nunca había visto nada parecido. Tenia una cara bronceada, y muy parecida a la de un caballo, un poco de bigote, lunares y un aspecto tan digno de verse, por lo raro,

como el de la muchacha pálida. Voluminosa y ventruda. Pero le eché un vistazo a los ojos y... ¡Dios, que ojos! Grandes, negros, encendidos y con un no se qué desagradable, como el resto de su persona. Cuando volví a pasar, el amo estaba con la abultada dama en un rincón y tenía un puñado de billetes en la mano, mientras que la muchacha los miraba como atemorizada. A mi próxima vuelta, ya no vi ni al amo ni a la mujer.

"Decidí, pues, no moverme del escaparate, porque no me gustaba perder de vista al amo en aquel establecimiento, y lo primero que vi fue al amo saliendo por la puerta de la trastienda con una cara de loco y llevando algo en la mano, mientras la mujer iba detrás de él, echando fuego por los ojos. E1 amo movía la boca, pero yo no oí lo que decía, y la mujer también hablaba mientras hacía señas ridículas a su espalda. ¿Señas ridículas? Bueno, movía las manos de una manera cómica. Pero el amo se dirigió recto a la puerta de la calle, y al llegar a ella vi que escondía lo que llevaba, debajo del abrigo y que se abrochaba este.

“Era una muñeca, Le vi los pies colgando antes que se la escondiera bajo el abrigo. Era grande, porque abultaba mucho..."

Abrió una pausa mientras liaba maquinalmente un cigarrillo, luego miró a la sábana que cubría el cuerpo de su amo, tiró el cigarrillo y prosiguió.

“—Nunca había visto al amo tan loco. Hablaba para sí en italiano, repitiendo una palabra que aún me suena, como "straiga”. Comprendí que no era la ocasión de hablar y me limité a seguir a su lado. De pronto me dijo, más como si hablase consigo mismo que si se dirigiese a mi, no se si me explico, el caso es que dijo "No toleraré que una bruja viva entre nosotros." Luego siguió murmurando, mientras sujetaba con un brazo la muñeca que llevaba bajo el abrigo.

"Llegamos a donde nos esperaba el coche y dio a Pablo la dirección de usted, ordenándole que fuese a toda marcha y que mandase al diablo el trafico. ¿No es verdad, Pablo? Sí. Cuando entramos en el coche cesó de murmurar y guardó silencio, hasta que le oí exclamar "¡Jesús!", como he dicho. Y eso es todo. ¿No es verdad, Pablo?";

El chofer no contesto. Permanecía inmóvil, fijando en McCann una mirada en que había un no sé qué de súplica Y vi perfectamente que, como en contestación, McCann movía la cabeza negando. El chofer dijo entonces con acento marcadamente italiano:

—Yo no vi la tienda, pero todo lo demás que ha contado McCann es verdad.

Me levanté para acercarme al cadáver de Ricori. Estaba a punto de quitarle la sábana, cuando algo me llamó la atención; una mancha encarnada del tamaño de diez céntimos, una mancha de sangre. Puse un dedo sobre ella y con la otra mano levanté la punta de la sábana. La mancha de sangre estaba exactamente sobre el corazón de Ricori.

Cogí una lente de las más potentes y una sonda de las más finas. A través de la lente vi en el pecho de Ricori una punción diminuta, no mayor que la que produce una aguja hipodérmica. Introduje con cuidado la sonda, que se hundió suavemente hasta tocar las paredes del corazón No ahondé más"

Una aguja puntiaguda, un instrumento sumamente fino se había clavado a través del pecho de Ricori en su corazón.

Lo contemplé, lleno de dudas, porque no comprendía que una punción tan fina hubiese causado la muerte, a no ser que el arma estuviese envenenada o que otro choque violento hubiera acompañado al de la herida Pero ciertos choques o emociones podían

producir en temperamentos especiales como el de Ricori curiosos efectos mentales, capaces de presentar una perfecta semejanza de la muerte. Tenía noticias de esos casos.

No, a pesar de mis pruebas, no hubiera jurado que Ricori estuviese muerto. Pero no se lo dije a McCann. Muerto o vivo, había un hecho funesto que McCann debía explicar. Me volví a la pareja, que había estado observando atentamente mis manejos.

¿Dicen ustedes que iban los tres solos en el coche?

De nuevo cruzaron una mirada de inteligencia.

—También iba la muñeca —contestó McCann, como quien acepta un reto. Pero yo rechacé la contestación con impaciencia.

—Digan: ¿iban ustedes tres solos en el coche?

—Tres hombres, sí.

—Entonces —les dije, ceñudo— ustedes dos tendrán que dar cuenta de lo que ha pasado. Ricori ha sido apuñalado. Tendré que avisar a la policía.

McCann se levantó y se acercó al cadáver. Cogió el cristal de aumento y a través de él miró el pinchazo. Luego, volviéndose al chófer, le gritó:

—¡Ya te dije que lo había hecho la muñeca, Pablo!

CAPÍTULO V
CONTINUACION DEL ANTERIOR

—McCann —dije en tono de incredulidad—, ¿espera usted que yo crea eso?

Por toda respuesta lió otro cigarrillo, que esta vez no tiró. El chofer se acerco tambaleándose al yacente y arrodillándose, empezó a mascullar oraciones y jaculatorias. Por curioso que parezca, McCann había recobrado su entereza, como si al salir de la incertidumbre respecto a la causa de la muerte de Ricori, hubiera vuelto a restablecerse en el su acostumbrada serenidad. Encendió el pitillo y dijo casi alegremente:

—Pretendo hacérselo creer.

Me dirigí al teléfono, pero de un salto, McCann se me puso delante, de espaldas al aparato.

Un momento, doctor. Si yo fuese tan vil como una rata para hundir un cuchillo en el corazón del hombre que me paga para protegerlo, ¿no se le ha ocurrido pensar que a estas horas no gozaría usted de tan perfecta salud? ¿Que nos impediría a Pablo y a mi sacarle a usted las tripas y darnos a la fuga?

Francamente, no se me había ocurrido esto, y ahora comprendía que me había colocado en una situación verdaderamente peligrosa. Miré al chofer, que se había levantado y permanecía con los ojos fijos en McCann.

—Veo que ha comprendido —dijo éste, dirigiéndome una mirada irónica. Luego se acercó al italiano y le ordenó: Vengan tus bártulos, Pablo.

Sin decir palabra, el chófer echó mano a los bolsillos y le entregó un par de pistolas automáticas, que McCann dejó sobre la mesa. Luego, éste sacó otra pistola del costado izquierdo y otra del bolsillo derecho de su chaqueta y las dejó al lado de las primeras.

—Siéntese, doctor —dijo indicando mi sillón de la mesa—. Aquí tiene toda nuestra artillería. Ponga las pistolas al alcance de su mano. A la primera tontería que hagamos, nos abrasa. Sólo quiero que no avise a nadie antes de escuchar.

Me senté, acercando las pistolas para ver si estaban cargadas Lo estaban.

—Doctor —prosiguió McCann—, quiero que tenga usted presente tres cosas. Primera: si tuviese yo algo que ver en la muerte del amo, ¿cree que hubiera cometido la estupidez de traerlo aquí? Segunda: yo iba sentado a su derecha. Él llevaba un recio abrigo. ¿Cómo hubiera podido meter una cosa tan delgada como lo que debe de haberle causado la muerte, atravesando el abrigo, la muñeca, la otra ropa y la carne, sin que él se resistiese luchando? ¡Diablo! Ricori era un hombre fuerte. Pablo nos hubiera visto.

—¿Y eso qué importaría —le interrumpí— si Pablo fuese su cómplice?

—Justo —convino—, y así es. Pablo está tan hundido en el lodo como yo. ¿No es verdad, Pablo? —Y dirigió una mirada penetrante al chófer, que asintió con la cabeza. — Bueno, dejemos el segundo punto con una observación y pasemos al tercero. Sí hubiera matado al amo de esta manera, con la complicidad de Pablo, ¿cree usted que lo hubiese traído al doctor que más interés podía tener en descubrir cómo había muerto? Y después de descubrirlo, ¿quiere usted que me invente una coartada como ésta? ¡Cristo, doctor!

¡Aun no soy tan loco como eso!

Se operó en su rostro una contracción nerviosa.

—¿Por qué había de desear matarlo, yo que por él hubiera ido al quinto infierno, y él lo sabía perfectamente? Y lo mismo hubiera hecho Pablo.

Vi la fuerza del argumento. En mi fuero interno estaba plenamente convencido de que McCann decía la verdad o al menos la verdad de lo que había visto. No era él quien hirió a Ricori, pero atribuir el hecho a una muñeca era demasiado fantástico. Y no obstante, estaban los tres solos en el coche. McCann había leído en mis pensamientos con pasmosa precisión.

—Debía de ser una de esas muñecas mecánicas me dijo—, con resortes para asestar un golpe.

—Vaya al coche, McCann, y súbamela —me apresuré a decirle, aceptando como buena la explicación que me dio.

—No está allí —me replicó con una mueca de preocupación—. ¡Saltó fuera!

—Es absurdo —empecé a decir. Pero el chófer me atajó.

—Es verdad. Algo saltó, cuando abrí la portezuela. Pensé que era un gato, acaso un perro, y exclamé "¡Qué diablos! " Y me volví a mirar lo que era. Corría como mil demonios. Se detuvo, se zambulló en la sombra, luego lo vi como una exhalación y lo perdí de vista para siempre. Me volví a McCann y le dije "¡Qué diablos es eso!" Y él me contestó, desde el fondo del coche donde estaba ocupado "Es la muñeca. ¡El amo está muerto!" Y recuerdo que dije "¡La muñeca! ¿Qué quieres decir, la muñeca?" Y me lo explicó. Yo no sabía nada de la muñeca. Noté que el amo traía algo bajo el abrigo, sí; pero no sabía qué era. Lo que puedo asegurar es que vi una cosa diabólica que no parecía gato ni perro y que saltó del coche, pasando entre mis piernas. Eso sí.

Entonces dije con un acento de ironía:

—¿Cree usted, McCann, que esa muñeca tenía la maquinaria necesaria para huir como para asestar una puñalada?

Enrojeció, pero contestó con calma:

—No digo que fuese una muñeca mecánica. Pero una cosa u otra debía ser. Es para volverse loco, ¿no?

—McCann —le dije bruscamente— ¿qué quiere que haga?

—Mire, doctor, cuando yo vivía en Arizona, un hacendado murió de muerte violenta. Un compañero mío parecía tener algo que ver en aquel asunto. El jefe de policía le dijo "Hombre, no creo que tú seas el criminal, pero yo aquí soy el único juez. ¿Que dices a esto?" Y el hombre le dijo, "Jefe, concédame dos semanas y si no le traigo al autor del crimen, mándeme colgar" El jefe de policía le contestó "Me parece bien. La víctima ha muerto a consecuencia de un balazo y su matador será ahorcado." Bueno, pues, al cabo de dos semanas, mi compañero se presentó con el asesino atado a la silla de su caballo.

—Ya me hago cargo de su punto de vista, McCann; pero no estamos en Arizona, — Ya lo sé. ¿Pero no puede usted certificar que ha muerto de afección cardíaca, provisionalmente? Y concédame aunque no sea mas que una semana. Si no consigo descubrir algo, haga lo que quiera. No me escaparé. Porque el caso es, doctor, que si usted ha de avisar a la policía, mas vale que coja una de esas pistolas y nos mate a tiros, a mí y a

Pablo, cuanto antes. Porque si les salimos con el cuento de la muñeca, los polizontes van a reventar de risa y no nos escaparemos de Sing Sing. Y aunque no nos encarcelen, nos achicharrarán; pues aun en el caso de que la policía nos perdonase, la banda del amo se cuidaría de achicharrarnos los sesos. Le juro, doctor que causará usted la muerte de dos inocentes, y lo que es peor, nunca sabrá usted quien mató al amo, porque sus pesquisas no llegarán adonde pueden llegar las nuestras.

Una nube de sospecha ensombreció mi convencimiento sobre la inocencia de aquel par de pájaros. La proposición, aunque parecía ingenua, no dejaba de ser sutil. Si daba mi consentimiento, el pistolero y el chofer tendrían una semana para huir, si tal era su plan. Si McCann no volvía y yo confesaba la verdad, me complicaba en el asunto como un encubridor. Si alegaba que mis sospechas habían despertado después de la huida, quedaría convicto y confeso de ignorancia. Si los capturaban y confesaban mi consentimiento, también me haría responsable de complicidad. El hecho de desprenderse McCann de las pistolas no podía ser más claro. No podría yo afirmar que di mi consentimiento bajo amenaza. Aquello, además, podía ser un gesto sagaz para ganar mi confianza o debilitar mi resistencia. ¿Pero quién me aseguraba que no tenían otras armas y que estaban dispuestos a usarlas si rechazaba su proposición?

En mi lucha interior para buscar la manera de salir del brete en que me ponían, después de tomar la precaución de meterme las armas en el bolsillo, me levanté para acercarme a Ricori y me incliné dispuesto a hacer ver que lo examinaba. Lo hallé frío, pero no con ese frío peculiar de los cadáveres. Al notar esto, lo examiné de veras minuciosamente, y ¿cual no sería mi sorpresa cuando recogió mi tacto una pulsación apenas perceptible de tan débil, pero reveladora de que su corazón funcionaba? Junto a la comisura de sus labios empezaron a formarse unas burbujas... ¡Ricori vivía!

Continué mi examen, con la caldera de mis pensamientos a toda presión. Ricori vivía, era cierto; pero aquello no menguaba el peligro que estaba yo corriendo, antes bien, lo aumentaba; porque si McCann lo había apuñalado en complicidad con el otro, y se enteraban de que no habían logrado su criminal propósito, ¿no pretenderían acabar lo que creyeron terminado? Con Ricori vivo y en capacidad para acusarlos, tenían la muerte más segura que la que podían esperar por sentencia de la ley: la muerte por sentencia de Ricori y a manos de sus paniaguados Y al acabar con Ricori, seguramente pensarían acabar al mismo tiempo conmigo.

Antes de incorporarme, deslicé la mano al bolsillo y empuñando una pistola automática, me volví con rapidez, apuntándoles, mientras gritaba:

—¡Manos arriba! ¡Los dos!

El rostro de McCann expresó la mas viva sorpresa, y el del chofer la más honda consternación; pero los dos levantaron los brazos.

No hace falta que nos pongamos de acuerdo para nada, McCann. Ricori no está muerto. Cuando pueda hablar, el mismo dirá lo que ha pasado.

No estaba yo preparado para el efecto que la noticia había de producir. Si McCann no era sincero, debía ser un gran comediante. Toda su musculatura se relajó y en mi vida he visto un alivio como el que se pintó en su cara. Por sus curtidas mejillas corrieron lagrimas. El chofer cayó de rodillas, sollozando y mascullando oraciones. Mis sospechas se

desvanecieron como el humo. No me cabía en la cabeza que aquello pudiera ser comedia. Y en cierto modo, me sentí avergonzado.

—Pueden bajar las manos, McCann —dije, y me guardé la pistola en el bolsillo.

—¿Vivirá? —preguntó con voz ronca.

—Es lo más probable —le contesté. Si no hay infección, estoy seguro.

—¡Gracias a Dios! —murmuró McCann, y repitió una y otra vez —¡Gracias a Dios!

Y en aquel preciso instante entró Braile y se quedó contemplándonos con mirada atónita.

—Ricori ha sido herido. Ya se lo explicaré todo más tarde —le dije—. Un pinchazo en el costado, penetrando probablemente en el corazón. El golpe le ha producido un efecto comatoso del que acaba de recobrarse. Súbalo a mi departamento clínico y encárguese de él hasta que yo vaya.

Rápidamente le enteré de lo que yo había hecho e indique el tratamiento inmediato. Cuando se llevaron a Ricori, me dirigí a los pistoleros.

—McCann, no voy a darle explicaciones, por ahora; pero aquí tiene sus pistolas y las de Pablo. Los dejo en libertad de acción.

Cogió las armas, mirándome con un extraño brillo en los ojos.

—Me gustaría saber por que ha cambiado de propósito, doctor. Aunque todo lo que usted haga lo encuentro bien hecho, mientras salve al amo.

—Indudablemente habrá alguien a quien tendremos que avisar respecto a su estado —le repliqué— encárguese usted mismo de hacerlo. Lo único que yo sé es que le ha dado un ataque al corazón cuando venía a visitarme. Usted me lo ha traído y ahora lo estoy tratando como a un enfermo cardíaco. Si muriese, McCann.., ya sería otra cosa.

—Yo llevaré la noticia —contestó— Solo hay dos personas a quienes tendrá usted que ver. Luego iré, a la tienda de muñecas y le arrancaré la verdad a aquella mala bruja.

El fuego siniestro que lucía en sus ojos parecía afilar sus tajantes palabras.

—No —le dije con firmeza— Aun no. Haga vigilar la casa. Si sale la mujer, vea dónde va. Vigile estrechamente a la muchacha. Si ve que una de ellas o las dos se marchan como huyendo, no las alarme, pero sígalas. No quiero que se las moleste ni se las ponga en guardia mientras Ricori no esté en condiciones de contar lo que ha pasado.

—Perfectamente —asintió a regañadientes.

—Esa historia de la muñeca no sería tan convincente para la policía como para mi, que tengo cierta inclinación a la credulidad. Procure especialmente que nadie se entere del asunto. Mientras viva Ricori, no hay necesidad de que nadie se meta en nuestros asuntos.

Me lo llevé aparte, para decirle:

—¿Tiene usted confianza en el chófer? ¿Está seguro de que no hablará?

—Pablo es un hombre de confianza y sabrá callar.

—Por ustedes mismos, me alegro que así sea —advertí.

Se despidieron y yo me dirigí al cuarto de Ricori. Sus pulsaciones eran más fuertes y aunque su respiración era fatigosa, infundía esperanzas. La temperatura continuaba siendo más baja que la normal, pero había me]orado mucho. Si, como dije a McCann, no se presentaba la infección y el arma con que fue herido no estaba emponzoñada, Ricori viviría.

Aquella misma noche me visitaron dos caballeros muy corteses y elegantemente vestidos, escucharon mis explicaciones sobre el estado del paciente, me pidieron permiso para verlo y luego se marcharon, después de advertirme que "muerto o vivo Ricori" no tenia que preocuparme por mis honorarios y que no reparase en gastos de consultas con las mejores eminencias, por mucho que costasen. Les manifesté mi convencimiento de que Ricori había experimentado un cambio francamente favorable. Me rogaron que no permitiese verlo a nadie más que a ellos mismos y a McCann, para evitarme posibles disgustos, me aconsejaron que aceptase a dos hombres que me enviarían para estar apostados junto a la puerta, en el vestíbulo. Les conteste agradeciendo la atención.

Al poco tiempo, dos hombres de aspecto muy tranquilo montaban la guardia ante la habitación de Ricori, como se había hecho con Peters. Aquella noche soñé con muñecas que bailaban a mi alrededor y me perseguían t amenazaban. Fue un sueño muy desagradable.

CAPÍTULO VI
EL PEREGRINO CASO DEL POLIZONTE SHEVLIN

Por la mañana se produjo una notable mejoría en el estado de Ricori. Continuaba sumido en el mismo sopor, pero la temperatura era casi normal y la respiración y las pulsaciones completamente satisfactorias. Braile y yo nos repartíamos el trabajo, de modo que uno de los dos estaba siempre con disposición de acudir al primer aviso de la enfermera. Los guardianes fueron relevados después del desayuno, por otros dos. Uno de los visitantes de la víspera volvió al día siguiente, miró a Ricori y escuchó mi informe esperanzado con verdadera alegría.

Al meterme en la cama se me había ocurrido la idea de que Ricori podía haber tomado alguna nota concerniente a sus averiguaciones, pero tuve cierto reparo en ir a registrar sus bolsillos. Ahora me parecía el momento oportuno para salir de dudas respecto al particular y me decidí a insinuar visitante si no deseaba examinar los papeles que llevaba Ricori, por si entre ellos había algún documento que pudiera ser necesario para negocios, añadiendo que también nosotros teníamos un gran interés en cierto asunto del que precisamente venía a hablar conmigo cuando le dio el ataque, y sobre el cual era posible que trajese algunas notas en el bolsillo. El visitante se mostró de acuerdo y en seguida mandé traer el abrigo y el traje de Ricori y procedimos a registrar los bolsillos. Encontramos unos cuantos papeles, pero nada referente a nuestras investigaciones.

En el bolsillo interior de su abrigo encontré no obstante un curioso objeto: un cordel muy delgado, de unas ocho pulgadas de largo, con nueve nudos espaciados irregularmente. Eran unos nudos muy curiosos, como no recordaba haber visto otros. Examiné aquel cordelito con inexplicable pero honda turbación. Miré al desconocido y noté en sus ojos un reflejo de confusión, como si se hallase ante un enigma impenetrable. Esto me recordó la superstición de Ricori y pensé que el cordel anudado probablemente sería un talismán o amuleto. Y lo volví a dejar en el bolsillo.

Cuando me quedé solo volví a examinarlo detenidamente. El cordel era de cabello humano, fuertemente trenzado; el cabello tenía cierta palidez que tiraba a ceniza e indiscutiblemente era de mujer. Cada nudo, según podía observar entonces, estaba atado de diferente manera, y todas muy complicadas. Esta circunstancia y la de estar los nudos separados por espacios irregulares, me sugirieron la idea de que significaba una palabra o una sentencia. Al estudiar los nudos tuve la misma sensación de hallarme ante una puerta secreta, con la necesidad ineludible de abrirla a pesar de parecerme imposible, que cuando asistí a la muerte de Peters. Obedeciendo a un oscuro impulso, no volví el cordel al bolsillo, sino que lo guardé en el mismo cajón donde había metido la muñeca que trajo la enfermera Robbins.

Poco después de las tres me telefoneó McCann y me pareció que se me quitaba un peso de encima al oír su voz. A la luz del día, su relato de lo ocurrido en el coche de Ricori se me presentaba como algo increíblemente fantástico, y me volvía a sumergir en dudas. Ya empezaba a preocuparme la desagradable situación en que me hallaría si él llegaba a

desaparecer, y algo de esto debió él de adivinar en la cordialidad con que lo saludé, cuando me dijo riendo

—¿Pensaba que había puesto pies en polvorosa, doctor? No sería usted capaz de hacerme huir, ni me escaparía por nada del mundo. Espéreme y verá lo que le llevo.

Esperé su llegada con impaciencia. Se me presentó con un hombre robusto, de cara encarnada, que llevaba una gran bolsa de papel, como esas en que se guardan prendas de vestir contra las polillas. Reconocí en el a un polizonte con quien me encontraba frecuentemente en el paseo, aunque nunca lo había visto sin uniforme. Les rogué que se sentaran y el policía lo hizo sobre el extremo de una silla, sosteniendo cuidadosamente la bolsa de papel sobre sus rodillas. Miré a McCann inquisitivamente

—Shevlin —dijo éste indicando con la mano al policía —dice que le conoce, doctor; pero de todas maneras he querido que viniese.

—Si no conociese al doctor Lowell, no estaría yo aquí, compadre —dijo Shevlin, exteriorizando su malhumor— Pero me consta que el doctor tiene sesos en la cabeza y no aserrín, que es lo único que queda en la calabaza de ese mentecato de comisario.

—Bueno, hombre —le consoló McCann maliciosamente— el doctor te prescribirá lo que te convenga, Tim.

—No necesito que me prescriba nada, te digo —replicó Shevlin— Ya te he dicho y te repito que lo vi con mis propios ojos. Y aunque el doctor Lowell afirmase que estaba borracho o loco, lo mandaría al diablo como he mandado al inspector. Y a ti, lo mismo.

Yo escuchaba con creciente sorpresa.

—Poco a poco, Tim, poco a poco —profirió McCann—. Yo te creo. No sabes lo mucho que deseo creerte, o al menos los motivos que tengo para desearlo.

Por la rápida mirada que me dirigió comprendí que, cualquiera que fuese la razón para haber traído a mi despacho al policía, nada le había dicho de Ricori.

—Ya ve usted, doctor. Cuando le conté que la muñeca dio un brinco y se lanzó fuera del coche, pensó que yo estaba loco. Está bien, me dije; quizá no irá muy lejos. Tal vez era una de esas muñecas mecánicas tan perfeccionadas; pero, aunque así fuese, tarde o temprano se le acabaría la cuerda y caería. Por eso me dediqué a buscar a alguien que hubiera podido verla. Y esta mañana me he encontrado a Shevlin, aquí presente, que va y me dice... Sigue tú, Tim, dile al doctor lo que me has dicho.

Shevlin pestañeó, acomodó con precaución la bolsa sobre sus rodillas , empezó a contar, con ese aire rutinario de quien repite lo mismo por centésima vez, a gente que no le cree, ya que de vez en cuando me miraba con expresión de reto o levantaba la voz con acento de triunfo.

—Ha sucedido esto a la una. Yo estaba paseando en mi puesto de guardia, cuando he oído que alguien chillaba desesperadamente "¡Auxilio! ¡Que me matan! ¡Quitadme esto!" Acudí corriendo y encontré subido a un banco a un pobre desgraciado que con el sombrero hundido hasta las orejas, esgrimía el bastón de un lado a otro, mientras ejecutaba un paso estrafalario de danza, agachándose, irguiéndose y lanzando alaridos.

"Me acerqué y le di un golpe en las canillas con mi porra. El bajó la vista y se dejó caer en mis brazos. Me echo su aliento en las mismas narices y en seguida creí adivinar lo que pasaba. Me lo quité de encima haciendo que se sostuviera de pie y le dile "Sígueme;

ese maldito aguardiente no hace más que ponernos fantasmas por delante. Si respetásemos la ley prohibicionista no veríamos tan espeso. Dime dónde vives y te meteré en un taxi, eso si no prefieres que te lleve al hospital, “Permaneció en el sitio agarrándome y, temblando de pies a cabeza, me dijo "¿Se figura que estoy borracho?" Y yo empezaba a decirle Y de qué manera,..", cuando lo miré y vi que no estaba borracho. Poda haberlo estado, pero ya no lo estaba y de pronto se dejó caer en el banco, se subió los pantalones, se bajó los calcetines y me dijo. "¿Pretenderá usted que el aguardiente me pueda haber hecho esto?"

“De una decena de agujeritos vi manar sangre. Le examiné de cerca la pierna, se la toqué, y puedo jurar que era sangre, como si alguien le hubiera clavado una agua de sombrero...”

Maquinalmente dirigí mi mirada a McCann, pero este no se fijó. Con imperturbable serenidad estaba liando un cigarrillo.

—Y yo le dije "¿Quién diablos te ha hecho eso?" Y él me contestó "¡El muñeco lo ha hecho!"

Un calofrío recorrió mi espina dorsal y volví a mirar al pistolero, que esta vez me dirigió una mirada de inteligencia. Shevlin me fulminó con sus ojos y recalcó.

—"¡El muñeco lo ha hecho!", —me dijo.

¡Me dijo que el muñeco lo había hecho, para que se enteren bien! McCann ahogó una carcajada y Shevlin le pagó con la misma mirada fulminante que a mí. Yo me apresuré a decir —Comprendo, guardia: le dijo que el muñeco le había hecho las heridas. Una afirmación bien chocante, por cierto.

—¿Quiere usted dar a entender que no lo cree? —preguntó, furioso —Creo que le dijo eso, sí —contesté—. Pero siga.

—Perfectamente, ¿pero quiere usted decir que yo también había de estar bebido para creerlo? Porque eso es lo que me dijo aquel calabacín de comisarlo.

—No, no —le aseguré, y Shevlin, ya tranquilo respecto a mi opinión, prosiguió:

—Yo pregunté al beodo "¿Cómo se llama?" "¿Cómo se llama, quién?", me dijo". “La muñeca ésa —le dije—. Apostaría que es una rubia y que quiere ser artista de cine. Las morenas no usan agujas de sombrero, prefieren un cuchillo."

"—Señor oficial —me dijo en tono solemne—, era una muñeca, o si lo prefiere, un muñeco. Y cuando digo una muñeca quiero decir una muñeca. Me estaba paseando para tomar un poco de aire. No negaré que había bebido, pera no más de lo que podía tolerar. Pasaba haciendo molinetes con el bastón, cuando este se me cayó al seto ese —dijo señalándome el puesto—. Me bajé para cogerlo y vi allí una muñeca. Era una muñeca grande y estaba despatarrada, como si hubiera quedado así al tirarla alguien. Quise cogerla, pero apenas la toqué, dio un brinco como si la presión de mis dedos hubiera soltado un resorte. Me saltó a la cabeza —siguió diciendo—, dejándome pasmado, y cuando me incliné para ver dónde estaba la muñeca sentí en la pantorrilla un agudo dolor, como si me la hubieran atravesado con un hierro. Di un brinco y entonces pude ver a la muñeca, que con una gruesa aguja en la mano se disponía a herirme de nuevo.

"—Tal vez —le dije— haya visto usted a un enanillo. "¡Déjese de enanillos! —me dijo — ¡Era una muñeca! Y me pincho con una aguja de sombrero. Tenía dos pies de estatura y

ojos azules y me hacía unas muecas que me helaron la sangre en las venas. Y mientras estaba como aturdido me clavó otra vez la aguja. Me subí al banco y la mueca dio vueltas y mas vueltas, hasta que dio un brinco y recibí un nuevo pinchazo. Temí que se propusiera matarme y grité frenéticamente —dijo el borracho— ¿Y quién no hubiera gritado?—me preguntó—. Y entonces acudió usted y la muñeca se hundió en el seto. Por Dios, oficial, acompáñeme hasta que encontremos un taxi que me lleve a casa, pues no me importa confesar que esto me ha puesto piel de gallina."

"Tomé, pues, al beodo del brazo —prosiguió Shevlin—. Pensando con verdadera lástima en las cosas fantásticas que hacía ver el abrazo de las botellas, pero sin dejarme de ocupar por los pinchazos sangrantes de piernas, y salimos al paseo. Aun estaba infeliz temblando y yo mirando si pasaba un taxi, cuando inesperadamente lanzó un chillido. "¡Allí va! ¡Mírela, allí va!".

“Seguí la dirección de su dedo y, verdaderamente, vi algo que se deslizaba por la acera, corriendo hacia la calzada, Estaba a cierta distancia y pensé que era un gato o quizás un perro. Entonces me fijé en una cupé que estaba parada en la esquina y al que el gato o perro quería llegar. Aun estaba chillando el borrachín y yo mirando si era gato o perro aquello que corría, cuando un pesado automóvil a toda marcha cogió bajo sus ruedas al objeto de mi observación. Ya el vehículo se había perdido de vista cuando recobré la respiración que por un momento me faltó. Creo que vi al objeto moverse retorcidamente y seguí pensando que era un gato o un perro. "Voy a darte el golpe de gracia para que no sufras más." Y me acerqué con la pistola en la mano. Al hacer yo eso, la cupé que esperaba, desapareció desde la esquina y no la he vuelto a ver. Me incliné sobre lo que el otro coche había aplastado, lo examiné..."

Se descargó de las rodillas el saco de papel para dejarlo en el suelo y desató la boca.

—Y era esto —dijo.

Sacó de la bolsa una muñeca o lo que quedaba de ella. El automóvil le había pasado por el medio, estropeándola. Una pierna se había perdido y la otra pendía de un cordel. Sus vestidos estaban rotos y sucios del barro de la carretera. Se trataba ciertamente de una muñeca, pero a cualquier persona inexperta le hubiera dado la impresión de un pigmeo mutilado, con el cuello torcido y la cabeza caída sobre el pecho, McCann levantó la cabeza de la muñeca...

Me estremecí y sentí un cosquilleo de horror por todo mi cuerpo...; el corazón empezó a brincar en mi pecho como un caballo loco.

¡Aquella cara que me miraba con sus ojos azules y brillantes era la de Peters!

Y en ella, como el mas fino de los velos, se veía la sombra de aquella exaltación diabólica que se reflejaba en el rostro de Peters y que yo pude contemplar cuando ya la muerte había paralizado los latidos de su corazón.

CAPÍTULO VII
MUÑECA DE PETERS

Shevlin no apartaba de mi sus ojos, mientras yo contemplaba la muñeca, satisfecho del efecto que me estaba produciendo.

—¿Verdad que parece un aborto del infierno? —preguntó—. El doctor lo esta viendo, McCann. !Ya le decía que era un hombre de seso!

Colocó la muñeca sobre sus rodillas y permaneció así sentado como un rubicundo ventrílocuo, en un silencio malicioso; y no me hubiera sorprendido oír una risa diabólica brotada de su boca, encogida en una mueca tímida.

—Deje que se lo cuente todo, doctor—prosiguió.—Estuve un momento mirando esta muñeca, hasta que me decidí a cogerla, diciéndome "Aquí hay algo más de lo que se ve, Tim Shevlin". Y me volví para ver que se había hecho del borracho. Este no se había movido de donde lo dejé, y al acercármele, me preguntó "¿Es una muñeca, como yo le decía? ¡Ah! ¡Ya le decía que era una muñeca!" repitió lanzando una mirada al objeto que yo llevaba en la mano. Yo le contesté "Amigo mío, esto no es perro ni gato, pero hay gato encerrado y algo de malo. Venga conmigo al cuartel, repita ante el comisario todo lo que me ha contado y enséñele las piernas". Y el borracho me dijo: "Con mucho gusto, pero aparte eso de mi vista". Sin hablar más nos dirigimos al cuartel.

"Allí encontramos al comisario, al sargento y a un par de agentes. Me adelanté y dejé la muñeca sobre la mesa del jefe.

"—¿Qué es esto? —preguntó de mal talante—. ¿Otro secuestro?"

"—Enséñele las piernas" —dije yo al borracho. "No quiero verlas, como no sean mas bonitas que las que se exhiben en el Follies" —gruñó aquel calabacín—Pero el borracho se subió los pantalones, se bajó los calcetines y le enseñó las piernas.

"—¿Quién le ha hecho eso? —preguntó el comisario levantándose."

"—La muñeca —contestó el beodo. El comisario volvió a sentarse guiñando significativamente, Y yo le expliqué cómo acudí a sus gritos de auxilio, lo que aquel me dijo y lo que vi. El sargento se echo a reír y los agentes lo imitaron; pero el comisario enrojeció como un pavo y gruñó "¿Se ha propuesto tomarme el pelo, Shevlin?" A lo que repliqué "Le digo lo que él me contó y lo que vi, y ahí esta la muñeca". Entonces le oí murmurar "¡Es raro, porque nunca lo había visto borracho!" Luego agitando los dedos añadió "A ver, acérquese", Ante esto di todo por perdido, porque a decir verdad, el borracho llevaba una botella y yo se la quité y eche un trago y mi aliento despedía un olor aguardentoso. El inspector dijo: "Ya me lo temía. ¡Apártese!" .

"Luego se quedó mirando a mi compadre como si quisiera devorarlo con los ojos. “Oiga, so espanto, ¿qué clase de ciudadano es usted, que corrompe a un buen funcionario y, no contento, viene a tomarme el pelo? No le van a quedar ganas de repetir la broma. ¡Ea! Llévenselo al calabozo y tiren allí esta maldita muñeca para que le haga compañía." Al oír esto, el pobre hombre lanzó un chillido y cayó a tierra. "¡Diablo, por lo visto cree su propia mentira, el muy condenado! ¡Si será loco! Acompáñenlo hasta la puerta y que se

vaya. Después se volvió a mí para decirme: “Si no le tuviera por un muy buen chico, Tim, lo encarcelaba ahora mismo. Tome su estropeada muñeca y váyase a su casa. Ya mandare un relevo a su puesto. Duérmala bien y no vuelva hasta que esté sereno". Y yo le repliqué: "Perfectamente, pero lo que he visto lo he visto. ¡Y ustedes váyanse todos al diablo!", añadí por los agentes que reían como tontos. Luego me volví al comisario y le dije: "Puede usted dar parte por esto, pero ¡al diablo también!". Y como no cesaban de reír, tomé la muñeca y me marché."

Calló un momento, y prosiguió:

—Llevé a casa la muñeca y se lo conté todo a Maggie, mi mujer. ¿Y qué se figura que me dijo? "Pensar —me dijo que has estado apartado del aguardiente o casi apartado durante tanto tiempo, y ahora verte así, hablando de muñecas que dan pinchazos e insultando al comisario, para que te traslade! ¡Ahora que Jenny empieza a ir a la escuela superior! Vete a la cama a dormir esa indecente mona y echa la muñeca la basura", dijo. Yo no le hice caso y me marché de casa llevándome la muñeca, Me encontré con McCann que, no se cómo, estaba enterado de algo. Le conté la historia y me trajo aquí, aunque ignoro para qué."

—¿Quiere que hable yo con el comisario? — le pregunte.

—¿Y qué le diría? —replicó con harta razón— Si le dice que el borracho estaba en sus cabales y que yo estaba en mis cabales y vi correr a la mueca, ¿que pensará? Pensará que está usted tan chiflado como nosotros, Y si afirma que yo estaba un poco tocado del caletre en aquel momento, me mandarán a una clínica, No, doctor. Muchas gracias, pero lo mejor será callar y escuchar las pullas con dignidad, o tal vez taparles la boca con un puñado de plata, si se ponen cargantes. Le estoy muy agradecido por la bondad con que me ha escuchado. Ya me siento más seguro de mi mismo.

Shevlin se levantó suspirando con alivio.

—¿Y usted qué piensa? ¿Que opina de lo que el borracho dijo y de lo que tanto él como yo vimos? —pregunto con cierta nerviosidad.

—No sé qué decirle del borracho —contesté precavidamente—. En cuanto a usted... Verá, podría ser que la muñeca estuviera tirada en la carretera y que, un gato o un perro atravesase la calzada en el momento de pasar el automóvil. El gato o el perro tal vez escapó, mientras la muñeca atraía su atención.

Me atajó con un ademán.

—Perfectamente, perfectamente. Eso me basta. Dejaré aquí la muñeca como paga por su explicación, señor.

Con notable dignidad y más encarnado que al entrar, Shevlin se despidió de nosotros y salió del despacho. McCann se estremecía riendo en silencio. Cogí la muñeca y la dejé sobre la mesa, Y al mirar aquella carita maligna, confieso que no tenía malditas las ganas de reír.

Obedeciendo a una vaga idea, saqué del cajón la muñeca de Walters y la puse al lado de la otra; cogí el cordel de nudos y lo dejé entre las dos. McCann, que estaba observándolo todo, silbó por lo bajo como subrayando su pensamiento.

—¿De dónde ha sacado esto, doctor? —preguntó indicando el cordel, Cuando se lo dije, volvió a silbar.

—El amo no se enteró de que llevaba eso encima —dijo—. ¿Quién se lo metería en el bolsillo? La hechicera, desde luego. Pero, ¿cómo?

—¿De qué está usted hablando, McCann?

—De la escala de la bruja —dijo indicando el cordel de nudos—. Así llaman a eso en Méjico. Es hechicería. La bruja desliza esto en uno de sus bolsillos y tiene poder sobre usted. Se inclinó para examinar la cuerda.

—Sí, es la escala de la bruja: nueve nudos cabello de mujer... ¡Y pensar que estaba en el bolsillo del amo!

No se cansaba de contemplar el cordel y me llamó la atención que lo hiciera sin tocarlo.

—Tómelo para verlo mejor, McCann —le dije.

—¡Yo sí que no! —exclamó, retrocediendo. Le digo que es hechicería, doctor.

Mi creciente irritación por la niebla de superstición que me envolvía, cada vez mas densamente, acabó por agotar mi paciencia. —Diga, McCann, ¿se propone usted, para usar las palabras de Shevlin, tomarme el pelo? Cada vez que le veo me pone usted frente a hechos o cosas increíbles. En primer lugar, me habla de la muñeca del coche; luego me trae a Shevlin, y ahora me habla de la escala de la bruja ¿Que se propone?

Me miró con sus hundidos ojos y con el sonrojo que coloreaba sus pómulos:

—Lo único que me interesa es ver levantado al amo y hacer todo lo que le convenga. En cuanto a Shevlin, cree usted que le contó una patraña?

—No —contesté—. Pero recuerdo, que estaba usted al lado de Ricori cuando recibió la herida y me parece muy raro que descubriese a Shevlin tan pronto.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Quiero decir que su borracho ha desaparecido, que es muy posible que sea su aliado, que el episodio que tanto impresionó al digno Shevlin pudiera muy bien ser un paso de comedia sabiamente ideado y la muñeca de la calle y el providencial automóvil que pasó volando, una maniobra hábilmente planeada para obtener los resultados apetecidos. Al fin y al cabo no tengo más garantía que su palabra y la del chofer para creer que la muñeca no estaba en el coche mientras ustedes permanecieron aquí la otra noche. Quiero decir que... mientras permanecieron aquí la otra noche. quiero decir que...

Me detuve al comprender de pronto que no hacía más que poner de manifiesto la desazón que me causaba la incertidumbre.

—Yo acabaré la frase —dijo él—: quiere decir que yo estoy en el intríngulis de todo esto.

Estaba pálido y en gran tensión de nervios.

Suerte que me es usted simpático, doctor —continuó—. Y más suerte que esta usted en buenas relaciones con el amo. Pero a lo que puede dar más las gracias es a que solo usted pueda salvarlo, si hay salvación para él. Nada más.

—McCann, le dije —Lo siento mucho, muchísimo. Y no por lo que he dicho, sino por tener que decirlo. Después de todo, la duda está en pie y usted debe admitirlo. Es preferible hablar claro.

—¿Quiere decirme qué motivos podría tener yo...?

—Ricori cuenta con poderosos enemigos, pero también con poderosos amigos. A sus

enemigos les convendría mucho deshacerse de él sin infundir sospechas, induciendo a un médico de gran reputación y de indiscutible entereza a certificar su defunción como producida por una enfermedad. No ha sido el egoísmo lo que me ha dado la reputación que gozo, McCann.

Asintió moviendo la cabeza. Se suavizaron los rasgos de su cara y su tensión nerviosa se relajó.

—No puedo replicar a esto ni a nada de lo que ha dicho, doctor. Pero le agradezco que tenga tan buena opinión de mi talento. Para llevar a cabo lo que usted supone se necesita. Esto parecería el cuento de aquel que se afana en poner en orden setenta y cinco chucherías para dejar caer un ladrillo sobre la cabeza de un hombre a las dos horas, veinte minutos y dieciséis segundos exactamente. ¡Si, debo de tener mucho talento!

Di un respingo al oir tan burdo sarcasmo, pero no contesté. McCann tomó la muñeca de Peters y empezó a examinarla Yo me dirigí al teléfono para preguntar cómo seguía Ricori, pero una exclamación del pistolero me hizo volver. Me llamó y me alargó la muñeca señalando con el dedo el cuello de su chaquetilla. Palpé y mis dedos tropezaron con un objeto que me pareció la cabeza de una aguja grande. Tiré hacia fuera y saqué como de una vaina una pieza fina de metal que tenía nueve pulgadas de largo. Era más delgada de lo que suelen ser las agujas de sombrero, muy rígida y puntiaguda.

Inmediatamente comprendí que tenía en mis manos el instrumento que se había clavado en el corazón de Ricori.

—¿Qué? ¿Otra afrenta? —preguntó McCann—. Tal vez la haya puesto yo ahí, doctor.

—No me sorprendería, McCann.

Se echó a reír. Yo examiné el espadín, pues no era otra cosa. Parecía de un acero finísimo, aunque no estaba seguro que fuese de ese metal. La hoja, en la parte superior tendría media pulgada de ancho, y más que la cabeza de una agua, parecía el mango de un puñal. A través de la lente se veían muchas muescas en el mango... como para asegurar la empuñadura a la mano... a la mano de una muñeca ; ¡la daga de una muñeca! Y en ella había manchas.

Moviendo la cabeza de impaciencia, dejé aquel objeto con intención de examinar más tarde al microscopio aquellas manchas. Sabía que eran de sangre, pero quería asegurarme. Y aunque lo fuesen, no probaban lo increíble: que una muñeca hubiera usado aquel arma mortífera.

Concentré mi atención en la muñeca, sin que me fuera posible determinar de qué estaba hecha, aunque desde luego no era de madera como la otra. Mas que nada, el material parecía una mezcla de goma y cera, aunque no conocía semejante composición. Le quité el vestido y afirmo que la parte no lesionada de la muñeca era de perfección anatómica.

Sus cabellos eran cabellos humanos cuidadosamente plantados en el pericráneo. Los ojos eran de no sé qué cristal azul. La confección del vestido demostraba tan gran habilidad como el de la muñeca de Diana.

Vi que el pie roto estaba sujeto no por un cordón, sino por un alambre. Sin duda se moldeó la muñeca sobre un armazón de alambre. Fui al armario de mis instrumentos quirúrgicos y elegí una sierra y dos escoplos.

—Un momento, doctor —gritó McCann, que había seguido mis movimientos—. ¿Va usted a separar esto?

Cuando le conteste afirmativamente hundió la mano en el bolsillo y sacó una navaja de caza, con la que, sin darme tiempo para impedirlo, cortó a cercén el cuello de la muñeca. Tomó la cabeza y al oprimirla saltó un alambre. La dejó caer sobre la mesa y me entregó el tronco. La cabeza rodó y se detuvo contra el cordel, que él llamaba la escala de la bruja.

Hubiera jurado que aquella cabeza se volvió para mirarnos. Por un momento pensé que sus ojos despedían llamas rojizas, que sus facciones se contraían en una mueca maligna, tan aviesa como la que vi en el rostro de Peters, antes de morir... Me encolerizó dejarme engañar por un sencillo efecto de la luz, que no otra cosa debía de ser, y descargue mi cólera contra McCann.

—¿Por que ha hecho eso?

—Porque es usted más necesario para el amo que yo —me contesto en tono misterioso.

No supe qué decirle y procedí a abrir el decapitado cuerpo de la muñeca. Como sospechaba, estaba construido sobre un armazón de alambre, y al separar aquella masa blanda me encontré con que el armazón era de una sola pieza, de un solo alambre tan ingeniosamente retorcido, que muy bien podía creerse un esqueleto humano en miniatura.

No se crea por eso que lo imitaba con toda perfección, pero era de un sorprendente parecido, aunque sin articulaciones, y la substancia que lo envolvía, era de tan extraordinaria flexibilidad, que mas parecía mi trabajo la autopsia de un maniquí vivo que una muñeca de juguete... infundía miedo.

Miré la cabeza separada.

McCann estaba encorvado contemplando de muy cerca los brillantes ojos de cristal.

Se agarraba al borde de la mesa y en la tensión y temblor de sus dedos se adivinaba el esfuerzo que estaba haciendo para apartarse. Ya he dicho que la cabeza fue a parar al cordel de nudos, pero no me explico de qué manera, esta cuerda se había enroscado al cuello y a la frente como una culebra. Noté que el rostro de McCann se iba acercando poco a poco, muy poco a poco al de la muñeca, como atraído por la fuerza misteriosa de aquella expresión diabólica concentrada en los ojos de cristal... Ei rostro de McCann era una máscara de horror...

—¡McCann! —grité, al tiempo que le pasaba un brazo bajo la barbilla y le obligaba a levantar la cabeza. Y hubiera jurado que, al hacer yo esto, la muñeca volvió a mi sus ojos y movió los labios.

McCann retrocedió tambaleándose, me miró un momento y, acercándose a la mesa, tomó la cabeza, la arrojó al suelo con fuerza y la machacó a taconazos, aplastándola como se hace con la cabeza de una serpiente venenosa. Cuando acabó, la cabeza de la muñeca era una masa informe. De su semejanza humana sólo quedaban los cristales que habían sido sus ojos y que aun brillaban, y el cordel anudado de la escala de la bruja, aun enroscado.

—¡Dios! Me estaba... me estaba dominando!

Encendió un cigarrillo con mano temblorosa y tiró la cerilla, que fue a caer encima de

lo que fue la cabeza de la muñeca.

Simultáneamente se produjo una llamarada brillante, un sonido como un sollozo desconcertante y una ola de calor. Y donde estuvo la cabeza no quedaba más que una mancha extendida en el entarimado, y los cristales que fueron los ojos, sin brillo, ennegrecidos. La cuerda de nudos había desaparecido.

E1 cuerpo de la muñeca se había desvanecido también y sobre la mesa quedaba una pestilente materia líquida y negra, como de cera derretida, de la que sobresalían las costillas del esqueleto de alambre.

Sonó el teléfono de la clínica contigua, maquinalmente fui a contestar.

—Si —dije—, ¿qué pasa?

—El señor Ricori, doctor. Ha salido de su estado comatoso y está despierto.

Me volví a McCann:

—¡Ricori se ha recobrado!

Me agarró por los hombros. Luego retrocedió un paso y me miró con cara de espanto.

—¿Si? —murmuró—, ¡Si, claro, se ha recobrado al quemarse los nudos! ¡Eso lo ha liberado! ¡Ahora vamos los dos, usted y yo a ver que hacemos!

CAPÍTULO VIII
EL DIARIO DE LA ENFERMERA WALTERS

Me llevé a McCann al cuarto que ocupaba Ricori. Un careo con su jefe sería la prueba de peso para salir definitivamente de dudas respecto a su sinceridad, pues si al momento me di cuenta de que, por raros que fuesen los hechos que acabo de relatar, tanto en conjunto como en las particularidades, podía formar parte de la treta que atribuía obstinadamente al pistolero. La decapitación de la muñeca podía ser un acto dramático llevado a cabo con el propósito de impresionar mi imaginación.

El fue quien me llamó la atención sobre la virtud siniestra del cordel de nudos. Mc Cann fue quien encontró la aguja. La fascinación que produjo en él la cabeza separada del tronco, podía ser fingida, y el hecho de arrojar la cerilla, un calculado propósito de destruir las pruebas. Me empeñaba en no conceder valor ni a mis propias reacciones.

Con todo... me parecía difícil que McCann fuese tan consumado actor, tan sutil impostor. ¡Ah! Pero también podía atenerse a las instrucciones de otro hombre inteligente, capaz de semejantes habilidades. Deseaba tener confianza en McCann y esperaba que saliese airoso de la prueba. Lo deseaba con toda mi alma.

Pero la prueba había de fracasar. Ricori estaba en el pleno goce de sus sentidos, completamente despierto, y con sus facultades mentales acaso más agudizadas que nunca. Pero las vías de comunicación fallaban. Su mente estaba libre, pero no su cuerpo. Persistía la parálisis, impidiendo todo movimiento muscular, excepto aquellos que pertenecen a los reflejos inconscientes, esenciales para que la vida continúe. No podía hablar. Sus ojos se dirigían a mí, llenos de luz y de inteligencia, desde un rostro inexpresivo, o se dirigían a McCann con la misma invariable mirada.

McCann me susurró al oído:

—¿Puede oír?

—Creo que sí, pero no tiene manera de decírnoslo.

El pistolero se arrodilló junto al lecho y tomo la mano de Ricori en la suya.

—Todo marcha bien, amo —le dijo en voz clara—. Todos estamos trabajando por lo mismo.

Ni el menor titubeo ni el más insignificante asomo de culpabilidad en su modo de proceder, pero téngase presente que acababa de decirle que Ricori no podía contestar.

Me acerqué al enfermo y le animé:

—Va usted mejorando a toda marcha. Ha sufrido un golpe tremendo y conozco la causa. Tendrá que permanecer quieto uno o dos días. Pero no se preocupe ni se impaciente por nada; procure no pensar en nada desagradable. Deje que descanse su cabeza. Voy a darle una inyección sedativa. Acéptela sin resistencia. Y duerma.

Le di la inyección y observe su casi inmediato efecto, con honda satisfacción. Aquello me convenció de que había oído.

Volví a mi despacho con McCann y con la cabeza en ebullición. No podía calcular cuanto tardaría Ricori en librarse de la parálisis que lo tenía agarrado. Lo mismo podía

despertar al cabo de una hora, completamente restablecido, que permanecer en aquel estado durante varios días. Entretanto, había tres cosas sobre las que debía cerciorarme. Primera: que se estableciese una estrecha vigilancia en el establecimiento donde Ricori adquirió la muñeca. Segunda: recoger cuantas noticias fueran posibles acerca de las dos mujeres, que McCann me había descripto. Tercera: saber los motivos que tuvo Ricori para visitar la tienda. Decidí aceptar de momento como buena la historia que me contó McCann, y al propio tiempo no poner en él mayor confianza que la estrictamente necesaria.

—McCann —le dije—, ¿ha cuidado usted que se vigile constantemente la tienda de muñecas, según lo convenido?

—Puede estar tranquilo respecto al particular. No puede entrar ni salir una mosca sin que la vean.

—¿Puede darme alguna referencia?

—Los muchachos rodearon la casa a medianoche. La fachada está completamente a oscuras, mas por la parte de atrás , hay una ventana cerrada con fuertes postigos, aunque por debajo se ve una raya de luz. A las dos de la madrugada, la muchacha de la cara pálida pasó deslizándose como una sombra por la calle y entró. Los muchachos que vigilan detrás del edificio oyeron un ruido infernal y entonces se apagó la luz. Esta mañana la muchacha abrió la tienda. Al cabo de un rato apareció también la bruja. Están perfectamente vigiladas.

—¿Qué ha sabido usted de ellas?

—La bruja se llama madame Mandilip. La chica es su sobrina, al menos así lo dice ella. Llegaron allí hace ocho meses, nadie sabe de dónde. Pagan sus facturas con regularidad. Parece que tienen mucho dinero. La muchacha se cuida de la compra. La vieja nunca sale. Viven encerradas como unas almejas. No tienen tratos con los vecinos. La hechicera tiene una clientela especial, compuesta en su mayoría de gente rica. Hace dos clases de negocio, según parece, con las muñecas ordinarias y sus accesorios y con muñecas especiales, en las que la vieja, según dice, pone un arte maravilloso. Nadie en la vecindad les tiene el menor afecto. Algún vecino piensa que la vieja negocia con opio. Y nada más, por ahora.

—¿Muñecas especiales?, ¿Gente rica?

—¿Gente rica como la solterona Bailey; el banquero Marshall?

—¿Muñecas ordinarias, para gente como el acróbata, el albañil? Pero éstas debían de ser especiales, aunque McCann ignorase porqué.

—Delante está la tienda —continuo éste—, y detrás de la tienda hay dos o tres habitaciones. Arriba una gran sala, como un almacén. Tienen alquilada toda la casa; pero la bruja y la moza ocupan las habitaciones de la trastienda.

—¡Buen trabajo! —aprobé yo. Y tras breve vacilación añadí: —McCann, ¿no le recordó a nadie la muñeca?

—Me contempló con ojos sombríos para decirme secamente:

—¿Y usted me lo pregunta?

—Es que pensé que se parecía a Peters.

—¡Pensó que se parecía! —exclamó.— ¡Se parecía, diablo! ¡Como que era el mismo

retrato de Peters!

—Pero usted nada me dijo de esto. ¿Por que? —pregunté, suspicaz.

—Maldita sea —empezó diciendo. Pero en seguida cambió de tono:

—¿No lo estaba usted viendo? Creí que se callaba por no poner a Shevlin en antecedentes, y yo seguí su ejemplo. Luego lo vi tan preocupado en echarme la zancadilla, que no encontré oportunidad.

—Quien hizo la muñeca debía conocer muy bien a Peters. Diríase que Peters posó para quien hizo la muñeca, como posa un modelo para un pintor o un escultor. ¿Por qué lo haría? ¿Cuándo? ¿Por qué ha de tener nadie deseo de que le hagan una muñeca que se le parezca?

—Concédame una hora para sondear a la hechicera y se lo diré —me contestó frunciendo el ceño.

—No, nada de eso hasta que Ricori pueda hablar, pero acaso podamos vislumbrar luego otro procedimiento. Ricori tenía un propósito al ir a la tienda, y yo sé cual era; mas ignoro lo que atrajo su atención hacia la tienda. Me inclino a creer que fue información que obtuvo de la hermana de Peters. ¿La conoce usted lo suficiente como para visitarla y sonsacarle lo que dijo a Ricori, ayer? ¿Pero de una manera subrepticia, con mucho tacto, sin hablarle de la enfermedad de Ricori?

—No —me contestó lisa y llanamente—, si no me da usted más explicaciones. Mollie no es tonta.

—Perfectamente. No sé si lo sabrá usted ya por Ricori, pero la Darnley murió, y pensamos que hay cierta relación entre su muerte y la de Peters. Pensamos que el fin de ambos tiene algo que ver con el afecto que los dos profesaban a la niña de Mollie. La Darnley murió precisamente como Peters.

—¿Quiere usted decir que por la misma... causa?

—Sí. Tenemos motivos para pensar que los dos pillaron la... la enfermedad, en el mismo lugar. Ricori pensó que tal vez Mollie sabría algo que permitiera descubrir ese lugar. Una casa, un establecimiento adonde los dos debieron ir, no precisamente al mismo tiempo, y donde se expusieron... al contagio. Quizás se trate de una infección inoculada deliberadamente por una persona de mala voluntad. Lo que parece seguro es que Ricori fue a ver a la señora Mandilip, inducido por lo que le dijo Mollie. Hay un punto oscuro, no obstante, y es que, si Ricori no se lo dijo ayer, ella ignora la muerte de su hermano.

—Eso está claro, El amo dio instrucciones acerca del particular.

—Si no se lo dijo él, usted no diga nada.

—Se reserva usted gran parte de lo que sabe, ¿verdad, doctor? —me preguntó mientras se levantaba para marcharse

—Sí —le contesté francamente—, pero ya le he dicho bastante.

—¿Usted cree? Bueno, quizá si —me dijo, mirándome ceñudo—. De todos modos, pronto sabré si el amo le dio la noticia. Si lo hizo, no habrá mas que hablar con naturalidad; de lo contrario... bueno, ya nos veremos después que haya hablado con Mollie. Hasta luego.

Y con esta despedida un si es no es burlona, se alejó. Yo volví a mirar los vestidos de la muñeca, esparcidos sobre la mesa. La nauseabunda masa liquida se había endurecido y

al hacerlo adquirió la forma tosca de un cuerpo humano aplastado, que producía un efecto desagradable, con las costillas y la espina dorsal de acero centelleando encima. Estaba dominando mi repugnancia en recogerlo para analizar aquella materia, cuando entro Braile. Tan obsesionado estaba yo con el despertar de Ricori y con todo lo que había pasado, que tardé en notar la palidez de sus mejillas y la gravedad de su aspecto, y sólo entonces corté mi charla sobre las dudas que me infundía McCann, para preguntarle qué le pasaba.

—Me he despertado esta mañana pensando en Enriqueta —dijo—. Estaba seguro de que la clave 4-9-1, si era una clave, no significaba Diana. De pronto se me ha ocurrido que podía significar Diario. La idea se me incrustó en la cabeza, y apenas tuve ocasión, tomé a la Robbins y fuimos los dos al piso. Buscamos y encontramos el diario de Enriqueta. Aquí está.

Y me entregó una libreta de tapas en carnadas, diciendo:

—Yo ya lo he leído.

Abrí el libro, del que transcribo la parte referente al asunto que nos interesa:

“3 de noviembre —Me ha sucedido hoy la cosa más rara. He ido al Battery Park a ver los nuevos peces del aquarium. Y como tenía tiempo, me he metido por las estrechas calles, curioseando y buscando algo que pudiera comprar para Diana. He visto la más sorprendente tiendecilla vieja, sórdida, pero con las muñecas más lindas y más ricas y primorosamente vestidas que jamás haya visto en escaparate alguno, por lujoso que sea. Me detuve a mirarlas ante el escaparate, por el que se veía el interior de la tienda, donde había una muchacha que me daba la espalda. De pronto se volvió y me miró y el corazón me saltó en el pecho de una manera inexplicable. Su cara era blanca, sin color alguno, y sus ojos grandes miraban como asustados. Su cabellera de un rubio ceniciento se recogía abundosa sobre la cabeza. Era la muchacha de aspecto más raro que haya visto. Nos estuvimos mirando fijamente cosa de un minuto. Luego, ella movió la cabeza con violencia y agitó las manos indicándome que me alejase. Me quedé tan atónita, que apenas daba crédito a lo que veía. Y estaba a punto de entrar a preguntarle qué le pasaba, cuando miré mi reloj de pulsera y vi que me quedaba el tiempo justo para volver al hospital. Miré de nuevo al interior de la tienda y vi que se abría con lentitud la puerta del fondo, mientras la muchacha me hacía los últimos y al parecer desesperados signos. No sé explicarlo, pero algo había en todo aquello que, de pronto, me hizo sentir unas ganas locas de correr. No lo hice, aunque me alejé. Todo el dia estoy pensando en lo mismo. Además, a la curiosidad se añade un cierto enojo. Las muñecas y sus vestidos son verdaderas preciosidades. ¿Qué hay en mí de malo que me impida ser un parroquiano de la tienda? He de ponerlo en claro.

"5 de noviembre —Esta tarde he vuelto a la tienda de muñecas. El enigma se complica, aunque no creo que haya nada de misterioso, sino que la muchacha está un poco loca. No me he parado a mirar el escaparate y me he metido directamente en la tienda. La muchacha pálida estaba detrás de un mostradorcillo y al verme entrar me ha dirigido una mirada de espanto y se ha puesto a temblar. Al acercármele, he dicho en voz baja: “¡Oh! ¿por qué ha vuelto? ¿No le dije que se marchase?” No he podido menos que echarme a reír y le he dicho: "Es usted la tendera más estrambótica del mundo. ¿No quiere usted que la gente compre sus cosas?” Ella me ha contestado rápidamente y en voz más baja: "¡Ya es

demasiado tarde! ¡Ya no puede marcharse ahora! Pero no toque nada. No tome nada de lo que ella le dé. No toqué nada de lo que ella le señale." Y luego, en tono normal y con voz muy clara ha dicho: "¿Desea ver algo? Tenemos de todo, en cuestión de muñecas" Tan brusco cambio ha sido espantoso. Y entonces he visto que una puerta del fondo se abría, la misma que vi abrirse la primera vez, y que una mujer me miraba desde el umbral.

Me la he quedado mirando boquiabierta no se cuánto tiempo. Es una mujer verdaderamente extraordinaria, alta, con unos ojos enormes. No es que esté muy gorda, pero es de una robusta corpulencia. Tiene una cara larga y una piel morena. Sombrea su labio superior, un bozo espeso y en su cabeza se recoge el pelo gris como una rosca de alambres de acero con greñas que parecen estropajos. Han sido sus ojos los que me han dejado encantada. ¡Son sencillamente enormes! Negros y llenos de vida. Debe de tener una vitalidad tremenda. O tal vez produzca este efecto el contraste con aquella muchacha pálida que parece que apenas pueda tenerse derecha. Pero no, segura estoy de que posee una fuerza vital extraordinaria. Mientras me miraba he sentido la más viva emoción y, sin que pueda explicarme la causa, me he puesto a pensar: "¡Qué ojos tan grandes tienes, abuelita!" "¡Son para comerte mejor, querida! ¡Qué dientes tan grandes tienes, abuelita! ¡Son para devorarte mejor, querida!" (Aunque no estoy segura de que esto no fuera una insensatez). Y en realidad, sus dientes eran grandes, fuertes y amarillentos. Pero dije como una estúpida: "¿Cómo está usted?" Ella sonrió y me tocó con la mano, lo que me hizo estremecer. Sus manos eran las más hermosas, que he visto. Tan hermosas, que no parecían de ella; largas, con unos dedos afilados y blanquísimos, como manos que El Greco y Botticelli ponían a las mujeres. Pienso que ha sido esta particularidad lo que me ha hecho estremecer.

Parecía mentira que aquellas manos perteneciesen a un cuerpo tan grosero. Pero también contrastaban sus ojos. Manos y ojos armonizaban perfectamente.

"Sonriendo, me ha dicho: «¿le gustan las cosas bonitas?» Su voz sólo puede compararse con sus manos y sus ojos: una voz profunda, rica de timbres, brillante. He contestado que sí moviendo la cabeza. "Entonces —me ha dicho— vas a verlas, querida. Sígueme". En la muchacha pálida ni se ha fijado. Dando media vuelta, se ha dirigido a la puerta interior y yo la he seguido; pero, al entrar, he dirigido una mirada a la muchacha y me ha parecido mas asustada que nunca. Se han movido sus labios y he leído distintamente en sus movimientos la palabra: "recuerda".

"La habitación en que de pronto me hallé era... me sería imposible describirla. Era como sus manos, sus ojos y su voz. Apenas he entrado, he tenido la sensación de que no estaba en Nueva York, ni en América, ni en parte alguna del mundo. O mejor dicho: tenía la impresión de que aquél era el único lugar de la tierra y que fuera de él no existía ningún otro. Esta impresión era tan real, que daba miedo. Era una estancia más espaciosa de lo que hubiese parecido posible a juzgar por la dimensión de tienda. Tal vez la luz producía este efecto. Una luz suave, muelle, opaca. Las paredes estaban cubiertas de paneles de exquisitas molduras y el techo, de ricos artesones. A un lado no se veía más que los paneles primorosamente tallados en bajorrelieves. En una chimenea ardía un fuego magnífico que caldeaba la habitación sin llegar a sofocar. Se percibía un olor fragante, probablemente de la madera que quemaba. Los muebles son de exquisito gusto, pero de

un estilo que yo desconozco. Hay algunos tapices que afirmaría sin miedo a equivocarme que son muy antiguos. Es curioso, pero se me hace difícil recordar lo que vi en aquella habitación. Sólo recuerdo claramente que todo es muy rico y precioso y nuevo para mí, es decir, que no podría clasificarlo. Lo que ha quedado más grabado en la memoria es una mesa enorme que me hizo pensar en los Caballeros de la Tabla Redonda. Pero lo que nunca podré olvidar es el espejo esférico; es inútil que me esfuerce en no pensar en él.

"Sin darme cuenta de cómo ha empezado la conversación, me he encontrado hablándole de mí y de Diana y de lo mucho que a ésta le gustan las cosas bonitas. Ella me escuchaba con atención y me ha dicho con aquella su voz timbrada y dulce: "tendrá una cosa bonita, querida". Ha desaparecido en un gabinete y ha vuelto con la muñeca más preciosa que en mi vida he visto. No he podido menos de exhalar una exclamación de gozo al pensar en lo contenta que se pondría Diana. Era una muñequita que representaba una niña con tan la expresión, que sólo le faltaba hablar para estar animada. "¿Le gustará?" —me ha preguntado. "Pero esto vale un tesoro —le he contestado—, y yo soy pobre". Se ha reído y me ha replicado: "Pero yo no soy pobre. Se la regalaré cuando haya acabado de vestirla". Aunque no era muy correcto, no he podido menos que decirle. "Ha de ser usted muy rica para tener todas estas preciosidades. No me explico por qué ha puesto una tienda de muñecas". Y ella ha vuelto a reírse al contestar: "Para relacionarme con personas finas como usted, querida".

"Y ha sido entonces cuando me ha pasado la extraordinaria aventura del espejo. Era esférico y yo no me cansaba de mirarlo, porque semejaba la mitad de una gota inmensa de agua pura. El marco era de madera negra muy cuidadosamente tallada, y de vez en cuando, los reflejos de las molduras parecían danzar en el espejo como Ia vegetación del borde de un estanque movida por la brisa. Estaba deseando mirarme en él y, de pronto, el deseo se me hizo irresistible. Me acerque a él y vi reflejada toda la habitación, no como si viera su imagen con mi propia imagen, sino como si estuviese viendo otra habitación parecida, con otra persona semejante a mí, que me estuviera mirando. De pronto se produjo una oscilación y la imagen de la estancia se borró, aunque la mía seguía siendo perfectamente clara. Por fin sólo me vi a mí misma, y me parecía que me iba empequeñeciendo, empequeñeciendo, hasta reducirme al tamaño de una muñeca de regular alzada. Incliné mi cabeza hacia adelante y la pequeña imagen hizo lo propio. Moví la cabeza sonriendo y lo mismo hizo ella. No podía dudar de que era mi imagen, pero muy reducida. Y de pronto he tenido miedo, he cerrado los ojos. Al abrirlos de nuevo, todo en el espejo aparecía como antes.

"He consultado mi reloj y, al ver cómo había pasado el tiempo, me he levantado para despedirme con viva inquietud. "Vuelva a verme mañana, querida, me ha dicho. —Ya tendré la muñeca vestida y podré entregársela". Le he dado las gracias prometiéndole volver. Me ha acompañado hasta la puerta de la tienda y, al pasar por delante de la muchacha, ésta no me ha mirado.

"La dueña se llama madame Mandilip. No volveré a verla ni mañana ni nunca. Ejerce sobre mí una fuerza fascinante, pero me da miedo. Aun tiemblo pensando en la impresión desagradable que me produjo el espejo esférico. Y cuando me miré en él y vi reflejada toda la habitación, ¿por qué no la imagen de ella? ¡No la vi! Y aunque la pieza estaba

alumbrada no puedo recordar que hubiese ventana ni lámpara alguna. ¡Y qué decir de aquella muchacha! ¡Pero a Diana le gustaría tanto la muñeca.

"7 de noviembre —No creía que fuese tan difícil mantenerme en mi resolución de no volver a casa de madame Mandilip. ¡Vivo en continuo desasosiego! Anoche tuve un sueño terrible. Pensaba que estaba en aquella habitación. Me parecía que la estaba viendo realmente, y de pronto comprendí que me estaba asomando a su interior sin estar precisamente en él, sino dentro del espejo. Era pequeña como una muñeca. Estaba asustada y me debatía contra él, agitándome mucho por salir, como un moscardón que aletea en el cristal de una ventana. Entonces vi que dos hermosas y pulidas manos se tendían hacia mí, abrían el espejo y me apresaban; pero yo me esforzaba y luchaba con toda mi alma por recobrar mi libertad. Me desperté con el corazón tan alborotado, que temí se me rompiera en el pecho. Diana dice que me oyó gritar "¡No, no! ¡No quiero!" y me arrojó una almohada, que supongo que fue lo que me despertó.

"Esta tarde he salido del hospital a las cuatro con intención de ir directamente a casa. No sé en qué pensaba, pero el caso es que mi preocupación era enorme, y cuando volví del mundo de mis vagas cavilaciones me encontré en la estación del Subte tomando un tren para Bowling Green, que me hubiera llevado al Battery. Supongo que, sin darme cuenta, me dirigía a casa de madame Mandilip. Fue tal el sobresalto, que casi salí corriendo de la estación a la calle. Concedo que mi conducta es estúpida e impropia de mi, que siempre me enorgullecí de tener mucho sentido común. Pienso consultar con el doctor Braile, porque temo que empiezo a sufrir un desequilibrio nervioso. ¿Qué razón hay para abstenerme de ir a visitar a esa señora? Es muy interesante y no hay duda de que me demostró simpatía. Y además, fue bondadosa conmigo hasta el punto de ofrecerme aquella mueca tan linda. Creerá que soy una ingrata y mal educada. ¡Y le gustaría tanto a Diana! Cuando recuerdo las sensaciones que experimenté ante el espejo, me considero tan niña como Alicia en el País de las Maravillas... Y es que los espejos y toda superficie lisa en que se reflejen las cosas, nos hacen ver a veces los mas raros objetos. Probablemente tuvieron algo que ver en todo ello el calor y la fragancia de la habitación. Y en definitiva no puedo asegurar que madame Mandilip no se reflejase en él, porque estaba yo demasiado ocupada en contemplarme. ¿No es ridículo que huya y me esconda corno una niña de una bruja? Pues eso es lo que estoy haciendo. ¡A no ser por aquella muchacha... pero sin duda se trata de una anormal! Si tanto deseo volver, ¿por qué he de portarme así?

"10 de noviembre —Bueno, estoy contenta de que se me hayan quitado de la cabeza tan ridículas ideas. Madamé Mandilip es admirable. Claro que hay ciertas cosas que no comprendo, pero hay que tener presente lo distinta que es esta señora de todas las que conozco y que cuando estoy en aquella sala, la vida cambia por completo, y que cuando salgo, me parece abandonar un castillo encantado, para entrar en el mundo más prosaico. Ayer tarde decidí ir a verla desde el hospital. En el momento en que tomé esta resolución sentí como si una nube que ensombrecía mi mente se desvaneciese como por encanto, y experimenté un bienestar y una alegría que no había tenido en toda la semana. Al entrar a la tienda, la muchacha pálida, que se llama Laschna me miró de tal manera, que pensé que iba a prorrumpir en llanto, y me dijo con voz conmovida y entrecortada: "¡Recuerde que he procurado salvarla!"

“Tanta gracia me hizo esto, que me eché a reír gustosamente, y cuando madame Mandilip abrió la puerta y miré a sus ojos, y oí su voz comprendí la causa de mi alegría; experimentaba el mismo gozo de quien llega a su casa después de haber sufrido horriblemente la nostalgia del hogar. La habitación interior me acogió en su grato ambiente. Fue esta una sensación tan clara, que no puede explicarse sin personificar aquella habitación. No puedo explicármelo a mí misma de otra manera. Fue la impresión de que aquella pieza tenía tanta alma como la misma madame Mandilip o que formaba parte de su personalidad, o mejor dicho: parte de lo mejor de ella, como sus ojos, sus manos, su voz. No me preguntó por qué había tardado en volver. Sacó la muñeca, que me pareció más admirable, aunque aun tenia que perfeccionarla. Nos sentamos a charlar y ella me dijo: "Me gustaría hacer una muñeca de usted, querida". Estas fueron sus propias palabras, que por un momento me llenaron de espanto, al recordarme el sueño que había tenido y porque me vi dentro del espejo luchando por escaparme. Luego comprendí que era su modo de hablar y que, en realidad, lo que le gustaría era hacer una muñeca que se pareciese a mi. Entonces me reí y le dije: “Claro que podría usted hacer de mí una muñeca, madame Mandilip". No adivino de qué país es.

“Rió conmigo, con unos ojos más grandes que nunca y más brillantes. Sacó cera y se puso a modelar mi cabeza. Sus hermosos y largos dedos trabajaban rápidamente, como si en cada uno de ellos hubiese un consumado artista. Yo los contemplaba, fascinada. Noté que me dormía por momentos, desde lo hondo de mi sueño le oí decir: “Querida, deseo que te desnudes y me dejes modelar todo tu cuerpo. No te alarmes. No soy más que una vieja". Lejos de oponerme, le dije desde mi sueño: "¡Pues claro que si, como usted quiera!". Desde el taburete en que me mantenía erguida, veía cómo la. cera iba tomando poco a poco la forma de mi cuerpo bajo sus dedos, hasta que fue una copia exacta del original. Sabía que era perfecta, aunque, estando tan dormida, apenas podía ver. Mi sueño era tan profundo, que la señora Mandilip tuvo que ayudarme a vestir y luego debí de perder por completo el dominio sobre mis sentidos, porque desperté con un sobresalto y vi que ella me acariciaba las manos diciéndome: "Siento haberla fatigado tanto, hija mía. Quédese aquí a descansar si quiere, pero si ha de marcharse, ya es tarde". Miré mi reloj y estaba tan dormida, que apenas veía, pero adiviné que era tardísimo. Entonces, la señora Mandilip me oprimió los ojos con sus manos y al momento me noté completamente despejada. “Vuelva mañana y se llevará la muñeca”, me dijo. “Se la pagaré en cuanto permitan mis recursos” —observé yo. A lo que ella replicó: “Ya me ha pagado espléndidamente permitiendo que haya una muñeca de usted”. Las dos nos reímos y nos apresuramos a salir. La muchacha pálida estaba en la tienda atendiendo a un cliente, y al pasarle grité "au revoir". Sin duda no me oyó, porque no me contestó.

"11 de noviembre —¡Diana está loca con la muñeca! ¡Qué contenta estoy de no haber cedido a aquellos sentimientos estúpidos y morbosos! Diana jamás ha tenido un juguete que la hiciese tan feliz. ¡Adora a su muñeca! Esta tarde he posado otra vez para que madame Mandilip acabase de perfeccionar mi propia muñeca. Esa mujer es un genio. ¡Un verdadero genio! Más que nunca me admira que se contente con una tienda, cuando podría competir con los más grandes artistas. La muñeca es exactamente mi persona reducida de tamaño. Me ha preguntado si podía cortar un poco de mi pelo para su cabeza

y no hay que decir que lo he consentido. Dice que esta muñeca no es la que ha de hacer de mí, que será mucho más grande. Esta es el modelo que servirá para trabajar en la otra. Le he advertido que a mí me parecía perfecta, pero dice que la otra será de materia menos deleznable. Tal vez me dará la pequeña cuando acabe el trabajo. Estaba tan ansiosa por llevarle a Diana la muñeca, que me he despedido pronto. Al salir he sonreído y he dirigido la palabra a Laschna, y ella me ha correspondido con un ademán, pero con gran afecto. ¿Si estará celosa de mí?

"13 de noviembre —Por primera vez he sentido las ganas de escribir desde el horroroso caso de Peters, ocurrido en la mañana del día 10. Apenas acababa de escribir sobre la muñeca de Diana, cuando me llamaron del hospital para decirme que era necesaria mi presencia aquella noche. Contesté que al momento iba. Pero, ¡ojalá no hubiera ido! Nunca podré olvidar aquella suerte. ¡Nunca! No quiero describirla ni siquiera pensar en ella. Al volver a casa por la mañana no pude dormir y daba vueltas y más vueltas sin poder apartar de la imaginación aquel semblante. Creía que mi experiencia profesional me había insensibilizado hasta el punto de que ya no podía afectarme la vista de ningún paciente; pero es que en éste había algo tan extraordinario... Entonces pensé que la única persona capaz de distraerme de aquella horrenda preocupación era madame Mandilip. A las dos de la tarde fui a verla La encontré en la tienda con Laschna y pareció sorprendida de que fuese a verla tan temprano. No se alegró tanto de verme como otras veces, o acaso me lo figuré por lo nerviosa que yo estaba. Madame tenía un trabajo abandonado sobre la mesa, pero no ví mas que alambres y no me enteré de lo que se trataba, porque me hizo sentar en un cómodo sillón, diciendo: “Parece usted cansada, hija mía. Siéntese y descanse mientras acabo esto y aquí tiene un libro con ilustraciones que le interesarán mucho". Y me entregó un libro muy raro y muy viejo, largo y estrecho; debía de ser muy antiguo, porque era de tela y las ilustraciones y colores se parecían a los de esos libros de la Edad Media que los monjes solían ilustrar tan primorosamente. Todo eran paisajes, bosques y jardines con los árboles más raros, y sin ninguna figura humana; pero daba la impresión de que, con mejor vista que la mía, se verían personas o animales detrás del follaje. Quiero decir que parecían ocultos tras los árboles o las flores, mirándole a una. No sé el tiempo que pasé examinando los dibujos y tratando de descubrir las figuras humanas que se escondían en ellos, pero al fin me llamó madame Mandilip. Me acerqué a la mesa con el libro en la mano, y me dijo: “Esto es para la muñeca que hice de usted. Tómelo y vea lo bien hecho que está". Y me señaló un objeto de alambre que había en la mesa. Alargué mi mano para tomarlo cuando, de pronto, vi que era un esqueleto. Era pequeño, eso sí, un esqueleto de niña, y en el mismo instante pasó por mi mente el semblante del señor Peters, lancé un chillido pavoroso y retiré las manos, muerta de miedo. Se me cayó el libro entre los alambres, que se retorcieron como si el esqueleto quisiera ponerse en pie. Me recobré en seguida del susto y vi que el extremo del alambre se había desprendido, hundiéndose en la cubierta del libro a la que se quedó prendido. Por un momento, madame se mostró furiosa. Me tomó del brazo y me lo oprimió hasta hacerme daño, mientras sus ojos despedían chispas de cólera y me gritaba con extraño, acento: "¿Por que ha hecho esto? ¡Cóntésteme! ¿Por qué? Y me dio un golpe. Aunque entonces me asustó de veras, no la culpo, porque creyó que lo había hecho adrede. Luego, al ver que yo temblaba de miedo,

se suavizaron sus ojos y su voz: “Usted tiene alguna pena, hija mía. Dígame lo que le pasa y tal vez pueda ayudarla". Me hizo sentar en un diván y se acomodó a mi lado acariciando mi frente y mis cabellos, y aunque con nadie hablo de lo que pasa en el hospital, le conté toda la historia del caso de Peters. Me preguntó quién lo había llevado al hospital y dije que el doctor Lowell lo llamaba Ricori y que suponía que se trataba del famoso gangster. Sus manos me calmaron, me hipnotizaron y le hablé del doctor Lowell y de lo bien ganada que tenía su celebridad, y de lo locamente enamorada que yo estaba en secreto del doctor B... ¡Cuánto siento haber hablado del caso! ¡Ojalá nunca lo hubiera hecho! Pero estaba tan agitada; que una vez que hube empezado, pensé que no debía callar nada. Tan trastornada estaba ml cabeza que cuando una vez levante los ojos para mirarla, pensé que aquella mujer se estaba gozando en el mal ajeno. Eso demuestra cómo había yo perdido la cabeza. Y cuando acabé de hablar, me dijo que me acostase y durmiese, que ella me despertaría cuando yo quisiera. Le dije, pues, que tenía que marcharme a las cuatro. Me dormí y al despertar me sentí descansada y tranquila. Cuando salí del cuarto, aun estaba sobre la mesa el esqueleto y el libro. Ella me dijo: "Más vale que haya sido el libro que su mano, querida. El alambre hubiera podido soltarse al tenerlo en las manos y tal vez no se hubiera librado de una herida". Quiere que le lleve mi vestido de enfermera, para hacer uno igual para una nueva muñeca.

"14 de noviembre —Ojalá no hubiera ido nunca a casa de la señora Mandilip. No me hubiera escaldado el pie. Pero no lo siento precisamente por eso. No podría explicar la razón aunque tratase de hacerlo. Pero, ¡ojalá no hubiera ido! Esta tarde le he llevado el uniforme de enfermera. En un momento hizo un modelo. Estaba alegre y me cantó unas canciones muy bonitas, cuya letra no entendía. Se echó a reír cuando le pregunté en qué idioma estaban y me dijo: “En la lengua de la gente que atisbaba detrás de los dibujos del libro, querida", ¡Aquello era extraordinario! ¿Cómo supo que, pensaba yo que me miraba alguien entre aquellos dibujos? ¡Ojalá nunca hubiese ido a. verla!

"Preparó té y llenó unas tazas para las dos. Y en el preciso momento de alargarme la mía, tropezó su codo con la tetera, que se derramó. El té hiriente fue a caer sobre mi pie derecho. Sentí un dolor atroz.

"Me quitó el zapato y la media y me frotó con una especie de ungüento la parte dolorida, diciéndome que aquello haría desaparecer el dolor y que en un momento estaría todo curado. Ya no sentí la menor molestia y, al llegar a casa, apenas pude dar crédito a mis ojos. Jobina no quería creer que me hubiera escaldado el pie. La señora Mandilip estaba enormemente apenada por aquel percance, o al menos lo parecía. No me explico por qué razón no me acompañó hasta la puerta como solía hacer. Se quedó en la sala. Laschna, la muchacha pálida, estaba junto a la puerta cuando salí a la tienda. Se fijó en el vendaje de mi pie y le dije que me lo había escaldado y madame me lo había vendado. Ni siquiera por cumplido se mostró condolida. A1 salir a la calle la miré casi de reojo para decirle "adiós", pero noté que ella me miraba con los ojos arrasados en lágrimas, y movió la cabeza diciendo: "Au revoir". Antes de cerrar la puerta me volví a mirarla bien y vi que las lágrimas corrían por sus mejillas. ¿Por qué lloraría? (¡Oh, si nunca hubiera conocido a madame Mandilip!)"

"15 de noviembre —El pie completamente curado. No tengo el menor deseo de

volver a casa de madame Mandilip. Y nunca más iré. De buena gana destrozaría la muñeca que me regaló para Diana, pero la niña se llevaría un disgusto mortal.”

“20 de noviembre —Aun no tengo ningún deseo de verla. Veo que la olvido fácilmente. Sólo la muñeca de Diana me la recuerda. ¡Estoy contenta! ¡Bailaría y cantaría de alegría! ¡Nunca más la veré!

“¡Pero, Dios mío, qué feliz me sentiría si no la hubiese conocido! Y no me explico la razón”.

El diario de la enfermera Walters ya no hablaba más de la señora Mandilip. Aquella murió el veinticinco de noviembre.

CAPÍTULO IX
EL FIN DE LA MUÑECA DE PETERS

Braile no apartó un momento los ojos de mí.

—Nunca hubiera dicho que la Walters tuviera tan viva imaginación —dije en respuesta a su interrogante mirada, tratando de disimular la turbación que me había producido la lectura del diario.

—¿Cree que trataba de escribir una novela? —replicó mi colega, enrojeciendo de enojo.

—No eso precisamente; pero describir ciertos hechos ocurridos con ayuda de una imaginación exaltada no es la mejor manera escribirlas.

—¿Pero no comprende usted que todo ese relato es una auténtica aunque inconsciente descripción de un magnífico caso de hipnotismo? —me advirtió con cierta rudeza.

—Ya he pensado en eso como cosa posible —contesté agriamente—, pero no encuentro pruebas en que fundamentarlo. Lo que veo es que nuestra enfermera no era tan equilibrada como suponíamos. Este escrito es una prueba de su sorprendente carácter impresionable y nos demuestra que en una por lo menos de sus visitas a madame Mandilip estaba hondamente sobreexcitada y en un estado de alteración nerviosa. Me refiero a su indiscreta conversación sobre el caso de Peters, después de haberla yo advertido, como usted recordará, que a nadie en absoluto dijese nada de eso.

—Recuerdo muy bien que, cuando he llegado a la página del diario en que se habla de eso, ya no he dudado un momento de que se trataba de hipnotismo.

—Ante dos causas posibles para un acto, siempre es aconsejable aceptar la más razonable —observé secamente— Examinamos los hechos, Braile. Walters da mucha importancia a la extraña conducta y a las advertencias que por señas le hace aquella muchacha. Admite que se trata de una neurótica, y en realidad la conducta que describe es la que podríamos esperar de una enferma de los nervios. Atraída por las muñecas, entra a enterarse de los precios, como haría cualquiera. Hasta aquí obra por propio estímulo. En la tienda encuentra a una dama cuyo aspecto físico excita su imaginación y despierta su sensibilidad emotiva. Se le confía. Esta señora, sin duda del mismo tipo de sensibilidad emotiva, se prenda de la muchacha y la obsequia con una muñeca. La señora es una artista y ve en Walters una modelo estimable. Le propone posar para ella, y todavía no hay en esto coacción alguna, sino mera propuesta a la que accede nuestra enfermera voluntariamente. La mujer tiene su técnica como todo artista y parte de ella consiste en disponer en forma de esqueleto el armazón de sus muñecas. Pero la vista del esqueleto sugiere a Walters la idea de la muerte, y la sugestión de la muerte se presenta con la imagen de Peters, que ha impresionado hondamente la imaginación de la enfermera. Momentáneamente pasa por una crisis de histerismo, lo cual no es más que otra prueba de su estado de sobreexcitación. Toma el té con la fabricante de muñecas y por mera casualidad se escalda el pie. Esto provoca la solicitud de la huésped, que cura el pie con un

ungüento en cuya eficacia cree. Y nada más. En toda esta serie de hechos, ¿dónde esta la prueba de que Walters haya sido hipnotizada? Y por fin, aun suponiendo que la hipnotizase, ¿para qué?

—Ella misma lo dijo: ¡para hacer una muñeca de usted, querida!

Casi convencido como estaba del peso de mi argumentación, esta respuesta me exasperó.

—Supongo —le dije— que me quiere hacer creer que, una vez atraída a la tienda con el cebo de las muñecas, se vio obligada Walters por la fuerza de artes ocultas a volver, hasta que los diabólicos propósitos de madame Mandilip se cumplieron plenamente; que la compasiva muchacha de la tienda trataba de salvarla de lo que los viejos melodramas llaman un destino peor que la muerte; que la muñeca que se había de llevar para su sobrina era el cebo que ocultaba el anzuelo de una hechicera; que era necesaria una lesión para aplicar el ungüento; que este ungüento produjo la muerte misteriosa; que habiendo fallado el primer intento, el accidente de la tetera fue cosa calculada y dio el resultado apetecido, y que ahora, el alma de Walters se agita dentro del espejo de la bruja, tal como la joven había soñado. ¡Y yo he de decirle, querido Braile, que esto sería la más indigna superstición!

—¡Ah! —Contesto él como de soslayo— ¿Se le han ocurrido ya todas esas suposiciones? Después de todo posee usted una mentalidad más viva y flexible de lo que yo creía hace un momento.

Aun me disgustó más esta advertencia.

—¿Pero acaso se figura usted que todo lo ocurrido, desde que nuestra enfermera entró en la tienda y que ella nos cuenta, obedeció a un designio que cristalizó en la voluntad de madame Mandilip, el de apoderarse del alma de la joven, y que se realizó con la muerte de la Walters?

—En el fondo... sí, —me contestó tras breve vacilación.

—¡Un alma! —exclamé yo con acento irónico —Nunca he visto un alma ni conozco a nadie digno de crédito que la haya visto, ¿Qué es un alma, si existe? ¿Es ponderable? ¿Material? Si lo que usted piensa es cierto, debe serlo. ¿Cómo sería posible, que alguien se apropiara de lo que fuese imponderable e inmaterial? ¿Cómo podría afirmar que la poseía si no se pudiera pesar, medir, ver ni oír? Y si no es material, ¿cómo es posible coaccionarla, dirigirla, limitarla, como usted supone que ha hecho con el alma de Walters la constructora de muñecas? Si es material, ¿en qué parte del cuerpo reside? ¿En el cerebro? He efectuado la disección de centenares y aun no he hallado ninguna circunvolución destinada a alojar a tan misterioso inquilino. He encontrado células de funcionamiento mas complicado que la máquina más ingeniosa, que cambian la mentalidad de quien las posee, el carácter, el juicio, la sensibilidad, la personalidad, según funcionen bien o mal. Esas celulas sí que las he hallado, Braile; pero nunca un alma. Los cirujanos han explorado lo más intrincado del cuerpo humano; pero tampoco han encontrado ningún templo secreto dentro de él. Muéstreme un alma, Braile, y creeré en madame Mandilip.

Me miró un rato en silencio y luego dijo:

—Ya comprendo. Después de todo, esta usted muy impresionado y lucha por librarse del espejo que lo aprisiona, ¿verdad? También yo me he esforzado por apartar a

un lado lo que considero la realidad y por admitir lo que pueda haber en esto tan verdadero como lo real. Este asunto, Lowell, es extraclínico, está fuera del alcance de la ciencia que profesamos. Mientras no admitamos esto, no daremos un paso adelante. Hay dos puntos que hemos de aceptar. Peters y la Darnley murieron de la misma clase de muerte. Ricori descubre que entrambos tuvieron algo que ver con madame Mandilip, o al menos podemos deducirlo. El mismo la visita y a duras penas escapa de la muerte. La visita Enriqueta y muere como Darnley y Peters ¿No es, por tanto, razonable señalar a madame Mandilip como conducto del mal que abatió a los cuatro?

—Ciertamente —contesté.

—Pues, entonces, justo es deducir que debía haber una causa real para el miedo y los presentimientos de Enriqueta, y que esa causa nada tenía que ver con la sensibilidad emotiva y el exceso de imaginación, aunque Enriqueta no se diera cuenta de esas circunstancias.

Comprendí demasiado tarde el dilema en que me había colocado mi asentimiento, pero no pude menos que contestar afirmativamente.

—El segundo punto es el hecho de haber perdido el deseo de volver a la tienda, después del incidente de la tetera. ¿No le parece a usted muy curioso?

—No. Dado su temperamento desequilibrado, aquella experiencia desagradable debió provocar en ella una reacción en el sentido de abstenerse, fue como una barrera que le cerrase el paso de un modo inconsciente.

—¿Se ha fijado usted en la advertencia de que después de escaldarse el pie, la mujer ya no la acompañó a la puerta de la tienda, siendo la primera vez que dejaba de hacerlo?

—No veo en eso nada de particular, ¿Por qué me lo pregunta?

—Porque si la aplicación del ungüento constituía el acto final y por tanto la muerte era inevitable consecuencia, hubiera sido bastante embarazoso para madame que su víctima continuase entrando y saliendo de su tienda mientras el veneno mortal estuviera obrando en su organismo. El ataque podía presentarse allí mismo originando investigaciones peligrosas. Lo más prudente para que el sacrificio de su víctima no despertara sospechas era dejar de interesarse en absoluto por ella y hacer que la muchacha la aborreciese y de ser posible la olvidase. Esto era fácil de conseguir por medio del hipnotismo y para hipnotizarla no le faltaron a madame Mandilip buenas ocasiones. ¿No explica esto el diario de Enriqueta tan lógicamente como su imaginación o sensibilidad emotiva?

—Sí —convine.

—Pues ya tenemos explicado por qué dejó de acompañar a Enriqueta a la puerta aquel día. Su plan se ha realizado con éxito. Todo está acabado. Ya no necesita ponerse otra vez en contacto con Enriqueta. La dejó marchar sola. ¡Símbolo significativo de fin!

Permaneció pensativo.

—¡Ya no necesitaba volverse a encontrar con Enriqueta —murmuró como para sí mismo— hasta después de muerta.

—¿Qué está usted diciendo? —exclamé, sobresaltado.

—No haga caso —contestó.

Se inclinó sobre la mancha negra del suelo y recogió los cristales que quedaban de la

cabeza destrozada. Eran de doble tamaño de un cuesco de aceitunas y sin duda, producto de alguna mixtura. Se dirigió a la mesa y examinó la grotesca figura, de la que sobresalían las costillas del esqueleto.

—¿No lo habrá derretido el calor? —preguntó. Quiso levantar aquel armazón y hubo de realizar un esfuerzo para separarlo. Se produjo un ruido metálico y vibrante y Io dejó caer, lanzando una maldición de espanto. El esqueleto fue a parar al suelo, donde se movió, desenrollándose en un solo alambre.

Aun desenrollado, se deslizó por el suelo como una serpiente, hasta que se paró temblando.

Cuando volvimos los dos a la mesa, la substancia que parecía un cuerpo humano aplastado y decapitado, había desaparecido y en su lugar quedaba una película de fino polvo gris, que se levantó formando un remolino y acabó por desaparecer también.

CAPÍTULO X
EL GORRO DE ENFERMERA Y EL CORAZÓN DE LA BRUJA

—¡Bien sabe destruir las pruebas! —rió Braile, pero sin alegría en su risa. Yo me callé. Se me había ocurrido la misma idea de McCann cuando se deshizo la cabeza de la muñeca, pero McCann nada tenía que ver en esto. Evitando discutir más sobre el asunto, nos dirigimos a la clínica anexa, a ver a Ricori.

A la puerta hallamos dos guardianes nuevos que nos saludaron cortésmente y con afabilidad. Entramos sin hacer el menor ruido. Ricori disfrutaba en aquel momento de un sueño natural, respiraba sosegadamente, en un descanso tranquilo y saludable.

Ocupaba un cuarto recogido de la parte de atrás, que daba a un pequeño jardín cerrado. Mi casa y mi clínica forman cuerpos de edificios unidos, de antigua construcción, en un barrio viejo y pacífico. Unas parras seculares de Virginia trepan por la fachada y por detrás, dando al edificio un aspecto pintoresco. Ordené a la enfermera que apagase las luces, dejando solo encendida una lampara, de tal modo que alumbrase lo menos posible el rostro de Ricori y al salir advertí a los guardianes la conveniencia de evitar todo ruido, diciéndoles que el pronto restablecimiento de su amo dependía del silencio.

Eran ya las seis. Rogué a Braile que se quedase a comer conmigo y luego hiciese una visita al hospital y me avisara si algún cambio en mis pacientes aconsejase mi presencia. Deseaba no moverme del lado de Ricori, esperando que despertase para ver qué pasaría "

Estábamos acabando de comer, cuando llamaron al teléfono, Braile fue a ver quién era.

—McCann —me dijo. Fui al aparato.

—¡Hola. McCann! Soy el doctor Lowell.

—¿Como está el amo?

—Mejor. Espero que despierte de un momento a otro y que podrá hablar —contesté. Y agucé el oído para recoger el efecto que producía esta noticia.

—¡Qué alegría me da usted, doctor! —Imposible sorprender nada que no fuese la más honda satisfacción. —Oiga, doctor: he visto a Mollie y tengo algo que decirle. Fui a verla tan pronto como me separé de usted. He encontrado a Gilmore, su marido, en casa y me he quedado cortado. He dicho que iba a ver si le gustaría dar un paseo en coche y como se ha mostrado muy halagada, hemos salido, dejando a Gil en casa con la niña.

—¿Sabe que ha muerto Peters? —le interrumpí.

—No lo sabía ni se lo he dicho. Ahora escuche. Ya le dije que Hortensia... ¿Que quién? Pues la señorita Darnley, la muchacha de Jim Wilson. Sí, ¿Quiere dejarme hablar? Le dije que Hortensia estaba chiflada con la niña de Mollie. A principios del mes pasado, Hortensia llegó a casa con una muñeca para la niña. Se estaba cuidando también una herida que se hizo en la tienda donde adquirió la muñeca. Se la hizo la mujer que se la dio, según dice Mollie. ¿Qué? Que le dio la muñeca, no la mano. Oiga, doctor, ¿no me explico bien?... Sí, al entregarle la muñeca la hirió en la mano. Eso es lo que digo. La mujer se la arregló para ella. Le regaló la muñeca, dice Mollie, porque le pareció Hortensia muy

bonita y porque posó para ella. Sí, posó para ella. Hizo de ella una estatua o algo parecido.

“Una semana después, Tom, es decir, Peters, se presentó en casa de Mollie, mientras estaba allí Hortensia y vio la muñeca. Tom sintió celos de Hortensia a causa de la niña, y le preguntó de dónde había sacado la muñeca. Ella le habló de madame Mandilip y de la tienda, y Tom dijo entonces que la muñeca necesitaba compañía y que le traería un muñeco. Una semana después, Tom volvió con un muñeco que hacía una pareja magnífica con la muñeca de Hortensia. Mollie le preguntó si le había costado tanto como la de ésta, ocultándole que se la habían regalado por posar. Dice Mollie que Tom la miró con unos ojos de borrego y se limitó a contestar que no estaba para cuentos. Le iba a gastar una broma preguntándole si la señora de las muñecas, al verlo tan guapo, no le rogó que posara; pero en aquel momento, la niña se puso a chillar de alegría al ver el muñeco, y se le olvidó la broma. Tom ya no volvió a presentarse hasta principios de este mes, Llevaba la mano vendada y Mollie le preguntó si se había hecho mal donde le dieron la muñeca. Se quedó sorprendido y dijo: "Sí, pero ¿cómo diablos lo sabes?" Sí, sí, esto es lo que según ella le dijo ¿Cómo? ¿Si la Mandilip misma le vendó la mano? ¡Diablo! Eso sí que no lo sé. Ya podría ser. Mollie no me lo ha dicho ni se lo he preguntado Oiga, doctor, le digo que Mollie no tiene pelo de tonta. Esto que le digo me ha costado dos horas de sacárselo del buche. Hablando de esto y hablando de lo otro y volviéndole a preguntar como por casualidad, me he ido enterando. Temo haberle preguntado demasiado. ¿Qué? ¡Oh, pierda cuidado, doctor! No le he causado el menor disgusto. Sí, ha sido muy divertido. Pero, como le decía, temo haber ido demasiado lejos. Mollie es muy lista.

"Cuando Ricori fue a verla ayer, usó la misma táctica que yo, supongo. De todos modos, admiró los muñecos y le preguntó de dónde los había sacado, cuánto le costaron, y otras cosas. Recuerde que le dije que yo le esperaba. Después de la visita fuimos a su casa, donde telefoneó, y hecho esto fue a ver la hechicera Mandilip. Si, nada más. ¿Le aprovechan estas noticias? ¿Sí? Pues me alegro.

Siguió un rato de silencio, y como no oi el ruido del aparato, pregunté:

—¿Está usted ahí, McCann?

—Sí. Estaba pensando. —Su voz tenia un acento de ansiedad. —Me gustaría mucho estar presente cuando el amo despierte. Pero antes me parece mejor ir a ver qué hacen los muchachos que vigilan a la Manlilip. Tal vez le telefonee, si no es demasiado tarde. Adiós.

Volví lentamente al lado de Braile, tratando de ordenar mis revueltos pensamientos, y le di cuenta del final de la comunicación de McCann. Me escuchó sin interrumpirme y cuando hube acabado, me dijo:

—Hortensia Darnley visita a la Mandilip, recibe una muñeca, posa a petición de la dueña, se lastima y allí mismo la curan. Y muere. Peters visita a la Mandilip, recibe una muñeca, se lastima y allí mismo, probablemente lo curan. Y muere como Hortensia. Usted mismo ha visto el muñeco para el que posó. Enriqueta sigue el mismo camino, le pasan las mismas peripecias. Y muere como Hortensia y como Peters ¿Qué dice usted a esto?

Súbitamente me sentí anonadado. Y es que nada tiene de estimulante ver cómo se desmorona el magnífico edificio de una ciencia basada en los dos principios de causa y efecto que parecían inconmovibles. Y contesté desmayadamente:

—No sé qué decirle.

Se levantó y me dio unos golpecitos en el hombro.

—Duerma un poco. La enfermera le llamará si Ricori despierta. Pronto llegaremos al fondo de este asunto.

—¿Aunque sea cayendo? —pregunté con una sonrisa.

—Aunque tengamos que caer de cabeza— repitió él sin reír.

Al marcharse Braile me quedé reflexionando mucho tiempo. Por fin, para ahuyentar mis pensamientos, procuré leer. Estaba demasiado inquieto para hacerme cargo de lo que leía y lo abandoné. Mi despacho, como el cuarto de Ricori, estaba en la parte trasera, sobre el jardincillo. Me acerqué a la ventana y me asomé sin ver nada. La conciencia de hallarme ante una puerta misteriosa que había de abrir a todo trance, era más viva que nunca. Al volver a sentarme en mi despacho, me sorprendió que fueran las diez. Mitigué la luz y me tumbé en el cómodo diván que me servía de lecho. Inmediatamente me dormí.

Me desperté sobresaltado, como si alguien me hubiera hablado al oído. Me senté a escuchar. Un apretado silencio me envolvía, y de pronto advertí que era un raro silencio, inusitado, opresivo. Un silencio denso, de tumba, que llenaba el estudio y se hacía impenetrable a cualquier ruido de fuera. Me puse en pie y di toda la luz. Y el silencio se retiró, cual si se derramase como algo tangible y ponderable; pero poco a poco. Ya podía oír el tictac de mi reloj, que marchaba de prisa y ruidoso, como si le hubieran quitado una tapa que hubiera retenido su escape. Agitando la cabeza en mi impaciencia, me acerqué a la ventana, y me asomé para respirar el aire fresco de la noche. Me apoyé aun más, abalanzando mi, cuerpo, apoyando una mano en el tronco de la parra, de modo que podía ver la ventana del cuarto de Ricori. Y noté que el parral temblaba ligeramente, como si alguien lo sacudiera con suavidad, o como si un animal de poco peso trepase por él.

Y he aquí que la ventana de Ricori se abre en un cuadro de luz. A mi espalda suena la campana de alarma de la clínica, indicando que se reclama mi presencia con urgencia. Salí corriendo de mi despacho y en un momento atravesé los pasadizos de comunicación.

Al llegar al pasillo de la clínica, vi que los guardianes no estaban ante la puerta. Esta estaba de par en par. En el umbral me quedé petrificado, sin creer lo que veía.

Parapetado en el antepecho de la ventana estaba uno de los guardianes empuñando una pistola. El otro se arrodillaba junto a un cuerpo tendido en el suelo, apuntándole con el arma. Junto a la mesa, la enfermera estaba sentada con la cabeza caída sobre el pecho... dormida o sin sentido. La cama estaba vacía. ¡El hombre del suelo era Ricori!

El guardián bajó el arma y yo me dejé caer al lado de Ricori. Yacía de bruces, estirado a unos pasos de la cama. Lo puse de espalda. Su rostro tenia la palidez de la muerte, pero su corazón seguía latiendo.

—Ayúdeme a ponerlo en la cama —dile al guardián—. Cierre la puerta.

El hombre obedeció en silencio. El de la ventana, sin descuidar su vigilancia de la parte exterior, habló por la comisura de sus labios.

—¿Ha muerto el amo?

—Aun no —contesté. Y me puse a regañar como hago con frecuencia.

—¿Qué modo de vigilar es éste? ¡Valientes guardianes son ustedes!

El que acababa de cerrar la puerta hizo entre dientes una risita de amargura.

—La cosa es demasiado seria para decir eso, doctor.

Miré a la enfermera, que permanecía inmóvil en la silla y en esa actitud relajada del que duerme o está sin sentido. Desnudé a Ricori, quitándole el pijama y examiné su cuerpo. No tenía la menor señal. Mandé a buscar adrenalina, le di una inyección y procedí a examinar a la enfermera. La sacudí y no se despertó. Levanté sus párpados. Tenía las pupilas contraídas. Les acerqué una luz, sin resultado. El pulso y la respiración eran lentos, pero no indicaban peligro. La abandoné un momento y me volví a los guardianes:

—¿Que ha sucedido?

Se miraron recelosos y el guardia de la ventana agitó la mano, como indicando al otro que se encargase de contestar. Este dijo:

—Estábamos sentados afuera. De pronto, toda la casa pareció callarse, y yo le dije a Jack: "Parece que hubieran puesto una mordaza al silencio, ¿verdad?" Y él dijo: "Es verdad". Seguimos escuchando. De pronto sentimos aquí dentro un trastazo, como de alguien que se hubiera caído de la cama. Abrimos la puerta y vimos al amo caído al suelo, como usted lo encontró, y a la enfermera durmiendo como usted la ve. Hemos visto la alarma y hemos avisado. Luego hemos esperado que alguien viniera. Y eso es todo, ¿verdad, Jack?

—Si —confirmó el guardián de la ventana, sin levantar la voz, —creo que eso es todo.

Le dirigí una mirada de sospecha.

—¿Cree que eso es todo? ¿Qué quiere decir con eso de que cree?

De nuevo se miraron los dos.

—Es mejor que hables claro, Bill —dijo el de la ventana.

—¡Diablos! No lo a va creer contestó el otro.

—Ni él ni nadie. Pero díselo.

Y el llamado Bill dijo:

—Al abrir la puerta de un empujón hemos visto algo como una pareja de gatos revolcándose junto a la ventana. El amo estaba estirado en el suelo. Nosotros hemos sacado las pistolas, pero no hemos, disparado por lo que usted nos había dicho. Luego hemos percibido un ruido extraño por la parte de afuera, como de alguien que tocase una flauta. Los dos objetos se han soltado y de un brinco han subido al antepecho de la ventana y han desaparecido. Nos hemos precipitado a la ventana y no hemos visto nada.

—¿Se ha fijado usted en esas cosas de la ventana? ¿Qué le han parecido? —pregunté.

—Díselo, Jack.

—¡Muñecas!

Un escalofrío recorrió mi espalda. Esa era la respuesta que esperaba y temía. ¡Saltaron por la ventana! ¡Recordé el temblor de la parra en que apoyaba la mano! El guardia que había cerrado la puerta se volvió a mirarme y se quedó con la boca abierta.

—¡Jesús, Jack! —exclamó.— ¡Pues lo cree!

Me pareció conveniente hablar.

—¿Qué clase de muñecas?

El de la ventana contestó con más confianza.

—A una no la pudimos ver bien. ¡La otra parecía una de sus enfermeras que hubiera disminuido de tamaño hasta dos pies de estatura!

Una de mis enfermeras... Walters... Sentí una repentina debilidad y me senté a los

pies de la cama de Ricori.

Un objeto blanco tirado al suelo en la cabecera de la cama llamó mi atención. Me lo quedé mirando como un idiota. Luego me incliné y lo recogí.

Era un gorro de enfermera, un modelo reducido de los que llevaban mis enfermeras. Por su pequeñez sólo podía ajustarse a la cabeza de la muñeca de dos pies. En el mismo puesto del suelo había otro objeto que también recogí. Era un cordel nudoso de cabellos... de cabellos de color ceniciento... con nueve nudos complicados que lo dividían irregularmente.

El guardián llamado Bill me miraba ansiosamente y acabó por preguntarme:

—¿Quiere que llame a alguien de su personal, doctor?

—Trate de ponerme en comunicación con McCann —le rogué.

Luego me dirigí al otro guardián:

—Cierre la ventana y los postigos y corra el cortinaje. Después cierre la puerta.

Bill fue al teléfono. Me guardé la gorra y la cuerda en el bolsillo y atendí a la enfermera, que se recobraba rápidamente. En dos minutos la tuve despierta. Cuando abrió los ojos, me miró intrigada, y al ver el cuarto alumbrado y a los dos hombres, su extrañeza se trocó en alarma. Se puso de pie.

—¡No le he visto entrar! Me dormí... ¿Qué ha sucedido? —dijo, llevándose la mano a la garganta.

—Espero que usted nos lo diga le contesté con afabilidad.

Me miró como si no entendiera y dijo, llena de confusión:

—No sé... se hizo un silencio espantoso creo que vi algo que se movía en la ventana, luego percibí una extraña fragancia y después le vi a usted inclinado sobre mí.

—¿Recuerda algo de lo que vio en la ventana? —le pregunté— El último detalle... la última impresión. Haga por recordar.

—Era una cosa blanca... creo que alguien... que algo... me observaba... Entonces percibí una fragancia, como de flores... y nada más.

Bill colgó el receptor.

—Bueno, doctor, ya están buscando a McCann. ¿Qué más desea?

—Señorita Butler —dije, volviendo a la enfermera— voy a relevarla de lo que resta de esta vela nocturna. Váyase a la cama. Deseo que duerma. Voy a recetarle... —le dije lo qué.

—¿No está disgustado... pensando que he cometido una falta de negligencia?

—Nada de eso —la tranquilicé golpeándole la espalda— El caso ha tomado un giro inesperado, y eso es todo. No me pregunte nada.

La acompañé a la puerta y la abrí diciendo:

—Haga lo que le digo.

Volví a cerrar la puerta a su espalda y fui a sentarme al lado de Ricori. Me decía con Cierta preocupación que el golpe que acababa de recibir, fuera lo que fuese, lo salvaría o lo mataría. Mientras lo miraba se produjo un temblor en todo su cuerpo. Poco a poco levantó una mano con el puño cerrado. Se movieron sus labios. Habló en italiano y tan rápidamente, que no pude entender una palabra. Su mano cayó abatida. Yo me levanté para examinarlo mejor . La parálisis había desaparecido. Podía moverse y hablar. ¿Pero

estaría capacitado para hablar cuando recobrase por completo el conocimiento? Dejé la decisión de esto para algunas horas después. No podía hacer nada por el momento.

—Atiendan bien lo que he de decirles —+ije a los guardianes— Por raro que les parezca lo que voy a encargarles han de obedecerme puntualmente. La vida de Ricori depende de que ustedes hagan lo que yo les mande. Quiero que uno de ustedes se siente junto a la mesa a la que yo me sentaré. El otro se colocará al lado de Ricori, a la cabecera de la cama, entre él y yo. Si me duermo y él se despierta, llámenme. Si notan algún cambio, me despiertan, ¿está claro?

—Bien claro, respondieron los dos.

—Perfectamente. Ahora viene lo mas importante. Han de vigilarme estrechamente. EI que esté a mi lado no ha de apartar la vista de mí. Si me acerco a su jefe será para una de estas tres cosas: o auscultarlo y escuchar su respiración, o levantarle los párpados o tomarle la temperatura. Esto, desde luego, sí sigue como ahora. Si ven que me levanto y trato de hacer algo distinto de lo que he dicho, deténganme. Si me resisto, me reducen a la impotencia, atándome y amordazándome... no, no me amordacen... escuchen bien lo que diga y recuérdenlo. Entonces, telefoneen al doctor Braile. Aquí tienen su número.

Lo escribí y se lo entregué.

—Háganme el menor mal posible —les advertí riendo. Se miraron mutuamente, desconcertados.

—Si usted lo ordena, doctor... —insinuó el guardián Bill, con aire de duda.

—Sí, lo ordeno. No anden con titubeos. Si me lastiman nada tendré que decir contra ustedes.

—El doctor sabrá por qué lo ordena, Bill. —dijo Jack.

—Bueno, bueno; allá él, asintió Bill.

Apagué todas las luces, excepto la lámpara de la mesa de la enfermera, en cuyo sillón me senté, disponiendo la lámpara de modo que sé viese bien mi cara. El gorrito blanco que había recogido del suelo me sacudía los nervios, como un demonio. Lo saqué del bolsillo y lo guardé en un cajón. Jack se colocó al lado de Ricori. Bill acercó una silla y se sentó frente a mí. Hundí la mano en el bolsillo y apreté la cuerda de los nudos, cerré los ojos, ahuyenté todos los pensamientos y aflojé mi sistema muscular. Al renunciar, siquiera momentáneamente, a mi concepto de un mundo sano y equilibrado, quise que el de madame Man dilip obrase sin encontrar la menor resistencia.

De una manera vaga oí dar la una. Me dormí.

No sé dónde se levantó aquel viento que rugía formando torbellinos que me rodeaban hasta que me arrebató en su corriente huracanada. Yo no tenía cuerpo y hasta carecía tal vez de forma; pero era yo, y lo sabía. Era como una conciencia, como una sensibilidad informe abandonada a merced del viento que me llevó a una distancia incalculable. Incorpóreo, intangible como sabía que era, me animaba una vitalidad sobrenatural. Rugía con el viento en una alegría despiadada. Aquel viento impetuoso que me arrebataba, me devolvió al punto de partida desde los espacios inmensurables.

Me pareció despertar, dominado aun por aquel ímpetu de extraña alegría... ¡Ah! Allí estaba lo que debía destruir... allí, en la cama era preciso matar para que no se desvaneciese en mí aquella gozosa exaltación... era preciso matar para que el impetuoso

viento me arrastrase de nuevo en frenético torbellino y me alimentase de su vida...; pero con cuidado... con cuidado... en el cuello, debajo mismo de la oreja... es donde debo descargar el golpe... y luego, otra vez a volar con el viento ¿Quién me retiene?... cuidado... cuidado... "Voy a tomarle la temperatura"... eso es, con cautela... "Voy a tomarle la temperatura!”... Ahora, un salto, un golpe seco, en la garganta... "¡No, con eso no se la toma usted!"... ¿Quien lo ha dicho?... Aún me detienen. ¡Qué rabia me devora despiadadamente!... Tinieblas y el ruido del impetuoso viento que se aleja, se aleja rugiendo...

Oí una voz: "Dale otra, Bill, pero no tan fuerte. Ya se despierta". Sentí un golpe formidable en mi rostro, que me hizo ver las estrellas antes que mis ojos se abriesen a la luz que había en el cuarto Me hallaba entre la mesa de la enfermera y la cama de Ricori. El guardián Jack me sujetaba los brazos tras la espalda. Bill aún estaba con la mano levantada, y mi diestra sujetaba con fuerza un objeto. Miré lo que era y me sorprendió ver un bisturí cortante como una navaja de afeitar.

Dejé caer el instrumento y me apresuré a decir:

—Ya no hay cuidado. Pueden ustedes soltarme.

Bill guardó silencio y su camarada no aflojó los puños que me apresaban. Me volví a mirarlos y los dos estaban blancos y desencajados.

—Ha pasado lo que esperaba —les dije— Por eso les di instrucciones. Pero ya ha acabado. Ahora podrían confiarme sus armas sin peligro.

En cuanto me soltaron las manos, me las llevé a las mejillas con una mueca de dolor y observé con dulzura:

—Ha debido usted de arrearme fuerte, Bill.

A lo que replicó él:

—Si usted se hubiera visto la cara, doctor; no le admiraría que se la hubiera estropeado.

Hice un gesto de asentimiento, comprendiendo lo odioso de la rabia diabólica que me había dominado un momento. Y pregunte:

—¿Qué he hecho?

Bill se explicó:

—Se despertó y durante un minuto estuvo con la vista fija en el jefe. Entonces tomó algo del cajón y se levantó. Dijo que iba a tomarle la temperatura. Cuando estaba a mitad de camino vimos lo que llevaba en la mano, y yo le grité: "¡No, con eso no se la toma!" Jack lo tomó y usted se puso furioso. Yo tuve que pegarle. Y eso es todo.

De nuevo asentí con la cabeza. Saqué del bolsillo el cordel anudado de pelos de mujer, lo puse en un plato y le apliqué la llama de un fósforo. Empezó a quemar moviéndose como una delgada serpiente y cuando la llama prendía en los nudos se desataban. Lo estuve contemplando hasta verlo reducido por completo a cenizas.

—No creo que en el resto de la noche nos moleste nada, pero continúen vigilando como hasta ahora. Me dejé caer en el sillón y cerré los ojos...

Braile no me había mostrado un alma, pero yo creía en madame Mandilip.

CAPÍTULO XI
UNA MUÑECA QUE MATA

Pasé el resto de la noche durmiendo como un bendito y sin soñar en nada. Los guardianes seguían vigilando. Al1 preguntarles si sabían algo de McCann me contestaron que nada, y aunque a mí me sorprendió esto, a ellos les pareció la cosa más natural. Pronto había de llegar el relevo y, a mis ruegos, me prometieron formalmente no decir nada de lo ocurrido aquella noche, a nadie, excepto a McCann, ya que nadie habría de creerlo. Les di instrucciones para que los guardianes permaneciesen en adelante dentro de la habitación, todo el tiempo que fuese necesario.

Al examinar a Ricori vi que dormía con un sueño profundo y natural. Su estado era francamente satisfactorio por todos los conceptos. Deduje que, como sucede a veces, aquel choque había contrarrestado los dilatados efectos del primero. Cuando despertase podría hablar y moverse, Comuniqué a los guardianes mis esperanzas, pero no los animé a que me hablasen, al ver que estaban ansiosos de atolondrarme a preguntas.

A las ocho, se presentó la enfermera a quien correspondía el turno de día en el cuidado de Ricori, muy sorprendida de encontrarme en lugar de la enfermera que estaba durmiendo. Me abstuve de darle explicaciones, limitándome a decirle que los guardianes permanecerían ahora en la habitación, en vez de montar la guardia ante la puerta.

A las ocho y media, Braile vino a compartir mi desayuno y a informarme. Le dejé hablar antes de comunicarle lo que había sucedido; pero nada le dije del gorro de la enfermera ni del experimento que yo había realizado.

Adopté esta reserva por razones de mucho peso. Braile sacaría todas las consecuencias de la presencia del gorro. Tenía mis fundadas sospechas de que estaba enamorado de Walters y que me seria imposible impedir que se lanzase a visitar a la fabricante de muñecas. De suyo decidido, era demasiado sugestionable en este asunto, y cualquier paso que diera sería para él peligroso y para mí, de poco provecho. Además, si creía en mi experimento, seguramente no querría perderme de vista. Cualquiera de estas contingencias malograrían mis propósitos de entrevistarme con madame Mandilip completamente a solas, con única excepción de McCann, que vigilaría la tienda desde la calle.

No era fácil prever lo que resultaría de esta visita, pero la creía imprescindible para conservar el respeto que hasta entonces me merecían mis propios conocimientos y mi criterio. Admitir que todo lo ocurrido era obra de brujería, de hechicería, de agentes sobrenaturales, equivalía a incurrir en superstición. Para mí nada podía ser sobrenatural. Todo lo que existe obedece a leyes naturales. Los cuerpos materiales deben estar sometidos a leyes naturales. Podemos desconocer estas leyes, mas no por eso dejan de existir. Si madame Mandilip poseía la sabiduría de una ciencia desconocida, me correspondía a mí, como un tipo de ciencia conocida, indagar lo que fuera posible sobre ella; y especialmente después de haber respondido a su influencia tan completamente. El hecho de haberla superado en la misma técnica, hasta el punto de frustrársela, en caso de

que no se redujese todo a simple confianza. De todos modos, era necesario verla.

Aquel día era de consulta, y no estaba libre hasta las dos, por lo que rogué a Braile que, después de la consulta, se encargase de mis asuntos por unas horas.

A eso de las diez telefoneó la enfermera diciendo que Ricori se había despertado y preguntaba por mí.

Al verme entrar, me sonrió. Al inclinarme para tomarle el pulso, me dijo:

—¡Creo que me ha salvado usted más que la vida, doctor Lowell! ¡Ricori le está agradecido! ¡Nunca olvidaré esto!

Frases algo exageradas, pero propias de su carácter y demostrativas de que su cerebro funcionaba normalmente. Respiré aliviado.

En un momento estará en condiciones de levantarse —le animé, dándole unos golpecitos en la mano.

—¿Ha habido algún otro... muerto? — murmuró.

La pregunta me hizo pensar si retendría algún recuerdo de lo sucedido aquella noche. Y contesté:

—No. Pero ha perdido usted mucha fuerza desde que McCann lo trajo aquí. No quiero que hable mucho hoy. —Y añadí, fingiendo indiferencia:

—No, nada ha pasado.. Digo, si... Esta mañana se ha caído usted de la cama. ¿Se acuerda? Dirigió una mirada a los guardianes y luego se volvió para decir:

—Estoy débil, muy débil. A ver si me pone fuerte pronto.

—Dentro de dos días podrá usted levantarse, Ricori.

—Antes es preciso que me levante y salga. He de hacer algo muy importante y que no tiene espera.

Deseando que no se excitase, renuncié a preguntarle qué había sucedido en el coche y le dije en tono doctoral:

Eso dependerá de usted en absoluto. Procure no excitarse por nada, y obedecerme en todo. Ahora voy a dejarle para dar las debidas instrucciones respecto a su nutrición. Además, deseo que los guardianes permanezcan dentro de esta habitación.

—¿Y aún dice usted que nada ha sucedido?—preguntó.

—Con eso no he querido decir que no haya pasado nada —Me incliné sobre él y le dije en voz baja: —McCann ha puesto vigilancia en torno de la casa de Mandilip. No puede escapársenos.

—El enfermo replicó:

—¡Pero sus servidores son más poderosos que los míos, doctor Lowell!

Me le quedé rnirando atentamente, pero sus ojos eran inescrutables, y me dirigí al despacho, sumido en pensamientos. ¿Qué sabía Ricori?

A las once me llamó McCann por teléfono. Experimenté tal alegría al oir su voz, que me encolericé.

—¿Dónde diablos ha estado usted ?

—Oiga, doctor —me interrumpió— Estoy en casa de Mollie, la hermana de Peters. Venga usted en seguida.

Estas exigencias aumentaron mi irritación.

—Imposible, ahora —contesté— Son mis horas de despacho. No estaré libre hasta las

dos.

—¿No puede dejarlo todo? Ha pasado algo extraordinario. ¡Y no sé qué hacer! —en su voz había un acento de desesperación.

—¿Qué ha pasado? —pregunté.

—No se lo puedo explicar por... —Su voz tensa, suavizóse, y le oí decir:

—¡Cálmate, Mollie. Esto no te va a traer ningún mal! —Y luego a mí: — Bueno, pues, venga usted cuanto antes, doctor. Le esperaré. Tome las señas— Y cuando me las hubo dado, le oí hablando a otra persona:

—¡Tranquilízate, Mollie! ¡No te voy a dejar!

Percibí el chasquido del aparato colgado con fuerza y me dejé caer en mi sillón, muy preocupado. No me preguntó por Ricori y esto no dejaba de ser un síntoma inquietante. ¿Mollie? ¡Sí, la hermana de Peters, desde luego! ¿Se habría enterado de la muerte de su hermano y le habría dado un ataque? Recordé que, según había dicho Ricori, iba pronto a ser madre de otra criatura Pero no, el pánico que revelaba la voz de McCann se debía a algo mas tremendo. Por momentos crecía mi desasosiego. Revisé mis citas. No eran importantes. Tomé una determinación y encargué a mi secretario que avisase por teléfono que aplazaba la visita. Pedí el coche y me dirigí adonde McCann me había dicho.

El mismo me recibió en la puerta del piso. Estaba pálido y demudado y me miró con ojos de alucinado. Sin decir palabra, me condujo a través del recibimiento a una habitación, donde vi a una mujer con una niña que sollozaba en sus brazos. McCann me llevó a un dormitorio contiguo y me señaló una cama. En ella yacía un hombre tapado con el cobertor hasta la barba. Me acerqué a examinarlo, lo toqué. Estaba muerto. Era cadáver desde hacía horas. McCann me dijo:

—El marido de Mollie. Examínelo bien, como hizo con el amo.

—Experimenté la rara y desagradable sensación de dar vueltas en una rueda movida por una mano inexorable: de Peters a Walters, a Ricori, al cadáver que tenía delante... ¿Se pararía aquí la rueda?

Desnudé al hombre. Saqué de mi maletín una lente y sondas. Recorrí el cuerpo pulgada a pulgada, empezando por la región del corazón. Nada, ni aquí ni en ninguna parte... Hice dar media vuelta al cadáver.

De pronto, en la base del cráneo, vi una punción apenas perceptible.

Cogí una sonda finísima y la introduje. La sonda —y de nuevo tuve aquella impresión de la repetición hasta lo infinito— se hundió y manipulé con toda suavidad.

Algo, como una aguja delgada y larga se había clavado en aquella parte vital, en el punto preciso en que el espinazo se une con el cerebro. Casualmente o porque la aguja se había clavado tan fieramente que rompió el nervio, se había producido la parálisis respiratoria y la muerte casi instantánea. Saqué la sonda y me volví a McCann.

—Este hombre ha sido asesinado —le dije— Lo han matado con la misma clase de arma de que estuvo a punto de morir Ricori. Pero el autor de esto ha hecho mejor su trabajo. Este ya no volverá a la vida como volvió Ricori.

—¿De veras? —dijo McCann con calma. Yo y Pablo éramos los únicos que estábamos con Ricori cuando sucedió aquello.

—¡Y los únicos que estaban con este hombre, doctor, eran su mujer y la niña! ¿Qué

piensa hacer, doctor? ¿Sospechar de estos dos, como sospechó de nosotros?

—¿Qué sabe usted de todo esto, McCann? ¿Y cómo se explica que estuviera usted aquí tan oportunamente?

El pobre se revistió de paciencia para contestarme:

—Yo no estaba aquí cuando lo mataron si es que usted se refiere a eso. Si quiere saber cuándo ha sido, le diré que a las dos de la madrugada.

Mollie me llamó por teléfono hace una hora y acudí inmediatamente.

—Ha tenido más suerte que yo —dije secamente— La gente de Ricori le estaba buscando a usted desde la una.

—Ya lo sé. Me enteré poco antes de que Mollie me llamase. Me disponía a venir. Y si quiere saber qué he hecho durante toda la noche, se lo diré. Estaba fuera de casa, ocupado en el asunto del amo y de usted. Tratando de descubrir dónde toma su cupé aquella gata infernal de su sobrina. Lo descubrí, pero demasiado tarde!

—Pero ¿y los hombres que se supone que están vigilando?

—Oiga, doctor: ¿quiere hablar con Mollie ahora? —me interrumpió— Estoy temiendo por ella. Si se mantiene serena es por lo que le he contado de usted, asegurándole que vendría.

—Presénteme a ella —le contesté con aspereza.

Volvimos a la habitación donde vi a la mujer con la niña sollozando en sus brazos. La mujer no tendría más de veintisiete o veintiocho años, y en circunstancias normales debía de ser muy atractiva. Entonces, su rostro estaba desencajado y exangüe y en sus ojos se pintaba el horror y un espanto rayano en la locura. Me miró vagamente, pellizcándose los labios con los dedos, y reflejando en sus ojos su alma desolada, sin más sentimiento que el de la pena y el terror. La niña, de cuatro años, continuó con sus incesantes sollozos. McCann tocó a la madre en la espalda.

—Anímate, Mollie —dijo con ruda lástima —Aquí está el doctor.

La mujer casi tuvo un sobresalto al darse cuenta de mi presencia. Me miró por breves momentos de muy distinta manera a como lo hacía antes y me preguntó, más por decir algo que porque le quedase un hilo de esperanza:

—¿Está muerto?

Al leer la respuesta en mis ojos empezó a gritar y, entre lamentos, dedicaban frases de cariño al difunto. Estreché a la niña en sus brazos y desahogó su aflicción diciendo:

—¡Papá se ha ido, hija mía! ¡Papá ha tenido que marcharse! ¡No llores, vida mía, que pronto volveremos a verlo!.

Me hubiera gustado verla de deshecha en lágrimas, pero el miedo que la dominaba era demasiado fuerte para permitir la saludable reacción en que se alivian las más hondas penas. Aquel estado de continua tensión era peligroso y me daba que temer ¿Podría resistirla mucho tiempo sin detrimento del equilibrio mental?

—McCann —murmuré volviéndome al amigo de la familia— diga usted algo, haga algo que la sacuda. Es preciso que reaccione. Dígale algo que la encolerice, que la haga llorar; no importa lo que sea.

Un movimiento de cabeza me indicó que había comprendido. Le arrancó la niña de los brazos y la retuvo tras él. Luego se inclinó acercando la cara a la de la mujer y le

espetó:

—¡Di la verdad, Mollie! ¿Por qué has matado a John?

La mujer se quedó un momento como si no comprendiese. Luego empezó a temblar. La expresión de temor se desvaneció de su mirada para dar lugar a la de indignación, y saltó sobre McCann descargándole una bofetada. McCann la tomó y le sujetó los brazos. La niña se puso a chillar.

Sucedió un repentino abatimiento y los brazos de la mujer cayeron a lo largo del cuerpo, mientras se le doblaban las rodillas y se abatía en el suelo, bañada en lágrimas. McCann quería levantarla, consolarla. Se lo impedí.

—Déjela que llore. Es lo que más le conviene.

Al cabo de un rato levantó la cabeza y, mirando a McCann, preguntó:

—¿Lo has dicho de veras, Dan?

—No —contestó él— ya sabía que no fuiste, Mollie. Pero habla con el doctor, que tiene prisa.

Ella pregunto casi de una manera normal:

—¿Quiere usted interrogarme, doctor, o le digo sencillamente lo que ha sucedido?

—Dile todo lo que me has dicho a mí, empezando por la muñeca —advirtió McCann.

—Eso es. Cuénteme lo que sepa. Si he de preguntarle algo, lo haré cuando usted termine.

—Ella empezó diciendo:

—Ayer tarde vino Dan, aquí presente, y me llevó a pasear en coche, John no acostumbra... no acostumbraba venir hasta las seis. Pero ayer estaba inquieto por mí y vino pronto, a las tres. Quiere... quería mucho a Dan, y me rogó que aceptase la invitación. No volví hasta después de las seis.

—Te han traído un regalo, Mollie —me dijo—. Es otra muñeca. Apostaría que la envía Tom —Tom es mi hermano.

Sobre la mesa había una caja grande, la destapé y vi la muñeca mas hermosa y llena de vida que pueda imaginarse. Era perfecta, una niña; pero no una niña de brazos, sino una chiquilla de diez a doce años, vestida como una colegiala y con los libros sujetos con correas a su espalda, como si fuese a la escuela. No tenia más de un pie de estatura, pero era perfecta, con una carita de lo más simpática. ¡Parecía un ángel!

John me dijo: "Estaba dirigida a ti, Mollie, pero creí que eran flores y la he abierto. Cualquiera diría que va a hablar, ¿No te parece? Apostaría que es el retrato de alguien. Alguna niña habrá servido de modelo, ¡y cuidado que ha salido bien!"

No me cabía la menor duda de que era obsequio de Tom, porque ya había regalado a la pequeña Mollie otra muñeca, y una amiga mía que... que murió... le trajo otra de la misma tienda, y me dijo que la mujer que las hacía le había rogado que le sirviese de modelo para una. De modo que después de todo esto, pensé que Tom había vuelto a buscar otra muñeca para Mollie; pero pregunté a John: —¿No han dejado con esto una nota o una carta, o algo? —Y él contestó— No, nada... ¡Ah, sí! Una cosa muy rara por cierto. ¿Dónde está? Me la habré puesto en el bolsillo.

Buscó en sus bolsillos y sacó un cordel que tenía varios nudos y parecía estar hecho de cabellos de mujer. John se lo volvió a meter en el bolsillo y no pensamos más.

La pequeña Mollie dormía y pusimos la muñeca a su lado para que la viese al despertar. Cuando despertó y vio aquella preciosidad le dio un arrebato de gozo. Después de comer, Mollie estuvo jugando con la muñeca. Cuando acostamos a la niña quise quitarle la muñeca, pero lloró tan desconsoladamente, que la dejamos dormir con ella. Estuvimos jugando a las cartas hasta las once, hora en que nos fuimos a dormir.

Mollie tiene un sueño muy agitado y se mueve tanto, que aun duerme en su camita de niña para que no caiga. Su camita está en nuestro dormitorio, arrimada a un ángulo, bajo una de las ventanas. Entre las dos ventanas se halla mi tocador, y nuestra cama está situada con la cabecera contra la pared opuesta a las ventanas, Los dos nos detuvimos a contemplar a la niña, como siempre hacemos... hacíamos. Dormía profundamente, estrechando con un brazo la muñeca, cuya cabeza reposaba en un hombro de la niña.

"John dijo: "¡Caramba, Mollie, esta muñeca parece tan viva como la niña! No me sorprendería que se levantase y echase a andar. La modelo debía de ser una chiquilla encantadora."

"Y era verdad. Tenía una carita adorable, y... ¡oh, doctor Lowell... esto es lo espantoso lo horrible!"

De nuevo se pintó el terror en sus ojos, por lo que McCann le dijo:

—¡No pienses mas en eso, Mollie!

—Traté de quitarle la muñeca. Era tan preciosa, que temí que al moverse la niña en sueños la estropease —prosiguió tranquilamente— pero la tenía cogida con fuerza y no quise despertarla. Y se la dejé. Al desnudarse, John se sacó el cordel del bolsillo.

"—Tiene una serie de nudos a cual más raro —dijo. Cuando veas a Tom pregúntale para qué es esto— Y dejó aquel objeto en su mesilla de noche. A1 poco tiempo estaba dormido, y yo no tardé mucho más.

"Y entonces me desperté... O me lo figuraba... no sé si soñaba o estaba despierta. Debió de ser un sueño, y no obstante... ¡Dios mío!... ¡John ha muerto... yo lo vi morir."

Lloró en silencio con abundancia de lágrimas. Luego prosiguió:

—Si estaba despierta, debió desvelarme el silencio. Pero esto es precisamente lo que me hace creer que estaba soñando. Un silencio como aquél es imposible... si no es en sueños. En este piso, que es el segundo, se oyen todos los ruidos de la calle, que no cesan en toda la noche. Entonces no se percibía el menor ruido, como si.... como si de pronto el mundo hubiera enmudecido. Creo o soñé que me senté para escuchar, aguzando el oído para recoger el más leve rumor. No oía ni la respiración de John. Me asusté, porque había algo pavoroso en aquel silencio, en aquella absoluta quietud. ¡Algo vivo! ¡Algo perverso! Traté de inclinarme sobre John, traté de tocarlo, de despertarlo.

"¡No podía moverme! ¡No podía ni mover un dedo! Quise hablar, gritar. ¡No podía!

Los cortinajes de las ventanas estaban torcidos. Por ellos entraba una débil claridad de la calle. Y de pronto se borró. El dormitorio se quedó a oscuras, en la más negra de las tinieblas.

"Y fue entonces cuando empezó a verse la luz verde...

"Al principio fue una luz confusa. No venía de afuera, sino que estaba dentro del mismo dormitorio, dentro de las tinieblas que lo envolvían. Iba aumentando y disminuyendo, aumentando y disminuyendo, pero creciendo a cada oscilación. Era verde

como la luz de las luciérnagas, o como la que proyectaría la luna mirada a través de un cristal verde. Por fin, aquella verde claridad se hizo intensa. Era como la luz irradiada, pero ni siquiera puede llamarse luz a aquello. No brillaba, pero alumbraba, y estaba esparcida por todas partes, bajo la mesa, bajo las sillas Quiero decir que los muebles no proyectaban sombras. Me permitía ver todo el dormitorio. Vi que la niña dormía en su camita con la muñeca recostada en su hombro.

"¡La muñeca se movió!

"Volvió la cabeza y pareció escuchar la respiración de la niña. Le cogió el brazo con ambas manos y el brazo cayó inerte a un lado, dejándola libre...

¡La muñeca se levantó!

"Entonces me persuadí de que dormía... Aquel extraño silencio... aquella extraña claridad verde... y ahora esto otro...

La muñeca se encaramó al barrote del lado de la camita y se dejó caer al suelo. Cruzó la pieza dando saltitos y meciendo los libros por las correas, como una colegiala, al tiempo que volvía de un lado a otro la cabeza, mirando todo el dormitorio como una niña curiosa. Se acercaba a la cama cuando se fijó en mi tocador y se detuvo mirando al espejo. Se subió a la silla que estaba junto a la mesita y desde su asiento se encaramó a la mesa. Dejó los libros a un lado y se contempló en el espejo.

"Se estuvo arreglando un rato, mirándose, volviéndose, ya de un lado, ya de otro.

"Yo pensaba: "¡Que sueño tan raro, tan fantástico!" La muñeca acercó la cabeza al espejo y alisó y ordenó algunos mechones de su pelo. Y yo pensé: "¡Qué muñequita tan presumida!" Y luego pensé:

"Estoy soñando todo esto porque John me dijo que la muñeca estaba tan llena de vida, que no le sorprendería que caminase." Y luego pensé:

"¡Pero no debo de estar soñando, cuando me doy cuenta de que estoy soñando!" Y me pareció todo tan ridículo, que me reí. Pero estoy segura que no hice ruido. Sabia que no podía reír... la risa tuvo lugar en mi interior... Pero diría que la muñeca me oyó, porque se volvió y me miró fijamente.

"Creí que el corazón se me paralizaba.

He tenido pesadillas, doctor Lowell, pero nunca, ni en las más horrorosas, experimenté una impresión más honda que cuando los ojos de aquella muñeca me miraron.

"¡Eran los ojos de un diablo!

"Tenían destellos rojos. Quiero decir que eran... eran luminosos como los de ciertos animales en la oscuridad. ¡Pero la expresión infernal que descubrí en ellos fue lo que me produjo el efecto de unas garras que estrujasen mi corazón! ¿Cómo era posible que aquellos ojos diabólicos fuesen los de aquella cara angelical?

"¡No sé cuanto tiempo me estuvo mirando, pero al fin se agachó y se sentó en el borde de la mesa tocador, donde estuvo agitando los pies como una chiquilla, sin dejar de mirarme. Entonces, poco a poco, levantó una mano a la altura de su cuello, y poco a poco volvió a bajarla. En su mano había una aguja larga... como un puñal...

"De un brinco se echó al suelo y se acercó a saltitos a la cama. Por un momento la perdí de vista. De pronto la vi sobre la cama, parada a los pies de John sin dejar de

enfocarme con sus ojos encendidos.

"Quise gritar, quise moverme, quise despertar a John. Sólo pude rezar:

"¡Oh Dio mío, haz que despierte! ¡Dios misericordioso, despiértalo!

"La muñeca apartó de mi la vista para fijarla en John, mientras se arrastraba lo largo de su cuerpo, hacia su cabeza. Traté de mover la mano para detenerla y no pude. Luego la perdí de vista...

"Oí un espantoso gemido de dolor. Noté que John se estremecía... Lo oí suspirar...

"Eran suspiros muy hondos... muy hondos... Comprendí que John se moría... y yo nada podía hacer... en aquel silencio... en aquella claridad verdosa...

"Oí en la calle como el sonido de una flauta que tocasen bajo la ventana. Se produjo un rumor sordo y vi a la muñeca que cruzaba corriendo el dormitorio, saltaba al antepecho de la ventana y allí se mantenía un momento de rodillas, asomada a la calle. En la mano llevaba algo. Me fijé y distinguí la cuerda de nudos que John había dejado sobre su mesita de noche.

"Otra vez llegaron a mis oídos las notas de la flauta... la muñeca se arrojó a la calle desde la ventana... sólo pude distinguir un destello de su mirada y que sus manos se agarraban al borde del alféizar... Luego desapareció.

"La verde claridad titiló con un ligero temblor y desapareció también. La luz de la calle entró por las ventanas, infiltrándose entre los cortinajes. El silencio pareció... pareció como si algo se lo engullera.

"Y entonces tuve la sensación de que una ola de tinieblas me inundase. Bajo ella quedé anonadada. Momentos antes que me cubriese, oí las dos.

"Cuando me desperté... o me recobré del desmayo, o si fue un sueño, cuando me desperté... me volví hacia John. Permanecía estirado... ¡tan quieto! Lo toqué... estaba frío... ¡tan frío!

"¡Vi que estaba muerto!

"Doctor Lowell... dígame... ¿qué hay en todo esto de sueño y qué de realidad? ¡Se que una muñeca no puede haber matado a John!

"¿Ha buscado mi ayuda al morir y esto ha engendrado mi sueño?. ¿O yo... soñando... lo he matado?

CAPÍTULO XII
LA TECNICA DE "MADAME" MANDILIP

Había tal angustia en los ojos de la mujer, que hubiera sido una crueldad decirle la verdad; por eso la engañé.

—Puedo tranquilizarla respecto a ese particular. Su marido murió por causas completamente naturales... de un derrame cerebral. Mi reconocimiento no deja lugar a dudas en cuanto a eso. Usted no ha tenido la menor intervención en su muerte. En cuanto a la muñeca, ha tenido usted un sueño muy vivo, y nada más.

Me miró como quien está dispuesto a dar cuerpo y alma por creer lo que le dicen, y objetó:

—¡Pero yo sabía que se estaba muriendo!

—¡Es muy posible! —asentí apelando a una explicación técnica que seguramente no entendería, pero que la dejaría convencida.

—A lo mejor estaba usted medio despierta, en ese estado que llamamos semiconsciente que precede al despertar de los sentidos. Con toda probabilidad, el sueño fue sugerido por lo que oyó: su subconsciencia, tratando de explicarse los ruidos, creó todo el sueño fantástico que me ha contado. Lo que en el sueño le pareció que duró varios minutos, sucedió en su imaginación en un tiempo reducido a pocos segundos, porque la subconsciencia tiene su propio tiempo. Esto nos lo enseña la experiencia. Golpea una puerta o se produce otro ruido violento que despierta al durmiente. Cuando está completamente despierto, recuerda un sueño muy vivo que terminó con un fuerte ruido. En realidad, el sueño empezó con el ruido, aunque a él le parezca que ha durado horas. Fue casi instantáneo, empezando y acabando en el breve momento que medió entre el ruido y el despertar.

Dio un profundo suspiro y serenóse un poco la expresión angustiosa de su semblante. Yo aproveché esta ventaja.

—Y ha de tener presente otra cosa: su estado interesante, que provoca en muchas mujeres sueños de una viva apariencia real, con frecuencia de carácter muy desagradable, aún a veces alucinaciones.

—Es verdad —murmuró ella— Cuando esperaba a Mollie tuve los sueños más espantosos.

Se quedó dudando y noté que se le ensombrecía el rostro de honda preocupación.

—¿Pero, y la muñeca? ¡La muñeca ha desaparecido!

Me maldije al oír esto, que me tomaba desprevenido, sin respuesta que oponer. Pero McCann la tuvo al momento en los brazos.

—Ya puedes estar segura de que ha desaparecido, Mollie. Yo la he tirado al montón de la basura. Después de lo que me contaste, pensé que sería lo mejor que no la vieras más.

—¿Dónde la encontraste? —preguntó con viveza— Porque yo la he buscado en vano.

—No es raro que no la encontrases —contestó él— porque estaba en el fondo de la camita de la niña, muy escondida entre el revoltijo de la ropa. La encontré bastante

estropeada, como si la niña hubiese bailado encima un cancán.

Se deslizaría poco a poco. Me parece que no miré bien —dijo ella con acento de duda.

Yo intervine en tono severo, para que no sospechase una inteligencia entre los dos:

—No debió de hacer eso, McCann. Si le hubiese enseñado la muñeca, en seguida hubiera quedado convencida la señora Gilmore de que había tenido un sueño, y le hubiera evitado una gran pena.

—Bueno, yo no soy doctor. Hice lo que me pareció más conveniente.

—Baje a ver si la encuentra —ordené con aspereza, y como él me mirase como sorprendido, le hice un signo que comprendió. Obedeció y al momento estuvo de vuelta.

—No hace más que cinco minutos que se han llevado la basura —anunció con expresión de contrariedad— y con ella la muñeca. Pero he encontrado esto.

Y mostró un correaje del que pendía media docena de libros en miniatura, mientras preguntaba:

—¿No era esto lo que soñaste que la muñeca dejaba en la mesa tocador, Mollie?

Ella miró y se apartó; diciendo:

—Sí, eso era. Apártalo, que no quiero verlo.

McCann me miró con aire de triunfo.

—Veo que, después de todo, quizás hice bien en tirar la muñeca, doctor.

—De todos modos, ahora que la señora Gilmore está persuadida de que fue un sueño, poco importa.

Luego, dirigiéndome a la mujer, toqué sus frías manos y le dije:

—Espero que hará usted lo que voy a mandarle. No le conviene estar aquí ni un momento más de lo necesario. Recoja cuanto usted y su hija puedan necesitar durante una semana y márchense. Hay que pensar en su delicado estado y en la nueva vida que está en camino. Yo cuidare de todas las diligencias necesarias, y en cuanto a lo demás, puede usted dar instrucciones a McCann. Pero es conveniente que se marche. ¿Quiere usted?

Con gran satisfacción por mi parte, consintió en seguida. La escena que se desarrollo al separarse madre e hija del cadáver fue horripilante, pero al cabo de pocos minutos, se marchaban, acompañadas de McCann, a casa de unos parientes. La niña deseaba llevarse la pareja de muñecas, pero yo no lo consentí, aun a riesgo de despertar las sospechas de la madre. No quise que se llevasen a su refugio ningún recuerdo de madame Mandilip. McCann me apoyó y las muñecas se quedaron en casa.

Llamé a un empresario de pompas fúnebres a quien conocía y, después de examinar por última vez el cadáver, me convencí de que nadie sería capaz de descubrir el pinchazo. No era de temer una autopsia, pues nadie pondría en duda mi certificado de defunción. Cuando llegó el empresario, expliqué la ausencia de la viuda, como precaución tomada por mí en vista de su preñez avanzada. Atribuí la muerte a una embolia, y así lo certifiqué, sonriendo al pensar en el médico del banquero y en el concepto que me había merecido.

Cuando se llevaron el cadáver y en espera de McCann, me di a reflexionar sobre los fantasmagóricos sucesos que me envolvían y entre los que andaba a tientas. Ante todo, me esforcé por rechazar todo prejuicio, por despojarme de toda idea preconcebida acerca de si todo aquello era posible o imposible. Empecé admitiendo que madame Mandilip podía poseer conocimientos ignorados en absoluto por la ciencia moderna. Me abstuve de llamar

a esto brujería o hechicería. Poco importaban las palabras, si habían sido aplicadas a través de los siglos a fenómenos completamente naturales, cuyas causas ignoraban los profanos. No hace mucho, por ejemplo, el hecho de encender una cerilla era brujería para muchas tribus salvajes.

No, madame Mandilip no era bruja, como se figuraba Ricori. Era doctora de una ciencia desconocida y nada más.

Y su ciencia debía ser regida por leyes fijas, aunque estas leyes me fuesen desconocidas. Si los fenómenos provocados por la constructora de muñecas no respondían al principio de causa y efecto por mí conocido, no podía deducir que no se conformasen a las leyes de causa y efecto conocidas por ella. En ello nada había de sobrenatural, pero, como los salvajes, ignoraba yo cómo se engendraba la llama de la cerilla.

Pero si creía adivinar algo de estas leyes, algo de la técnica de aquella mujer, entendiendo por técnica la serie de detalles, considerados en conjunto, para la ejecución mecánica de una obra de arte. El cordel de nudos, “la escala de la bruja", era sin duda algo esencial para la animación de las muñecas. Uno se encontró en el bolsillo de Ricori, donde lo llevaba antes del primer ataque; otro junto a su cama, después de las perturbadoras ocurrencias de la noche. ¡Yo me dormí con uno de aquellos cordeles en la mano e intenté asesinar a mi paciente! Otra cuerda acompañó a la muñeca que mató a John Gilmore. Estaba bien claro que el cordel formaba parte de la fórmula para dirigir la actuación de las muñecas.

Contra esto se daba el caso de que el borracho vagabundo no llevaba ninguna “escala” consigo, cuando lo atacó la muñeca Peters.

Esto podía explicar que el cordel sólo tenía que ver con las actividades de los monigotes, que, una vez puestos en movimiento, podían seguir actuando por tiempo indefinido.

Que había una fórmula fija para hacer las muñecas era evidente En primer lugar había que obtener el libre consentimiento de la víctima para servir de modelo, luego una herida que deba el pretexto para aplicar el ungüento que producía la muerte por causa desconocida, y, por último, la muñeca había de ser una copia exacta de la víctima elegida. La concurrencia de idénticos síntomas probaba que el agente mortal era el mismo en cada caso.

—¿Pero era imprescindible la movilidad de las muñecas en todos los casos de muerte? ¿Eran las muñecas indispensables en toda operación?

La fabricante de muñecas podía creer que sí, y sin duda lo creía.

Yo no.

Que la muñeca que hirió a Ricori había sido hecha a semejanza de Peters, que para la "muñeca enfermera" que los guardianes habían visto saltar por la ventana hubiera servido de modelo la Walters; que la muñeca que hundió la aguja en el cerebro de Gilmore era tal vez la imagen de Anita, la muchachita de once años que iba a la escuela, todo esto lo admitía.

Pero que algo de Peters, algo de Walters, algo de Anita animase a estos monigotes... que al morir se les hubiera arrebatado alguna esencia de su vitalidad, como su inteligencia, su “alma”, para incorporarla o encerrarla en el esqueleto de aquellos monigotes,

convertida en una esencia de maldad, no... contra esto se rebelaba mi razón. No podía admitir ni la posibilidad.

—Y aquí llegaba en mis reflexiones cuando se presentó McCann, diciendo lacónicamente.

—Bueno, ya esta todo arreglado.

–McCann —le pregunte— sea sincero: ¿dijo la verdad al afirmar que había hallado la muñeca?

—No, doctor. La muñeca se escapó.

—¿Pero dónde encontró los libritos?

—Donde dijo Mollie que los dejó la muñeca, en su mesa tocador. Cuando me contó esa historia, tuve la ocurrencia de hacerlos desaparecer. Aun no se había fijado en ellos. Estuve acertado, ¿verdad?

—Ahora me hace pensar que no sé cómo hubiéramos salido del paso si llega a preguntarnos por el cordel de nudos.

—Por lo visto no le dio ninguna importancia a esa cuerda, y ... —McCann titubeó...— Y creo que la tiene muy grande, doctor. Pienso que si yo no me la hubiera llevado a paseo y John no hubiera estado en casa, y Mollie hubiera abierto la caja en vez de él, pienso que se la hubiera encontrado muerta a ella.

—Quiere decir...

—Que las muñecas atacan a quien tiene el cordel —me interrumpió con semblante sombrío.

No puedo menos de confesar que su pensamiento coincidió con el mío.

—Tal vez alguien tema que sabe demasiadas cosas. Y esto me lleva a lo que quería decirle en cuanto lo viese. ¡La bruja Mandilip sabe que se la vigila!

—Eso quiere decir que su espionaje es más perfecto que el nuestro —contesté remedando a Ricori, y entonces le conté el segundo atentado ocurrido aquella noche, que motivó mi llamada telefónica.

—Y eso prueba —dijo cuando hube terminado— que la hechicera Mandilip sabe quién la hace vigilar. Ha tratado de dar el pasaporte al amo y a Mollie, y ahora se lanzará contra nosotros, doctor.

—Las muñecas van acompañadas —dije—. Las notas musicales son un aviso de retirada. No desaparecen en el aire. Obedecen, la llamada y se dirigen... a donde sea... al lugar en que suena la flauta o el silbato. Pero las muñecas salen de la tienda, y por tanto, una de las dos mujeres debe de sacarlas. ¿Cómo han podido burlar su vigilancia?

—Lo ignoro —dijo McCann con aíre de consternación— Pero eso es cosa de la muchacha de cara blanca. Permita que le explique todo lo que se, doctor. Cuando me despedí de usted la otra noche fui a ver qué tenían que contar los muchachos. Me dijeron muchas cosas. Dicen que a las cuatro, la muchacha desaparece en el interior y la mujer se sienta en una silla de la tienda. A eso no le dan la menor importancia. Pero, a las siete, lo único que ven, cruzando la calle y en el interior de la casa, es la muchacha. Esto deja a los muchachos desconcertados por completo, porque no la han visto salir y han tenido que pasar por delante de ellos.

Luego, a eso de las once, uno de los muchachos relevados tuvo algo peor que

contarme. Dice que, pasando por el extremo Broadway, vio que una cupé torcía por la esquina y en él iba la muchacha. No podía confundirla con otra por haberla visto en la tienda. Se perdió a lo largo de Broadway como una exhalación. Al ver que nadie la perseguía buscó un taxi; pero se dio a los diablos siendo que no pasaba un coche ni lo había en los puntos de parada. Ante esto, volvió adonde estaban apostados los de la banda y los recriminó diciéndoles que qué hacían allí parados como dos tontos. Y tampoco esta vez había visto nadie nada.

"Yo y dos hombres efectuamos una ronda por todo el barrio para ver dónde se estacionaba la cupé. No dio resultado alguno hasta las cuatro, hora en que me encontré con uno de los muchachos que estaban buscando, el cual me dijo que a las tres había visto a la muchacha —al menos él creyó que lo era caminando a lo largo de la calle cerca de la esquina de la casa encantada. Llevaba un par de cajas de modista que no parecían pesarle nada. Andaba de prisa, pero alejándose de la casa de las muñecas. Él se detuvo para fijarse bien, cuando de pronto no vio nada. Se acercó corriendo al lugar donde la había visto, y no halló ni rastro. Estaba aquello muy oscuro y empujó todas las puertas y registró todos los patios, pero todas las puertas estaban cerradas y en los patios no había nadie, por lo que, sin perder más tiempo, vino a buscarme.

"Yo fui allá, pero mis investigaciones fueron inútiles. Es un lugar que se halla en la esquina extrema de la manzana de casas a que pertenece la de las muñecas, siete u ocho números más allá. Casi todas son tiendas instaladas en los pisos y con pocos habitantes. Todas las casas son viejas. Aun no sé cómo pudo llegar la muchacha a la tienda. Creí que el muchacho se habría confundido, tomando a una persona por otra o pensando que había visto a alguien, pero mirando por los alrededores, no tardamos en encontrar una puerta que podía ser un garage. En un momento la forzamos, y en efecto, había una cupé con el motor todavía caliente. No hacía mucho rato que la habían dejado allí. Correspondía en todo a la descripción que nos había hecho el muchacho que vio a la joven guiándolo.

“Me volví adonde estaban los otros vigilando y pasé la noche con ellos. En la casa de las muñecas nadie pudo ver el menor rayo de luz. Pero a las ocho de la mañana la muchacha se dejó ver en el interior de la tienda y la abrió al público."

—Con todo eso —observé yo al llegar aquí— aún no tiene usted la menor prueba de que la muchacha saliese de noche. ¿Quién le asegura que la joven que vieron sus hombres fuese ella?

Me miró con lástima.

—¿No salió por la tarde sin que ellos la vieran? ¿Quién le impide hacer lo mismo de noche? ¿No la vio un muchacho guiando una cupé? ¿Y no hallamos una cupé igual donde la moza desapareció de la vista de quien la miraba?

Me senté, pensando. ¿Qué motivos tenía para no creer a McCann? Y la siniestra coincidencia de las horas en que la muchacha había sido vista, me hizo decir, casi gritando:

—La hora de la tarde coincide con aquella en que se dejó la muñeca en casa de los Gilmore. La hora en que salió de noche coincide con la del ataque contra Ricori y de la muerte de John Gilmore.

—¡Gracias a Dios que se le ha caído la venda de los ojos —exclamó McCann— Sale la

muchacha, deja la muñeca en casa de Mollie y vuelve. Sale otra vez, suelta la muñeca contra el amo y espera a que salte para recogerla. Luego va recoger la que ha dejado en casa de Mollie. Entonces se retira a casa, llevando las muñecas en las cajas de modista.

No pude soportar la irritación que me produjo sentirme cogido sin medio en una red de supercherías.

—¿Y que cree usted? Que salió de casa por la chimenea, montada en una escoba? —pregunté con estúpida ironía.

—No, doctor —me contestó con toda seriedad— no creo eso. Pero los edificios son viejos y acaso haya un agujero o un pasadizo secreto por donde meterse. De todos modos, los muchachos están ahora vigilando la calle y el garage, y no es fácil que se nos escape.

Y añadió con socarronería:

—Y ya que lo pregunta, no aseguraría que le fuese imposible cabalgar sobre una escoba, si tuviera necesidad de hacerlo.

No quise escucharlo y le dije de sopetón:

—McCann, voy hablar con esa señora Mandilip, y deseo que venga usted conmigo.

—No me apartare de su lado, doctor, con la mano siempre en mi pistola.

—No, quiero verla solo; pero me gustaría que usted vigilase de cerca, en la calle.

Protestó, expuso mil razones, pero por fin consintió a regañadientes.

Llamé a mi despacho por teléfono, hable con Braile y me enteré de que Ricori se restablecía rápidamente. Le rogué que durante el resto del día hiciese el favor de atender mis asuntos y excusar mi ausencia con cualquier pretexto. Pedí que me pusieran en comunicación con el cuarto de Ricori y encargue a la enfermera que le dijese que McCann estaba conmigo, que íbamos a hacer ciertas investigaciones sobre una cuerda, cayos resultados le comunicaría a mi regreso, y que deseaba si él, Ricori, no tenía inconveniente, me acompañase durante el resto de la tarde.

Ricori me comunicó por la enfermera su deseo de que McCann obedeciese mis órdenes en absoluto, como si fuesen las suyas propias. Deseaba hablar conmigo, pero yo me opuse y con el pretexto de que tenía prisa, colgué el aparato.

Comí con mucho apetito. Quería encontrarme fuerte ante las realidades, o lo que yo pensaba que eran realidades, cuando me viese frente a frente con aquella doctora de las ilusiones. McCann estaba sombrío y malhumorado.

Daban las tres cuando salimos en dirección a la tienda de madame Mandilip.

CAPÍTULO XIII
MADAME MANDILIP

Me detuve ante el escaparate, dominando una violenta repugnancia a entrar en la tienda. Sabía que McCann me guardaba la espalda y que los hombres de Ricori vigilaban la casa desde la acera de enfrente y confundidos entre los transeúntes. A pesar del estrépito de los camiones y del tráfico callejero de los alrededores, en medio de la vida normal de aquel ruidoso barrio, la tienda de las muñecas era una fortaleza inexpugnable, ante la cual me quedé temblando como ante la puerta de un mundo desconocido.

En el escaparate no había más que unas cuantas muñecas expuestas, pero lo bastante hermosas como para atraer la atención de cualquiera que por allí pasase, niño o grande. No eran tan perfectas como la de Walters ni como las que vi en casa de los Gilmore, pero constituían verdaderos reclamos.

La tienda estaba mitigadamente alumbrada y me permitía ver a una esbelta muchacha que se movía tras un mostrador. Era, sin duda, la sobrina de Madame Mandilip. Realmente, el aspecto de aquella tienducha no prometía una trastienda tan suntuosa como Walters la había descrito en su diario. Claro que la casa era vieja y podía extenderse considerablemente por la parte de atrás.

De pronto, me revestí de valor, abrí la puerta y entré.

La muchacha se volvió y me miró, mientras me dirigía al mostrador; pero guardó silencio. La examiné rápidamente. Era el tipo de muchacha histérica, uno de los más acusados que había visto. Me fijé bien en sus ojos saltones, de un azul pálido, y en su vago mirar con las pupilas muy dilatadas, en su cuello largo y delgado, en sus facciones suavemente contorneadas y en la palidez marfileña de sus largos y flacos dedos. Tenía las manos juntas y pude observar que eran extraordinariamente flexibles, lo cual completaba el síndrome que nos da Laignel-Lavastine de la histérica. En otros tiempos y otras circunstancias hubiera sido una sacerdotisa orácula o una santa.

No cabía la menor duda de que el miedo se enseñoreaba en su espíritu, pero estaba seguro de no ser yo quien lo causaba. Era un temor intimo y extraño que se enroscaba en las raíces de su ser, consumiendo su vitalidad... un terror místico. Le vi los cabellos. eran de ceniza plateada... ¡el color, el mismo del cordel de los nudos!

Cuando vio que fijaba en sus cabellos, el vago mirar de sus ojos se tornó receloso, y por primera vez pareció percatarse de mi presencia. Yo le dirigí la palabra en un tono de circunstancias:

—Me han llamado la atención las muñecas del escaparate. Tengo una nieta a quien creo que le gustaría que le regalase una.

—Todas están en venta. Si hay alguna que le guste puede tomarla, pagando su precio.

Me lo dijo sin levantar mucho la voz, casi murmurando con indiferencia, pero dirigiéndome una intensa mirada penetrante.

—Supongo —repliqué afectando cierto enojo—que todos los que vienen a comprar

han de pagar. Pero el caso es que se trata de una niña que es mi predilecta y quisiera comprarle lo mejor que haya. ¿Sería tan amable de enseñarme otras y más bonitas, si las tiene?

Sus ojos oscilaron un momento. Tuve la impresión de que estaba escuchando algún ruido que yo no alcanzaba a oír. Súbitamente abandonó la actitud de indiferencia y se mostró afable, y al mismo instante sentí que otros ojos se fijaban en mí, me examinaban, me escudriñaban.

Tan viva fue la impresión, que involuntariamente me volví a mirar a todos los lados de la tienda; pero no vi a nadie, seguíamos solos la muchacha y yo. Dirigí una mirada al escaparate para ver si McCann estaba mirando, y no había nadie.

En un abrir y cerrar de ojos desapareció la mirada invisible y me volví a la joven, que acababa de colocar una docena de cajas sobre el mostrador y las estaba abriendo, mientras me miraba candorosamente y casi con dulzura me decía:

No faltaba más! Puede usted ver todo lo que tenemos. Sentiría que me creyese usted indiferente a sus deseos. Mi tía, que hace las muñecas, ama a los niños y no permitiría que quien los ama como ella saliese de aquí descontento.

Fue un discurso no por breve menos interesante y pronunciado como si se lo estuvieran dictando. Pero esta circunstancia no despertó tanto mi interés como el súbito cambio que se operó en la muchacha. Su voz ya no tenía aquella languidez de antes y había adquirido una vibración enérgica, ni era ella ya la muchacha desanimada y displicente. Se la veía agitada con una vivacidad especial, le habían salido los colores y su mirada era fija y no vaga. Hasta en sus ojos noté un brillo, más de burla que de malicia.

Examiné las muñecas.

—¡Son preciosas! —dije por fin— pero, ¿no tienen nada mejor? Le seré franco: mi nieta cumple siete años y quisiera ser espléndido. El precio es lo de menos, tratándose...

La oí suspirar y la miré. De sus ojos había desaparecido toda expresión burlona, para dejar lugar al espanto de su mirada; de sus mejillas se había retirado la sangre, dejándolas blancas como el mármol. Y de pronto volví a sentirme envuelto por la extraña e invisible mirada, con mas fuerza que antes, y de nuevo noté que la mirada se desvanecía.

Detrás del mostrador se abrió una puerta.

Aunque estaba preparado para encontrarme con algo extraordinario, por el retrato de la fabricante de muñecas que nos dejó la enfermera Walters, me produjo un efecto inesperado. Su estatura, su corpulencia aumentada por la proximidad de las muñecas, y la frágil constitución de la muchacha. me pareció gigantesca al verla aparecer en el umbral. Una gigante cuya cara grande, con sus pómulos prominentes, su bigote y su boca endurecida, producían una impresión masculina que contrastaba grotescamente con sus abultados senos.

Pero al mirar sus ojos olvidé su grotesca figura. Eran enormes, negros y luminosos, de una vitalidad desconcertante. Diríase que estaban animados de una vida espiritual independiente del resto del cuerpo. Y de ellos emanaba una fuerza vital tan poderosa, que la sentí en mis nervios como una onda cálida y hormigueante, en que nada había de siniestro, o al menos entonces no lo noté.

Me costó un gran esfuerzo apartar la mirada de aquellos ojos. Vestía de negro y

ocultaba las manos entre los añejos pliegues de su ropa.

Volvió mi mirada a sus ojos y creí ver centellear en el fondo de ellos aquel desdén burlesco que había visto en los de la muchacha. Cuando habló comprendí que la vibración enérgica de la voz de la muchacha no era más que un eco de aquellos dulces sonidos de poderoso timbre.

—¿No le gusta lo que le ha enseñado mi sobrina?

Apelé a todas mis facultades para contestar:

—Son todas deliciosas, madame... madame...

—Mandilip —dijo ella serenamente— Madame Mandilip. ¿No sabía usted mi nombre?

—Por desgracia —contesté ambiguamente— Tengo una nieta, una niña. Deseo hacerle un obsequio extraordinario para celebrar su cumpleaños. Todas las muñecas que hasta ahora he visto son preciosísimas; pero si tuviera usted algo... Algo especial —dijo recalcando la palabra— de singular belleza. Bien, tal vez tenga algo. Mas, para favorecer a mis clientes de un modo especial, necesito saber con quién trato. Pensará usted que soy una comerciante extraña, ¿verdad?

Se echó a reír y me quedé maravillado de la frescura, de la sonoridad agradable y cristalina de aquella risa.

Haciendo un gran esfuerzo, retrocedí a la realidad y me puse en guardia. Saqué una tarjeta de mi cartera. No quería que me reconociese, como lo hubiera hecho de haberle entregado mi propia tarjeta. También quería evitar que sospechase de cualquiera a quien pudiese perjudicar. Por eso, tuve la precaución de poner en mi cartera la tarjeta de un doctor amigo, muerto hacía años. Ella la miró.

—¡Ah! Exclamó —¿Conque es usted un hombre de ciencia, un médico? Bueno, ahora que ya nos conocemos mutuamente, venga usted conmigo y le enseñaré lo mejor que tengo. Me condujo por la puerta a un pasillo angosto y oscuro. Me tomó de la mano y otra vez sentí aquel vital y extraño hormigueo. Se paró ante otra puerta y se volvió a mirarme.

—Aquí es donde guardo lo mejor. Mis “especialidades”.

Y riendo de nuevo, abrió la puerta.

Pasé el umbral y me detuve a examinar la pieza con cierta inquietud, porque no vi la espaciosa sala encantada de que hablaba Walters. Cierto que era un poco más espaciosa de lo que podía esperarse, pero ¿dónde estaban los magníficos artesones, los antiguos tapices, el espejo mágico que era como "el hemisferio de la más pura agua", y tantas otras cosas que le dieron la impresión de hallarse en un paraíso?

Entraba la luz por una ventana que daba a un patio angosto, a través de una persiana medio tirar. Las paredes y el techo eran de madera lisa y descolorida. La del fondo estaba ocupada enteramente por armarios con puertas de madera. Había un espejo en una de las paredes y era redondo. Y a esto se reducía cuanto pude cotejar con la descripción de mi enfermera.

La chimenea era como todas las que pueden verse en las casas viejas de Nueva York, y los cuadros que colgaban de las paredes no tenían nada de particular. La mesa que le pareció a la difunta un mueble tan suntuoso, era como otra cualquiera y estaba llena de prendas para muñecas más o menos acabadas.

Mi inquietud aumentó. Si la Walters había fantaseado sobre aquella sala, ¿quién me decía que no se había inventado también otras cosas de su diario? ¿No sería todo el escrito producto de una imaginación exaltada?

Pero nada había exagerado respecto a los ojos ni a la voz, ni había nada de fantasía en lo tocante al aspecto de la mujer y a las rarezas de su sobrina. La dama habló como si siguiera el hilo de mis pensamientos:

—¿Le interesa mi sala?

Hablaba con voz suave, en la que me pareció descubrir una alegría secreta. Yo le contesté:

—Todo taller en que trabaja un verdadero artista es interesante. Y usted es una verdadera artista, madame Mandilip.

—¿Cómo sabe usted eso?

Dándome cuenta del desliz, me apresuré a decir:

—Soy un amante del arte y me basta haber visto unas cuantas muñecas.

No es preciso ver toda una galería de cuadros para comprender que Rafael, por ejemplo, fue un maestro. Con un cuadro basta para apreciarlo.

Sonrió ella de una manera amistosa, cerró la puerta a mi espalda y me indicó un sillón al lado de la mesa.

—¿No le disgustará esperar un poco antes de que le enseñe mis muñecas? He de acabar un vestido, porque ha de venir a buscarlo dentro de un rato la niña a quien se lo prometí. En seguida estará.

—Con mucho gusto, señora —asentí yo, sentándome.

Ella siguió hablando con voz melodiosa:

—Esto es muy pacífico y usted parece que está cansado. Ha trabajado usted mucho, ¿verdad? Si, está muy cansado.

Apenas me hube sentado, noté que en realidad estaba muy cansado. Por un momento se relajó la tensión en que mantenía mis nervios y cerré los ojos. Al abrirlos vi que la mujer ocupaba su asiento junto a la mesa.

Contemplé sus manos. Eran largas, finas, blancas, las manos mas hermosas que he visto en mi vida. Como sus ojos, parecían tener vida propia, como si vivieran por sí y para sí mismas, independientes del resto del cuerpo de que formaban parte. Las descansó sobre la mesa y me dijo con cierta displicencia.

—¡Qué bueno es refugiarse de vez en cuando en un rincón tranquilo, donde reina la paz! Es tan pesada la vida, tan agobiadora... y uno está tan cansado... tan cansado...

Cogió un vestidito de la mesa y empezó a coser. Los dedos de una mano se movían manejando la aguja, mientras los otros movían la ropita. ¡Cuánta belleza había en esos movimientos de aquellos dedos... qué ritmo! ¡Parecían llevar el compás de una música deliciosa!

—Es verdad —prosiguió con su voz cantarina —aquí no llega el menor rumor de la vida. Todo es paz... quietud... descanso...

Aparté con disgusto mis ojos de la danza ejecutada por aquellas manos, del bello espectáculo que ofrecían aquellos dedos tan rítmicamente movidos. Tan aquietadores como un sedante. La artista descansaba los ojos en mí, en una mirada blanda y

acariciadora, llena de la paz de que me hablaba.

Pensé que no perdería nada con un poco de descanso, que recobraría las fuerzas necesarias para la lucha que iba a empezar. Y realmente estaba fatigado. ¿Cómo no lo había notado antes? Volví la vista a sus manos. ¡Maravillosas manos! Ni ellas ni los ojos ni la voz podían formar parte de aquel cuerpo horrible.

¡Y acaso no correspondían al cuerpo! Acaso aquel cuerpo no era más que una capa, una cubierta, un disfraz del cuerpo al que pertenecían las manos, la voz y los ojos. Me acudió esta idea contemplando sus manos. ¿Cómo sería el cuerpo que tenía aquellas manos? ¡Oh! ¡Si era tan hermoso como las manos, los ojos y la voz!

Estaba canturriando un extraño airecillo, era una melodía arrulladora, soporífera, que se me filtraba por los nervios fatigados, destilándose en sueño... en sueño.

¡Sueño!

No sé qué potencia se levantó a protestar en mis adentros, enfurecida, ordenándome que me despertase, que sacudiese de mí aquel letargo.

Por el terrible esfuerzo conque subí bostezando a la superficie de la conciencia, comprendí lo muy hundido que llegué a estar en el extraño sueño, y por un instante, en mi tránsito al estado de vigilia, vi la sala como la Walters la viera.

Grande, iluminada con luz tenue, con los antiguos tapices, los artesones, los paneles tallados, tras los cuales acechaban sombras burlonas que se reían, se reían de mí. En la pared veía el espejo, como la mitad de una gota inmensa de agua pura ¡y los reflejos de las molduras parecían moverse en él como la vegetación del borde de un estanque!

La espaciosa sala pareció oscilar un momento y se desvaneció.

Me encontré hundido en una poltrona, en el cuarto adonde me condujo, y la mujer estaba a mi lado, muy cerca, contemplándome con cierta perplejidad y creo que con un dejo de disgusto. Me pareció la suya la actitud de una persona a quien inesperadamente se hubiera interrumpido en su tarea. ¿Interrumpido? ¿Cuándo se había levantado?

Qué hizo conmigo mientras dormí? ¿Qué le había impedido realizar aquel mi supremo esfuerzo con que me zafé de sus redes?

Traté de hablar y no pude. Con la lengua paralizada, sentí toda la indignación de la más humillante de las situaciones. Me había dejado atrapar como un novato, yo que estaba tan alerta, tan receloso de cualquier movimiento, y bastó la actuación de unos ojos bonitos, de una voz dulce y de unas manos activas y la reiterada sugestión de que estaba cansado... muy cansado... de que allí había paz, propicia al sueño... al sueño...

¿Qué me había hecho mientras dormía? ¿Por qué no podía moverme? ¿Acaso mi energía se agotó en el terrible esfuerzo por desasirme de sus redes? Me quedé inmóvil, mudo, extenuado; ni un músculo obedecía a mi voluntad. Las debilitadas manos de mi voluntad trataron de mover sus brazos y les faltó fuerza.

La mujer rió y se dirigió a los armarios de la pared del fondo. La seguí con la vista, sin poder evitarlo. Oprimió un botón de la puerta de uno de los armarios, que se abrió automáticamente.

Dentro del armario había una muñequita, una niña de cara angelical y sonriente. Al verla me dio un vuelco el corazón. En su mano cerrada había una aguja que empuñaba a manera de daga y comprendí que se trataba de la muñeca con la que había dormido la

niña de Gilmore... la que había saltado de la camita de la niña... la que se había arrastrado por la cama del matrimonio y asestado el golpe...

—Esta es una de las mejores de mi especialidad —dijo la dueña, fijando en mí unos ojos burlones— ¡Una buena muñeca! Un poco descuidada, a veces, pues se deja olvidados los libros de la escuela cuando va de visita. ¡Pero muy obediente! ¿Le gustaría para su nieta?

Y se echó a reír con una risa juvenil y diabólica. Y de pronto pensé que Ricori tenía razón al decir que aquella mujer debía morir. Apelé a todas mis fuerzas para arrojarme sobre ella, pero no pude mover ni un dedo.

Ella alargó la mano y oprimió el oculto resorte de otra puerta, que se abrió. Sentí que una mano de hielo estrujaba mi corazón. Desde el interior del armario me miraba la mismísima Walters...

¡Y estaba crucificada!

Era tan perfecta, tan... viva la muñeca, que creí ver a la joven enfermera a través de un cristal de disminución. Era imposible pensar en otra cosa, viendo la muñeca, que en la muchacha que representaba; vestía el uniforme de enfermera, aunque sin gorro, y sus negros cabellos le caían despeinados por la cara. Tenía los brazos extendidos y las palmas de sus manos estaban sujetas con pequeños clavos a la madera del armario. Sus pies desnudos estaban juntos y atravesados por el empeine con otro clavo. Para completar el terrible, el sacrílego simulacro, colgaba sobre su cabeza un letrero que decía:

"La Mártir abrazada"

La dueña murmuró con una voz de miel extraída de flores del averno.

—Esta muñeca no se ha portado bien. Ha sido desobediente. Y a las muñecas que no se portan bien, las castigo. Ya veo que está usted apenado. Bueno, ya está bastante castigada, por ahora.

Sus blancas manos se movieron dentro del armario, arrancaron los clavos de pies y manos, dejó a la muñeca derecha, apoyada en el fondo y se volvió a decirme:

—¿Acaso le gustaría para su nieta? Lo lamento. No puedo venderla. Antes que se separe de mí ha de aprender algunas lecciones.

Cambió de tono, su voz dejó aquella dulzura diabólica y sonó cargada de amenazas.

—¡Y ahora escuche, doctor Lowell! ¿Como, de veras pensaba que no lo conocía? Lo conozco desde el principio. ¡También usted necesita una lección! Y la recibirá... ¡pero necio! Usted que pretende curar a los que han perdido la inteligencia y no sabe nada, nada le digo, de lo que es la inteligencia; usted, que concibe la mente como parte de una máquina de carne y sangre, de nervios y de huesos, y no sabe nada de lo que contiene; usted, que niega la existencia de todo lo que no pueda medir con sus probetas o ver en su microscopio; usted, que define la vida como un fermento químico, y la conciencia como el producto de las células, ¡es un necio! ¡Y no obstante, usted y ese salvaje de Ricori tratan de estorbarme, de inmiscuirse en mis asuntos, de rodearme de espías! Se atreven a amenazarme a mí; poseedora de la antigua ciencia a cuyo lado la ciencia de usted es una olla de grillos ¡Mentecatos! Yo se quién ocupa la inteligencia y las fuerzas que se manifiestan a través de ella y las que se mueven detrás. Y estas fuerzas acuden al oír mi voz. ¡Y quiere usted oponer su ciencia a la mía! ¡Es usted un necio! ¿Me ha entendido?

¡Hable!

Y me alargó un dedo. Sentí que mi garganta adquiría flexibilidad, noté que podría hablar por fin.

—¡Bruja del infierno! —rugí— ¡Maldita asesina! ¡Irás a la silla eléctrica si no acabo antes contigo!

Se me acercó más, riendo.

—¿Piensa delatarme? ¿Y quién le creerá? ¡Nadie! La ignorancia que su ciencia ha fomentado es mi escudo. Las tinieblas de vuestra incredulidad son mi fortaleza. ¡Continuad jugando con vuestras máquinas, majaderos! ¡Jugad cuanto queráis con vuestras máquinas, pero no os metáis más conmigo!

Luego, su voz adquirió un tono de calma mortal.

—Oiga bien lo que le digo. Si quiere usted vivir y quiere que vivan sus amistades, retire los espías. A Ricori no podrá salvarlo. Es mío. Pero usted no vuelva a pensar en mí. No se meta más en mis asuntos. No temo a sus espías, pero me ofenden. Lléveselos. En seguida. Si esta noche continúan vigilando...

Me tomó del brazo con una fuerza que me hizo temer la rotura del hueso y me empujó hacia la puerta.

—¡Márchese!

Me esforcé en dominar mi voluntad y en levantar las manos. Si me hubiera sido posible, sin duda me hubiese revuelto contra ella como una fiera. Pero no pude moverme. Como un autómata me encaminé a la puerta. Ella la abrió.

Percibí un extraño rumor en los armarios. Haciendo un esfuerzo supremo, volví la cabeza.

La muñeca de Walters había caído de bruces y con sus brazos extendidos y vibrantes parecía suplicarme que me la llevase. Aún vi en sus palmas los estigmas de la crucifixión y sus ojos se fijaban en mí...

—¡Márchese! —dijo la dueña— ¡Y recuerde lo que le he dicho!

Con paso rígido, atravesé el corredor y la tienda. La muchacha me dirigió una mirada vaga y llena de temor, Crucé la tienda y salí a la calle como si una mano me empujase inexorablemente.

Me pareció oír, oí en realidad a mi espalda la burlona risa de la fabricante de muñecas, como salida del infierno.

CAPÍTULO XIV
MADAME MANDILIP LUCHA

Apenas llegué a la calle, recobré la voluntad y la libertad de movimientos. En un arrebato de ira, quise volver a entrar en la tienda, pero cuando sólo me faltaba un paso, tropecé contra un muro invisible; ni pude avanzar ni me fue posible levantar la mano para tocar la puerta. Fue como si mi voluntad se negase a funcionar o mis manos y piernas se rebelasen contra mi voluntad. Comprendí que se trataba de un fenómeno de sugestión posthipnótica de extraordinaria fuerza, parte del fenómeno que me había retenido inmóvil ante la mujer y que me había arrojado de la tienda como a un pelele. Se me acercó McCann y por un momento tuve la loca idea de ordenar que entrase en la tienda y acabase con madame Mandilip de un pistoletazo. Suerte que el sentido común me advirtió que no podríamos dar una explicación razonable de la muerte y que probablemente expiaríamos nuestra locura en el mismo aparato con que la había amenazado.

—Ya me impacientaba, doctor —dijo McCann— y estaba a punto de entrar a buscarlo.

—Vamos, McCann —le contesté— deseo llegar a casa lo antes posible.

Al ver mi cara silbó.

—Parece que ha sostenido usted una lucha, doctor.

—Así ha sido. Pero a madame Mandilip le corresponden por ahora los honores del triunfo.

—Pues sale usted bastante sereno. ¡Qué diferente del amo, que ponía una cara como si acabase de ver el infierno! ¿Qué ha sucedido?

—Luego se lo diré. Por ahora déjeme tranquilo, que necesito reflexionar.

Lo que más deseaba era recobrar el dominio de mí mismo. Mi entendimiento estaba nublado y me parecía avanzar a ciegas tratando en vano de asir algo tangible. Diríase que me había enredado en una araña repugnante, y aún después de haberme librado de ella quedaban adheridos jirones viscosos. Subimos al coche y corrimos mucho rato en silencio. McCann, no pudiendo esperar más, se decidió a hablar:

Al menos, dígame qué piensa usted de ella.

Por aquel entonces había yo llegado a una resolución. Jamas había sentido aquel malvado, frío e implacable deseo de matar, que aquella mujer acababa de despertar en mí. Y no es que sufriese en mi orgullo, aunque había quedado bastante mal parado, no; es que estaba convencido de que en la trastienda residía la maldad, la maldad tan cruel y diabólica como si la fabricante de muñecas fuese realmente un aborto del infierno en que creía Ricori. Contra aquella maldad y contra la mujer en quien se concentraba todo estaba justificado.

—McCann —le dije— no hay nada en el mundo tan malo como esa mujer. No se deje escapar otra vez a la muchacha. ¿Sabe si anoche descubrió que la seguían?

—No sé, no lo creo.

—Aumente la vigilancia frente y detrás de la casa, sin perder tiempo. Hágalo de un

modo descarado, para que no puedan dejar de notarlo. Si la muchacha no sabe que se la ha observado, pensarán que desconocemos la otra salida y que la dejamos pasar inadvertida. Tenga un coche preparado a cada extremo de la calle donde guarda su cupé. Pero mucho ojo con alarmarlas. Si aparece la muchacha, síganla... —Y vacilé.

—¿Y luego qué? —preguntó McCann.

Deseo que la prendan, que la rapten, que la secuestren, o como quiera usted llamarlo. Hay que hacerlo con la mayor cautela. En usted confío. Mejor que yo sabe usted cómo se hacen estas cosas. Pero que sea pronto y con mucho tiento. Y no demasiado cerca de la tienda. Tan lejos como puedan. Amordácenla, átenla, si es preciso; pero tráiganmela a casa, con todo lo que lleve. ¿Entendidos?

—Si se deja ver, la prenderemos. ¿Va usted a someterla al tercer grado?

—A eso y... a mucho más. Quiero ver lo que hará la dueña. Tal vez cometa un disparate que nos permita echarle las manos legalmente y entregarla a los tribunales de justicia. No sé si tiene otros servidores invisibles, pero mi intención es privarla de la única servidora visible. Acaso así se dejarán ver los otros. Y al menos la fastidiará esto...

Me dirigió una mirada curiosa:

—Veo que lo ha tratado muy mal, doctor.

—Muy mal —contesté secamente.

McCann guardó silencio y por fin se decidió a preguntar:

—¿Hablará de esto al amo?

—Tal vez sí o tal vez no, esta noche. Depende de su estado. ¿Por qué?

—Porque si hemos de efectuar algo que se parezca a un secuestro, creo que había de saberlo.

—Le recuerdo, McCann, que el encargo de Ricori para usted fue que obedeciese mis órdenes como si fuesen suyas. Ya las ha recibido usted. Yo acepto toda la responsabilidad.

—Está bien —contestó— pero observé que tenía sus dudas.

Ahora bien, suponiendo que Ricori estuviera ya del todo restablecido, no había motivo para no contarle todo lo que me sucedió en la entrevista con la señora Mandilip. Braile ya era distinto, pues sabiendo el íntimo afecto que podía unirlo con la enfermera Walters, no estaría bien torturarlo hablándole de la muñeca crucificada, que aún continuaba siendo para mí, no una muñeca, sino la enfermera Walters crucificada. Y si se lo contase ¿Qué duda había de que se lanzaría como un loco contra la Mandilip. Y eso no convenía.

De todos modos, sentía cierto reparo en contarle a Ricori todos los pormenores de mi visita, y lo mismo me sucedía respecto de Braile, aparte de lo de la muñeca Walters. Pero, ¿cómo se explica que sintiese la misma repugnancia para contárselo a McCann? No puedo menos que atribuirlos a mi vanidad herida.

Nos detuvimos frente a mi casa. Iban a dar las seis. Repetí a McCann mis instrucciones, que él escuchó moviendo la cabeza.

—Está bien doctor. Si sale, la atraparemos.

Al entrar en casa me dieron una nota de Braile, donde me decía que no vendría a verme hasta después de comer. Me alegré, porque temía el apuro en que me habían de poner sus preguntas. Me dijeron que Ricori dormía y que se restablecía con notable

rapidez. Encargué a la enfermera que, si se despertaba, le dijese que le haría una visita después de comer. Yo me acosté un rato procurando dormir un poco antes de sentarme a la mesa.

Pero no me fue posible conciliar el sueño, pues apenas empezaba a amodorrarme me sobresaltaba la visión de la fabricante de muñecas.

Me levanté a las siete y di cuenta, de una excelente comida, bebiendo doble cantidad de vino que de ordinario y té muy fuerte, ya que me proponía no desfallecer por nada. Me levanté de la mesa sintiéndome mucho mas animado que antes, con la cabeza muy despejada y en un completo dominio de mis facultades, o al menos eso creía. Decidí poner a Ricori al corriente de mis órdenes a McCann, concernientes al secuestro de la muchacha. Desde luego, esto implicaba una serie de preguntas a las que habría de contestar, referentes a mi visita, a la tienda, pero ya tenía pensado lo que le diría...

¡Y cuál no sería mi sorpresa cuando me di clara cuenta de que cuanto pensaba decir era todo lo que podía decir! Me di cuenta de que no podía comunicar a nadie las cosas que pensaba callarme, aunque tal hubiera sido mi deseo, y de que me lo prohibía la misma fabricante de muñecas, siendo esto parte de la sugestión posthipnótica a la que obedecía al salir de la tienda empujado como un pelele y al sentirme rechazado cuando intenté volver.

Durante el sueño hipnótico, me había susurrado al oído: “Tal y tal cosa podrás contar. Tal y tal otra, te lo prohibo."

No podía hablar de la muñequita de cara angelical que había cortado el hilo de la vida de Gilmore. No podía hablar de la muñeca Walters y su crucifixión. No podía hablar de la tácita confesión de ella misma, reconociéndose autora de las muertes que nos habían conducido hasta su tienda.

Y con todo, el conocimiento de tan extraña particularidad me alivió, me hizo respirar con satisfacción, porque al menos tenía ya algo comprensible, algo tangible a que agarrarme, algo que nada tenía que ver con las artes de hechicería, ni con las fuerzas ocultas; algo que entraba de lleno en mi propia ciencia ¿Cuántas veces no había yo hecho lo mismo con mis pacientes devolviéndolos a la normalidad por estas sugestiones posthipnóticas?

Además, si tal era mi deseo, tenía el medio de limpiar mi mente de estas sugestiones. ¿Lo haría? Me obstiné en que no. Hubiera sido confesar que tenía miedo de la señora Mandilip. La odiaba, eso sí; pero no la temía. Conociendo su técnica, sería estúpido no observar sus resultados en el laboratorio de mi propia persona. Me dije que había recorrido la escala de estas sugestiones, que fuera lo que fuese que hubiera tenido intención de inculcarme, se lo había estorbado despertándome inesperadamente...

¡Ah! Pero la imaginera había dicho la verdad al llamarme... ¡necio!

Cuando entró Braile lo recibí tranquilamente. Y apenas lo hube saludado; llamó la enfermera diciendo que Ricori estaba muy despierto y anhelaba verme.

—Esto es estar de suerte —le dije a Braile— Venga, y así me ahorraré tener que repetir la historia.

—¿Qué historia? —me preguntó.

—La de mi entrevista con madame Mandilip.

—¿Pero la ha visto usted? —preguntó, incrédulo.

—He pasado la tarde con ella. Es de lo más interesante. Venga y lo oirá.

Corrí a la clínica anexa sin hacer caso de sus preguntas. Ricori estaba incorporado. Lo examiné brevemente. Aunque débil, podía dársele de alta como enfermo. Lo felicité por su rápido restablecimiento y le dije al oído:

—He visto a su bruja y he hablado con ella. Tengo muchas cosas que contarle. Ordene a sus guardias que salgan. Yo despediré a la enfermera por un rato.

Cuando hubieron salido los guardianes y la enfermera, empecé mi relato de aquella activa jornada, empezando por el aviso telefónico de McCann llamándome a casa de Gilmore. Ricori escuchó con rostro sombrío la historia de Mollie, y dijo:

—¡Su hermano... y ahora su marido! ¡Pobre Mollie! ¡Pero la vengaremos! ¡Sí! Mil veces sí.

Conté muy por encima mi visita a madame Mandilip y comuniqué a Ricori las instrucciones que di a McCann, añadiendo:

—Y así, esta noche al menos, podremos dormir en paz. Si la muchacha sale con las muñecas, McCann la detendrá. Si no sale, nada puede suceder. Estoy casi seguro de que sin ella, la tía ésa no puede luchar. No obstante, me gustaría saber su opinión.

Ricori me contempló intensamente.

—Apruebo lo que ha hecho, doctor Lowell; lo apruebo con toda mi alma. Ha hecho usted lo que yo hubiera hecho. Pero... no creo que nos haya dicho todo lo que ha sucedido entre usted y la bruja.

—Ni yo —dijo Braile.

Me levanté.

—De todos modos, les he dicho lo esencial, y me caigo de sueño. Voy a tomar un baño y a meterme en la cama. Son las nueve y treinta. Si ha de salir la muchacha, no lo hará antes de las once, probablemente más tarde. Voy a dormir hasta que la traiga McCann. Si no la trae, dormiré toda la noche. Y basta. Guarden sus preguntas para mañana.

Ricori, que no había apartado la vista de mí, propuso:

—¿Por qué no duerme aquí? No estaría más seguro?

Me dejé arrastrar por una ola de mal humor. Ya había sufrido bastante en mi orgullo por mi conducta con aquella mujer y la manera como me arrojó de su casa, y la invitación a protegerme tras las pistolas de sus hombres me abrió la herida.

—No soy un niño —rechacé con enojo— y me basto para defenderme. No necesito que nadie me guarde la espalda...

Me detuve, sintiendo haber hablado así, pero Ricori no se mostró ofendido. Movió la cabeza y se dejó caer sobre las almohadas.

—Me ha dicho usted lo que quería saber. Lo ha pasado muy mal con la bruja, doctor Lowell, y no nos ha contado todo lo... esencial.

—¡Lo siento, Ricori!

—No lo sienta —dijo, sonriendo por primera vez— Lo comprendo perfectamente. A mi modo, también soy un psicólogo. Pero oiga lo que le digo. Poco importa que McCann traiga o no traiga esta noche a la muchacha. Mañana morirá la bruja y la muchacha con ella.

No contesté. Volví a llamar a la enfermera y restablecí la guardia dentro de la habitación. Por mucha confianza que yo sintiese, no había que descuidar la vigilancia. Nada le dije de la amenaza de la Mandilip contra él, pero no la había olvidado.

Braile me acompañó a mi estudio, y me dijo en tono implorante:

—Comprendo que debe de estar muy cansado. Lowell, y no quiero molestarle. ¿Pero permite que me quede en su habitación mientras usted duerme?

Contesté con la misma destemplanza:

—¡Por Dios, Braile! ¿No oyó lo que le dije a Ricori? Se lo agradezco mucho, pero aquello también reza con usted.

—Voy a quedarme aquí, en el despacho, sin dormir, hasta que venga McCann o se haga de día. Si oigo ruido en su dormitorio, entraré.

Cuando desee saber si usted duerme, también. No cierre la puerta, porque la derribaría. ¿Está claro?

Me enfurecí, pero el dijo:

—Es una decisión inquebrantable.

—Está bien. Haga usted lo que le dé la gana.

Me metí en el dormitorio, cerrando la puerta de golpe, pero sin echarle la llave.

Estaba cansado, no cabía duda; Aunque solo durmiese una hora repararía mis fuerzas. Decidí no molestarme en tomar un baño y empecé a desnudarme. Al quitarme la camisa vi un alfiler en el lado izquierdo, sobre mi corazón. Abrí la camisa y por la parte interior encontré prendido a ella... ¡uno de los cordeles de nudos!

Di un paso hacia la puerta con la boca abierta para llamar a Braile, pero me contuve. No se lo enseñaría, porque ello provocaría una serie de pregunta interminables, y deseaba dormir.

¡Dios! ¡Pero qué deseo tenía de dormir!

Sería mejor quemar la cuerda. Busqué un fósforo para prenderle fuego... Oí los pasos de Braile detrás de la puerta y me apresuré a guardar la cuerda en el bolsillo del pantalón.

—¿Qué desea? —grite.

—Sólo saber que se ha acostado usted sin novedad.

Abrió la puerta un poco.

—Lo que deseaba saber es si la había cerrado con llave.

Nada le dije y seguí desnudándome. Mi dormitorio es una pieza grande y alta de techo, en el segundo piso. situada en la parte trasera del edificio, contigua a mi despacho. Tiene dos ventanas que dan al jardín y están orladas de enredaderas. Hay en mi cuarto un candelabro macizo, cubierto de prismas, o arañas de cristal, formando seis aros de flecos brillantes, de los que sobresalen los brazos de las lámparas. Es una copia reducida de uno de los más hermosos candelabros que hay en el Palacio de la Independencia de Filadelfia, y cuando compré la casa no quise prescindir de él. En el fondo está mi lecho y, cuando me vuelvo de lado, puedo ver las ventanas cuajadas de tenues reflejos. Estos reflejos llegan al candelabro, que adquiere así la forma de una nube preñada de suaves destellos que producen una sensación sedante y adormecedora. En el jardín hay un viejo peral, único superviviente de un huerto de frutales, que en la antigua Nueva York elevaban al cielo, durante la primavera, sus floridos ramajes. El candelabro cae a los pies de la cama, y los

conmutadores de la luz están al alcance de mi mano. A un lado hay una chimenea de mármol esculpido y de ancha repisa. Es necesario tener esto presente para comprender bien lo que sigue.

Cuando me acabé de desnudar, Braile, convencido de mi docilidad, cerró la puerta y se retiró a mi despacho. Tomé el cordel, la escala de la bruja, y lo tiré con desprecio sobre la mesa. Me di cuenta de la majeza del acto, pensando que de no sentirme tan seguro de McCann, acaso lo hubiese quemado, según fue mi primera intención. Me tomé un calmante, apagué las luces y me eché a dormir. El calmante produjo rápido efecto. Me hundí en un profundo sueño, como quién se sumerge en lo hondo del mar. Me desperté. Miré a mi alrededor... ¿Cómo había llegado a aquel lugar desconocido? Me hallaba en un pozo redondo, poco profundo, bordeado de hierba. El borde me llegaba sólo a las rodillas. El pozo estaba en medio de un prado de un cuarto de milla de diámetro, cubierto de hierba muy rara, con florecillas de púrpura. Alrededor del pozo crecían árboles exóticos.. árboles por los que trepaban esmeraldas verdes y corindones, y de ramas combas, de hojas como helechos y prendidas de sarmientos retorcidos como serpientes. Los árboles formaban un circuito en el prado, vigilantes... como esperando que me moviese.

¡No, no eran los árboles los que vigilaban! Eran cosas ocultas entre los árboles, que espiaban... seres malignos... seres perniciosos... y ellos me vigilaban, esperando que me moviese.

¿Pero cómo estaba yo allí? Me miré las piernas, tendí los brazos... Llevaba el pijama con que me acosté... me acosté en mi cama de Nueva York... en mi casa de Nueva York... ¿Cómo había llegado allí? Porque no estaba soñando... De pronto vi tres senderos que salían del hoyo, pasaban por el borde y se extendían en diversas direcciones hasta el bosque, y comprendí que había de tomar uno de aquellos senderos y que era cuestión de vida o muerte que tomase el bueno, el único que permitía atravesar el bosque con vida. Los otros dos me dejarían infaliblemente en poder de aquellos seres que espiaban. El piso del pozo empezó a moverse bajo mis pies en sentido ascendente, ¡Me arrojaba fuera! Salté al sendero que se abría a mi derecha y avancé despacio por él. Luego, involuntariamente, me puse a correr de prisa, cada vez más de prisa hacia los árboles. Al acercarme, pude ver que atravesaba el bosque por un pasillo estrecho de tres palmos y que se perdía en la verde distancia. Cada vez corría más. Entré en el bosque y los invisibles seres esparcidos entre los árboles rebullían por todas partes. Qué eran ni qué harían si llegaban a atraparme, lo ignoraba... Sólo sabía que era imposible imaginar tortura igual a la que experimentaría si me dejaba atrapar por ellos.

Cada paso que daba era una pesadilla. Por todas partes veía manos que se tendían para atraparme... oía chillidos estridentes... Temblando, sudando, me vi por fin fuera del bosque y continué mi marcha por la vasta planicie sin árboles, que se perdía en el horizonte. Esta llanura no tenía camino ni senda y estaba cubierta de una hierba gris y blanquecina. Semejaba el desolado eriazo de las tres brujas de Macbeth. Poco importa... era mejor que el maldito bosque. Me volví a mirar al bosque y desde allí miríadas de ojos malignos me estaban acechando.

Volví a correr adelante y mirando al cielo. El cielo era de un verde empañado. En lo alto y en dos círculos de nubes empezaron a brillar... dos soles negros... no, no eran soles...

eran ojos...

¡Los ojos de la fabricante de muñecas!

Desde el brumoso cielo se asomaban mirándome...

Sobre el horizonte de aquel mundo extraño empezaron a levantarse dos manos... a tenderse hacia mi... para tomarme y hacerme retroceder hacia el bosque...; manos blancas de dedos largos... y cada dedo un ser viviente...

¡Las manos de la fabricante de muñecas! ¿A medida que se acercaban las manos se acercaban los ojos.

Y del cielo bajaban risas estridentes.

¡La risa de la fabricante de muñecas!

Aun sonaba aquella risa en mis oídos, cuando me desperté, o así me lo pareció, y me encontré en mi dormitorio, incorporado en la cama. Estaba bañado en sudor y mi corazón latía tan rudamente, que sacudía mi cuerpo. Vi el candelabro reflejando la escasa luz de la ventana, como una nebulosa, y los marcos de las ventanas se dibujaban en la obscuridad del cuarto envuelto en una quietud pasmosa...

Noté que algo se movía en una de las ventanas. Quise saltar de la cama para ver qué era y no pude moverme.

Una débil claridad verdosa se produjo, vacilante, en mi cuarto; al principio, como una incierta fosforescencia, semejante a la que puede verse en la merluza en estado de descomposición. Pero iba aumentando y disminuyendo, aumentando y disminuyendo, pero haciéndose cada vez más intensa. Todo el aposento quedó visible. La araña brillaba como una esmeralda empañada...

¡En la ventana apareció una cara diminuta! ¡La cara de una muñeca! Me dio un brinco el corazón y se inundó mi pecho de desesperante amargura al pensar: "¡McCann ha fracasado! ¡Y esto es la catástrofe!

La muñeca me miró haciendo muecas. Tenía la cara recién afeitada de un hombre de cuarenta años, con una nariz larga, una boca ancha de labios duros, y los ojos, hundidos bajo espesas y largas cejas, brillaban enrojecidos como dos carbunclos.

La muñeca acabó de subir al antepecho y se tiró de cabeza al suelo. Durante un momento se sostuvo de cabeza, con los pies al aire. Luego dio dos saltos mortales y se quedó de pie, llevándose una manita a los labios y mirándome como si esperase algo. ¡Como si esperase que la aplaudiera! Vestía el traje de malla de un acróbata de circo. Se inclinó ante mí. Luego, con un gracioso ademán, señaló a la ventana.

Allí se asomaba otra carita. Era grave, fría, la cara de un hombre de sesenta años, con patillas blancas. Me miró como creo que miraría un banquero a una persona odiosa que le fuere a pedir un préstamo.

Encontré esta idea muy divertida. Pero dejé pronto de sentirme alegre.

¡Un banquero! ¡Un acróbata! ¡Las muñecas de esos dos que habían muerto de muerte desconocida!

La muñeca banquero saltó con toda dignidad al suelo. Vestía traje de rigurosa etiqueta, de corte impecable y camisa inmaculada. Se volvió, y con la misma dignidad levantó una mano al antepecho de la ventana. Otra muñeca estaba allí, la de una mujer de la misma edad aproximadamente que el banquero y vestida como éste en exquisito traje

de noche.

¡La solterona!

Con coquetería, la muñeca solterona tomó la mano que se le tendía y saltó levemente al suelo.

Una cuarta muñeca se dejó ver en la ventana, en traje de malla de pies a cabeza. Dio un salto y fue a parar al lado del acróbata. Me miró sonriente y me hizo una reverencia.

Las cuatro muñecas emprendieron la marcha hacia mí: los dos acróbatas a la cabeza, y detrás, la solterona y el banquero de bracete.

Eran todo lo fantástico, todo lo grotesco que queráis, pero nada tenían de divertido. ¡No, válgame Dios! Y si algo tenían de divertido, el diablo sólo puede saberlo. En cuanto a mí, sólo se me ocurrió pensar en un arranque de desesperación: ¡Braile está detrás de la puerta! ¡Si pudiera gritar!

Las cuatro muñecas se detuvieron como para celebrar consulta. Los acróbatas hicieron unas cabriolas y sacaron de una vaina escondida unas agujas como dagas. En las manos de la solterona y del banquero aparecieron armas semejantes, y todos presentaron las puntas contra mí, como floretes de esgrima.

Los cuatro siguieron avanzando en dirección a mi cama...

Los encarnados ojos del segundo acróbata, en quien reconocí al artista de trapecio, se fijaron en el candelabro. Se detuvo examinándolo, lo señaló con un dedo, envainó la daga y dobló las rodillas con las manos tomadas ante ellas. La primera muñeca hizo con la cabeza una señal de asentimiento y se detuvo a examinar la altura del candelabro desde el suelo, como si estudiase la mejor manera de alcanzarlo. La segunda muñeca le indicó la repisa de la chimenea y los dos treparon ágilmente hasta ella, contemplados con mucho interés por la otra pareja.

La muñeca acróbata se agachó y el artista del trapecio puso el pie en el estribo que el otro le ofrecía con sus manos juntas. Este hizo un esfuerzo, levantando violentamente al otro, que salió lanzado por el aire, y se agarró a uno de los círculos de cristales de la lampara, encaramándose luego fácilmente. El otro dio un salto y logró asirse al candelabro, yendo a colocarse al lado de su compañero.

Vi la vieja y pesada araña temblar y tambalearse, y una docena de prismas cayeron al suelo haciéndose pedazos. En el silencio de tumba que reinaba, produjeron un ruido como la explosión de una bomba.

Oí a Braile que se acercaba corriendo a la puerta. La abrió. Se quedó en el umbral. Yo lo veía en la claridad verdosa, pero estaba seguro de que él no podía verme, de que mi cuarto estaba para él sumido en tinieblas. Me llamó:

—¡Lowell! ¿Está usted bien? ¡De la luz!

Traté de gritar, de advertirle el peligro !Imposible!

Entró a tientas, acercándose a los pies de la cama, en busca del conmutador. Creo que entonces vio a las muñecas. Se detuvo debajo del candelabro, levantando los ojos.

Y al hacer esto, la muñeca que tenía sobre su cabeza, se colgó de una mano y con la otra desenvainó la aguja en forma de daga. Se dejó caer sobre un hombro de Braile y le hundió sañudamente el acero en la garganta.

Braile dio un chillido. Luego profirió un suspiro ronco y prolongado...

En aquel momento vi que el candelabro se mecía violentamente. Se desprendió de sus viejos sostenes y cayó al suelo con un estrépito que hizo temblar toda la casa, atrapando por debajo a Braile y a la diabólica muñeca que se le agarraba al cuello...

La verde claridad desapareció de una manera brusca. En la oscuridad se produjo un rumor como de grandes ratas que se escabullen.

Yo me sentí libre de la parálisis que me inmovilizaba. Levanté la mano y después de dar la luz, salté de la cama.

Percibí el roce de unos deditos que trepaban a la ventana. Luego cuatro chasquidos secos, como de otros tantos taponazos. Vi a Ricori en la puerta, acompañado por dos hombres que disparaban sus pistolas sordas contra la ventana.

Me incline sobre Braile. Estaba muerto. El candelabro había caído sobre su cabeza, fracturándole el cráneo. Pero...

Braile había muerto antes de caer el candelabro... degollado... con la arteria carótida rota.

¡La muñeca que lo asesinó había huido!

CAPÍTULO XV
LA MUCHACHA EMBRUJADA

Me levanté del suelo y dije con amargura:

—Tenía usted razón, Ricori: los servidores de ella son mejores que los suyos.

—No —me contestó— absorto en la contemplación de Braile, con una expresión de verdadera lástima.

Proseguí:

—Si todos sus hombres cumplen sus promesas como McCann, el mayor de los milagros es que siga usted viviendo.

—En cuanto a McCann —se volvió a decirme con rostro sombrío— le aseguro que es tan inteligente como fiel. Me guardaría mucho de culparlo sin haberlo oído. Y he de decirle, doctor Lowell, que si hubiese sido mas franco conmigo esta noche, el doctor Braile no estaría muerto.

No tuve más remedio que inclinarme ante esto, que era la pura verdad. Me sentía indignado contra mí mismo. si no me hubiera dejado dominar por mi maldito orgullo, les hubiera dicho cuanto sabía de mi visita a la tienda, dándoles a entender los pormenores que no podía expresar concretamente; entregándome a Braile para que me arrancara la verdad por medio del hipnotismo; con tal de que hubiera aceptado la protección que me ofreció Ricori, o permitido que Braile velara mi sueño, nada lamentable hubiese ocurrido.

Dirigí una mirada al despacho y vi allí a la enfermera de Ricori. Detrás de la puerta del despacho se oían murmullos de conversación, sostenida por los criados y gente de la clínica que había acudido al oír el ruido de la lámpara. A la enfermera le dije con toda serenidad de que fui capaz:

—Cayó la lámpara mientras el doctor Braile estaba hablando conmigo a los pies de la cama. El golpe le ha producido la muerte, pero no lo diga a nadie. Dígales que cayó la lámpara y lastimó al doctor. Que vuelvan todos a la cama. Diga que vamos a llevar al doctor Braile al hospital. Luego vuelva usted con Porter y limpien el suelo de sangre como puedan. Dejen la lámpara como está.

Cuando ella salió, me dirigí a los pistoleros de Ricori:

—¿Qué veían ustedes cuando disparaban?

Uno de ellos contestó:

—A mi me parecieron monas.

Y el otro añadió:

— O enanillos.

Miré a Ricori y en su semblante leí lo que él había visto.

Quité una sábana del lecho.

—Ricori —dije— diga a sus hombres que levanten el cadáver y lo envuelvan con esto. Luego que lo lleven al gabinete contiguo a mi despacho y lo dejen en la camilla.

Les hizo una seña con la cabeza y sus hombres sacaron a Braile de debajo de la araña de cristal y de hierro retorcido. Tenía la cara y el cuello heridos de cristales rotos y por

casualidad uno de los prismas se le hincó en el cuello y junto a la punzada del fino puñal que le causó la muerte. Esta segunda herida era muy profunda y probablemente le había producido otra rotura de la carótida. Seguimos Ricori y yo a los hombres hasta el gabinete y vimos cómo dejaban el cadáver en la camilla. Entonces les ordenó Ricori que volviesen al dormitorio y permaneciesen allí mientras estuviesen las enfermeras. Cerró la puerta tras ellos y se dirigió a mi.

—¿Qué piensa hacer ahora, doctor Lowell?

Llorar era lo único que hubiera hecho; de buena gana, pero contesté:

—Este es un caso para el juez, desde luego. Debo avisar a la policía sin perder tiempo.

—¿Y qué va a decirles?

—¿Qué vio usted en la ventana, Ricori?

—Vi... ¡las muñecas!

—Yo también, ¿Puedo decir a la policía quién mató a Braile antes que se cayera la araña? Ya sabe usted que no. Tendré que decirles que mientras estábamos hablando se desprendió la lámpara sobre su cabeza. Las finas aristas de algunos prismas rotos se hundieron en su garganta ¿Qué otra cosa puedo decir? Eso lo creerán a ciegas, mientras que nunca creerían la verdad.

Vacilé un momento, pero no pude recurrir a mis fuerzas ya agotadas, por primera vez después de muchos años, lloré.

—Tiene usted razón, Ricori. No McCann, sino yo, tengo la culpa de todo esto... La vanidad de un viejo... si hubiera hablado sinceramente, no hubiese muerto mi amigo... Pero yo no... no... Yo soy un asesino.

Me consoló con palabras cariñosas como una mujer...

—No es culpa suya. Usted no podía obrar de otro modo... siendo quien es... pensando como ha pensado durante tanto tiempo. Si la bruja se aprovechó de su incredulidad, de su comprensible incredulidad, no tiene usted la culpa. Pero ya se le han acabado las oportunidades. Su copa está llena y rebosante...

Descansó sus manos en mis hombros. No avise a la policía inmediatamente, al menos mientras no sepamos lo que ha de decir McCann.

Son casi las doce, y si no viene no puede tardar en telefonear. Yo voy al cuarto a vestirme. Después de escuchar a McCann, habré de marcharme.

—¿Qué piensa usted hacer, Ricori?

—Matar a la bruja —dijo con toda calma— Matarla, a ella y a la muchacha. Antes de que amanezca. Y hemos esperado demasiado. No quiero esperar más. Han de acabar sus crímenes.

Me sentí desfallecer y tuve que sentarme. Respiraba con mucha fatiga.

Ricori me dio agua y bebí como un sediento. Entre el zumbar de mis oídos percibí una llamada a la puerta y la voz de un guardián de Ricori.

—McCann está aquí.

—Dile que entre —ordenó Ricori.

Se abrió la puerta y entró McCann.

—He atrapado a la...

Se le cortó el habla y se nos quedó mirando con extrañeza. Sus ojos se fijaron en el cuerpo ensabanado y se ensombreció su semblante.

—¿Qué ha sucedido?

Las muñecas han matado al doctor Braile —contestó Ricori— Has atrapado a la muchacha demasiado tarde, McCann ¿Porqué?

—¿Que han matado a Braile? ¿Las muñecas? ¡Dios! —y la voz de McCann sonó como si alguien le apretase la garganta.

—¿Dónde está la chica, McCann —preguntó Ricori.

—Abajo, en el coche, bien atada y amordazada.

—¿Dónde la has atrapado? ¿y cuándo? preguntó Ricori.

Viendo a McCann, sentí una gran piedad y una viva simpatía por aquél hombre. Dominando mi remordimiento y mi vergüenza, me levanté y le dije:

—Siéntese, McCann. No es posible que sea usted tan culpable como yo.

Ricori intervino fríamente:

—Déjeme ser juez en este asunto. McCann, ¿no pusiste un coche a cada extremo de la calle, como te mandó el doctor Lowell?

—Sí.

—Pues, empieza a contar desde ahí.

McCann dijo:

—Salió a la calle a eso de las once. Yo estaba en un extremo y Pablo en el otro. Le dije a Tony: "¡Ahí va la moza con los paquetes!" Llevaba dos cajas de modista. Miró a uno y otro lado y se dirigió adonde guardaba el coche. Abrió la puerta y al poco tiempo salió con el coche hacia donde esperaba Pablo. Había advertido a Pablo, por orden del doctor, que no se apoderara de ella demasiado cerca de la tienda. Vi que Pablo la seguía. Yo corrí a lo largo de la calle y seguí el coche de Pablo.

“La cupé torció por West Broadway. Corrió sin tropiezo, serpenteando por entre una aglomeración de coches en un núcleo de tráfico. Pablo hizo esfuerzos por no perderlo, más, para no tropezar contra un Ford que estaba atravesado, viró con excesiva rapidez y fue a parar contra un poste indicador. Se produjo una confusión de mil diablos y cuando me fue posible salir de allí, ya la cupé se había perdido de vista. Entonces me detuve y telefonee a Rod, diciéndole que se apoderase de la moza en cuanto la viera, aunque fuese en la misma puerta de la tienda. Y que cuando la tuvieran bien amarrada la trajese aquí.

"Yo me dirigí hacia aquí, pensando que la moza podía haber seguido esta dirección. Di unas vueltas por aquí y luego me metí por el parque, sospechando que ella podía ocultarse. Tuve la suerte de encontrar la cupé escondida detrás de unos árboles. Sorprendimos a la muchacha. No opuso resistencia, pero la amordazamos y la metimos en el coche. Tony se lleva la cupé para registrar su interior donde nadie pudiera verle, pero no encontró más que las dos cajas vacías. Y hemos traído a la muchacha.

—¿Cuánto tiempo ha transcurrido —preguntó— desde que se apoderaron de ella hasta que llegaron?

—Diez, quizás quince minutos. Tony registró la cupé casi pieza por pieza, y esto nos entretuvo un rato.

Miré a Ricori. McCann debió de encontrar a la muchacha aproximadamente cuando

Braile murió. También él fue de mi opinión.

—Esperaría a las muñecas, no hay duda.

—¿Qué quieren que haga con ella? —preguntó McCann.

Se dirigía a Ricori, no a mi. Ricori nada dijo, pero le dirigió una extraña mirada, mientras cerraba la mano derecha y luego la abría del todo.

McCann dijo:

—Está bien, señor.

Y se volvió para salir. No hacia falta gran penetración para comprender que había recibido una orden, ni para no dudar de su naturaleza.

—¡Espere! —grité, interceptándole el paso, de espaldas contra la puerta. —Óigame, Ricori. Tengo algo que decirle respecto a eso. El doctor Braile estaba tan cerca de mí como Peters de usted. Y por muy culpable que sea madame Mandilip, esa muchacha no puede dejar de cumplir sus órdenes. Su voluntad está en absoluto a la disposición de la dueña de la tienda, y sospecho que se pasa casi todo el tiempo bajo la influencia hipnótica de aquella mujer. No olvidemos que trató de salvar a la Walters. No quiero que la maten.

—Si está usted en lo cierto —dijo Ricori— tanta más razón para acabar con ella cuánto antes. Así no podrá utilizarla la bruja antes de morir.

—No estoy conforme, Ricori, y tengo otra razón para no estarlo. Deseo interrogarla. Tal vez descubra como realiza madame Mandilip estas cosas... el misterio de las muñecas... los ingredientes del ungüento... y si hay otras personas que compartan sus conocimientos. Esto y mucho más puede saber la muchacha. Y si lo sabe, haré que cante.

—¿Usted cree? —dijo con descaro McCann.

—¿Cómo? —preguntó Ricori.

—Pues por el mismo procedimiento a que me sometió la fabricante de muñecas.

Ricori se me quedó mirando buen rato con mucha seriedad.

—Doctor Lowell —dijo— por última vez pospongo mi criterio al suyo en este asunto. Creo que está equivocado. Sé que yo mismo hice mal en no matar a la bruja el día en que la vi. Opino que cada momento que concedamos de vida a esa muchacha está cargado de peligros para todos nosotros. No obstante, condesciendo por última vez.

—McCann —dije— súbala a mi despacho. Espere a que aleje a cualquiera que pueda estar por abajo.

Bajé al vestíbulo, seguido de Ricori y McCann. No había nadie. Coloqué sobre la mesa de mi despacho un aparato de espejos giratorios, el primer invento utilizado en la Salpetriére de París para provocar el sueño hipnótico, consistente en dos series de espejuelos que rodaban en dirección contraria. Un haz de luz se reflejaba en ellos de tal manera combinado, que alternativamente brillaban y se oscurecían. Aparato utilísimo, a cuyo funcionamiento, una muchacha tan sensible y tan acostumbrada al estado hipnótico no podía dejar de sucumbir rápidamente. Coloqué un sillón convenientemente y mitigué la luz de modo que no contrarrestase la acción de los espejos.

Apenas había hecho estos preparativos cuando McCann y otro de los paniaguados de Ricori entraron a la muchacha. Sentáronla donde les indiqué y le quité el pañuelo que tapaba su boca.

Ricori ordenó:

—Tony, vuelve al coche. McCann, quédate aquí.

CAPÍTULO XVI
FIN DE LA MUCHACHA EMBRUJADA

La muchacha no hizo la menor resistencia. Parecía concentrada en sí misma y me miró con la misma expresión vaga que cuando me vio por primera vez en la tienda. Le tomé las manos y las dejó descansar pasivamente en las mías. Las tenía heladas. Le hable cariñosamente, tranquilizándola:

—Hija mía, no temas ningún mal de nosotros. Descansa y abandónate. Recuéstate bien en el sillón. Sólo deseo ayudarte. Duerme, si quieres. Duerme.

Parecía no oírme, sin dejar de mirarme con aquellos ojos vagos. Dejé sus manos y me senté delante, mirándoIa mientras ponía en movimiento los espejos. En seguida, volvió a ellos sus ojos y ya no los apartó, como si aquello la fascinase. Observé cómo se relajaban sus miembros y su cuerpo caía aplanado en el sillón. Empezaron a bajársele los párpados.

—Duerme —dije con dulzura— Aquí nadie puede hacerte daño. Mientras duermas nadie te hará daño. Duerme... duerme...

Se le cerraron los ojos y suspiró.

—Estás durmiendo —le dije— No te despertarás hasta que yo te lo mande. No podrás despertar hasta que yo te lo mande.

Repitió con voz balbuciente de niña:

—Estoy durmiendo. No puedo despertar hasta que usted me mande.

Detuve el movimiento de los espejos y le dije:

—Voy a preguntarte algunas cosas. Me escucharás y contestarás la verdad No puedes contestar más que la verdad. Ya lo sabes. Repito, siempre con aquella voz débil e infantil:

—He de contestar la verdad. Ya lo sé.

No pude reprimir una mirada de triunfo a Ricori y a McCann. Aquél se estaba santiguando y contemplándome con ojos en los que se pintaba ña duda y el terror. Adiviné que pensaba que también yo sabía practicar las artes de hechicería. McCann estaba mascando tabaco nerviosamente, sin apartar la vista de la muchacha.

Empecé mi interrogatorio con las preguntas que podían causar menos turbación:

—¿Eres realmente sobrina de madame Mandilip?

—No.

—¿Pues quién eres, entonces?

—No lo sé.

—¿Cuándo te juntaste con ella, y porqué?:

Hace veinte años. Estaba en una casa cuna, en un hospicio de expósitos, en Viena. Ella me sacó de allí. Me enseño a llamarla tía. Pero no lo es.

—¿Dónde habéis vivido desde entonces?

—En Berlín, en París, en Londres, Praga y Varsovia.

—¿Hacía madame Mandilip muñecas en todas esas ciudades?

No contestó. Tuvo un estremecimiento y sus párpados empezaron a temblar.

—¡Duerme! ¡Recuerda que no puedes despertar si no te lo mando! ¡Duerme! ¡Contéstame!

—Sí —suspiró ella.

—¿Y en todos esos lugares mataban?

—Sí.

—Duerme. Tranquilízate. Nada puede pasarte a ti por eso... —y como siguiera con su inquietud, desvié por un momento la conversación.

— ¿Dónde nació madame Mandilip?

—No lo sé.

—Qué edad tiene?

—Lo ignoro. Se lo he preguntado y me ha dicho riendo que el tiempo nada significaba para ella. Yo tenía cinco años cuando me tomó. Entonces me parecía lo mismo que ahora.

—¿Tiene algún cómplice?... quiero decir si hay otra persona que haga las muñecas.

—Uno. Ella le enseñó. Era su amante en Praga.

—¡Su amante! —exclamé incrédulo, porque me representé su corpachón, sus abultados senos, su enorme cara de caballo... Y la muchacha dijo:

—Ya sé lo que está pensando. Pero tiene otro cuerpo. Y lo lleva cuando quiere. Es un cuerpo hermoso. A él pertenecen sus ojos, sus manos, su voz. Es de una belleza deslumbrante. Se lo he visto muchas veces.

¡Otro cuerpo! Desde luego tan ilusorio como la sala encantada que la Walters había descrito... y que yo había vislumbrado en el momento de despertar del sueño hipnótico en que aquella mujer me hundió... Una imagen impresa por la mente de la hechicera en la mente de la muchacha. Dejé a un lado aquella particularidad y fui al fondo del asunto:

—Mata por dos procedimientos, ¿verdad?... ¿Con el ungüento y con las muñecas?

—¡Sí, con el ungüento y con las muñecas!

—¿A cuántos ha matado por medio del ungüento, en Nueva York?

Contestó indirectamente:

Desde que llegamos aquí, ha hecho catorce muñecas.

De manera que había otros casos de que no se nos había informado!

—¿Y a cuántos han matado las muñecas?

—A veinte.

—Oí maldecir a Ricori y le lancé una mirada severa. Se inclinaba hacia adelante, blanco y desencajado.

—¿Cómo hace las muñecas?

—No lo sé.

—¿Sabes cómo prepara el ungüento?

—No. Lo hace en secreto.

—¿Qué es lo que mueve las muñecas?

—¿Quiere usted decir qué les da vida?

—Si.

—¡Algo de la cabeza!

De nuevo oí que Ricori lanzaba un juramento en voz baja.

—Si no sabes como se hacen las muñecas, debes saber qué se necesita para darles vida. ¿Qué es?

—No, contestó.

—Has de contestarme. Debes obedecerme. ¡Habla!

—Su pregunta no es clara. Ya le he dicho que algo de la cabeza les da vida. ¿Qué más quiere saber?

—Que cuentes lo que sucede desde que uno posa para una muñeca cuando se entrevista por primera vez con madame Mandilip, hasta que la muñeca, como tú dices, adquiere vida.

La muchacha habló como si soñara:

—Dice que uno ha de ir a verla voluntariamente. Ha de consentir por voluntad propia, sin coacción alguna, en que le haga la muñeca, Que poco importa que uno ignore para qué da su consentimiento. Ha de empezar el primer modelo inmediatamente. Antes de completar el segundo, es decir, la muñeca viviente, ha de encontrar la oportunidad para aplicar el ungüento. Este ungüento, dice ella, pone en libertad a uno de los entes que residen en la mente, y el libertado ha de ir a ella para incorporarse a la muñeca. Dice que este no es el único inquilino de la mente, pero que con los otros no tiene ella ningún trato. Tampoco acepta a todos los que se le presenten. Ignoro cómo conoce al ente con quien ha de relacionarse y la particularidad a que se debe su selección. Hace la segunda muñeca. En el momento en que la da por terminada, la persona que ha servido de modelo empieza a morir. Cuando ha muerto, la muñeca vive. La obedece... como la obedecen todas...

Calló un momento. Luego dijo en un susurro: "Todas, excepto, una..."

—¿Y ésta, quién es?

—La de su difunta enfermera. No quiere obedecer. Mi tía la tortura, la castiga... pero no puede dominarla. La otra noche traje aquí a la enfermera con otra muñeca para matar al hombre a quien mi tía maldijo. La enfermera vino, pero se peleó con la otra muñeca y se salvó el hombre. Es una cosa que mi tía no puede comprender, la trae preocupada... y a mí me da... ¡esperanza!

Su voz se apagó, y de pronto, con extraordinaria energía, dijo:

—Dése usted prisa. He de volver con las muñecas. Pronto me buscará. He de marcharme... o vendrá ella a buscarme... y entonces... si me encuentra aquí... me matará...

—Ha traído las muñecas para matarme?

—Por supuesto.

—¿Dónde están ahora?

—Volvían a reunirse conmigo. Sus hombres me atraparon antes que ellas llegasen. Irán a... casa. Las muñecas corren mucho cuando es preciso. Sin mi encuentran más dificultades... eso es todo... pero volverán a ella...

—¿Por qué matan las muñecas?

—Para... complacerla.

—¿La cuerda de nudos, qué papel de desempeña?

—No lo sé, pero ella dice... —Se interrumpió para exclamar como una niña asustada:

—¡Me está buscando! Sus ojos me buscan... sus manos se mueven. ¡Me ve! ¡Escóndame! ¡Oh! Escóndame, que no me vea... ¡Pronto!...

Yo le dije:

—¡Duerme más profundamente! Húndete más, aún más, en tu sueño. ¡Ahora no te encontrará! ¡Ahora estás escondida a sus ojos!

Ella contestó:

—Estoy muy hundida en mi sueño. Me ha Perdido de vista. Estoy escondida. Pero ella está sobre mí... aún me busca...

Ricori y McCann se habían levantado y se pusieron a mi lado.

Ricori preguntó:

—¿Usted cree que la bruja la persigue?

—No —contesté— Pero no deja de ser un giro inesperado. Ha vivido la muchacha tanto tiempo y tan por completo bajo el dominio de esa mujer, que la reacción es natural. Puede ser el resultado de sugestión o tal vez el razonamiento de su propia subconsciencia... Ha dejado incumplidos algunos encargos. ha sido amenazada con castigos si...

Un grito angustioso de la muchacha me interrumpió:

—¡Me ve! ¡Me ha encontrado! ¡Sus ojos se alargan para atraparme!

—¡Duerme! ¡Duerme aún más profundamente! No puede hacerte ningún mal! ¡Otra vez te ha perdido de vista!

No contestó, pero subió un hondo y débil gemido del fondo de su garganta.

McCann gruño, ceñudo:

—¡Cristo! ¿No puede hacer algo por ella!

Ricori, a quien brillaban los ojos en su cara de yeso, dijo:

—¡Déjela morir! Eso nos evitará disgustos!

Yo me dirigí a la muchacha en tono severo:

—Escúchame y obedece. Voy a contar hasta cinco. Cuando llegue a cinco, despierta. ¡Despierta en seguida! Has de salir de tu sueño tan rápidamente, que no pueda atraparte. ¡Obedece!

Conté lentamente, ya que al despertarla con demasiada brusquedad, probablemente le hubiera producido la muerte con que, en el extravío de su razón, decía que la amenazaba la fabricante de muñecas.

—Uno... dos... tres...

Un grito horroroso salió de su pecho. Y luego...

—¡Me atrapa! ¡Sus manos estrujan mi corazón!... ¡Ahhh!.

Su cuerpo se encogió, sacudido por la convulsión. Todos sus miembros se relajaron, y toda ella descansó abandonada en la butaca. Se abrieron sus ojos y miraron apagados. Movió hacia abajo la mandíbula inferior, quedando con la boca abierta.

Me eché sobre ella colocando el estetoscopio sobre su corazón. Estaba parado.

Y entonces, de su garganta sin vida subió una voz, timbrada, dulce, con acento de amenaza y de desprecio:

—¡Necios!

¡La voz de madame Mandilip!

CAPÍTULO XVII
¡ARDE, BRUJA, ARDE!

Por sorprendente que sea, Ricori fue quien menos se afectó de los tres. Todo mi cuerpo se estremeció en un calofrío. McCann, aunque nunca había oído la voz de madame Mandilip, se quedó temblando. Ricori rompió el silencio.

—¿Está usted seguro de que la muchacha ha muerto?

—No es posible ponerlo en duda, Ricori.

Hizo una indicación a McCann.

—Trasládala al coche.

—¿Qué piensa usted hacer? —pregunté.

—Matar a la bruja —me contestó, añadiendo con acento melosamente satírico:

—No han de separarse ni en la muerte. —Y con pasión— ¡Como en el infierno arderán juntas eternamente!

Me miró con ojos penetrantes:

—¿No aprueba esto, doctor Lowell?

—Ricori, no lo sé, sinceramente le digo que no sé qué hacer. Hoy la hubiese matado con mis propias manos pero en este momento mi indignación se ha calmado, lo que usted propone es contra mis instintos, contra mis ideas y mis convencimientos sobre la debida administración de Justicia. Eso me parece... ¡un asesinato!

—Ya ha oído usted a la muchacha —me replicó— Sólo en esta ciudad, veinte personas matadas por las muñecas. Y catorce muñecas. ¡Catorce que murieron como Peters!

—Pero, Ricori, no hay tribunal que acepte como prueba un alegato obtenido en estado de hipnotismo. Puede reflejar la verdad y puede no responder a ella. La muchacha era anormal. Lo que dijo pudo ser imaginado, y como no prueba nada, ningún tribunal de este mundo basaría en él una resolución.

—No, ningún tribunal de este mundo... —dijo él agarrándome del brazo— ¿Cree usted que eso es verdad?

No pude contestar, pues en el fondo de mi conciencia creía que todo aquello era verdad. Y él me dijo:

Precisamente, doctor Lowell! ¡Usted me ha contestado! Tan bien como yo, sabe que la muchacha dijo la verdad Tan bien como yo sabe que nuestras leyes no pueden castigar a la bruja. Por eso he de matarla. Y al hacerlo, yo, Ricori, no seré un asesino. ¡No! ¡Seré el brazo de Dios!

Esperaba que le dijese algo, pero tampoco pude hablar.

—McCann —dijo señalando a la muchacha —haz lo que te digo. Luego, vuelve.

Y cuando McCann hubo desaparecido con el frágil cuerpo en brazos, Ricori, dijo:

—Doctor Lowell, debe usted venir conmigo como testigo de la ejecución.

Me rebelé contra esta orden, replicando:

—No puedo, Ricori. Estoy completamente extenuado en cuerpo y alma, He pasado

un día demasiado agitado. Además siento una pesadumbre angustiosa.

—Vendrá usted —me interrumpió— aunque tenga que llevarlo amordazado y atado como vino la muchacha. Le diré por qué. Está usted luchando consigo mismo. Si lo dejara solo, es posible que, vencido por sus dudas científicas intentase detenerme antes de que lleve a cabo lo que juro por Cristo, por su Santa Madre y por todos los santos que he de ejecutar. Podría usted ceder a su debilidad y dar cuenta a la policía. No quiero exponerme a eso. Le profeso gran afecto, doctor Lowell, un entrañable afecto; pero he de decirle que, aunque mi misma madre intentase detenerme, la apartaría a un lado con la misma rudeza con que lo haría con usted.

—Lo acompañaré —le dije.

—Entonces mande a la enfermera que me traiga la ropa. Ya que esta decidido, no quiero separarme de usted. No sea que cambie de parecer.

Tomé el teléfono y di las órdenes convenientes. Volvió McCann y Ricori le dijo:

—Cuando me vista iremos a la tienda de las muñecas. ¿Quién esta en el coche con Tony?

—Larson y Cartello.

—Bueno. Es posible que la bruja sepa que vamos. Es posible que nos haya escuchado por los oídos sin vida de la muchacha, como habló por su garganta. No importa. Hemos de suponer que no sabe nada.

—¿Está atrancada la puerta?

—No he entrado en la tienda, amo —contestó McCann— Sé que hay una vidriera. Si encontramos rejas las haremos saltar. Tony traerá las herramientas mientras usted se viste.

—Doctor Lowell —dijo Ricori— volviéndose a mi— ¿Me promete que no renunciará a la idea de acompañarme, ni se opondrá a lo que voy a hacer?

—Palabra de honor, Ricori.

—McCann, no hace falta que vuelvas a subir. Espéranos en el coche.

Ricori no tardó en vestirse. Al salir con él a la calle, en un reloj sonó la una. Recordé que aquella extraña aventura empezó una semana antes a la misma hora.

Ocupé el asiento posterior con Ricori y la muchacha muerta entre los dos. En los asientos de en medio iban Larson y Cartello, aquél un sueco estúpido; este, un italiano menudo y nervioso. Tony guiaba al lado de McCann. En media hora llegamos a Broadway, pero al acercarnos a la calle de las muñecas moderamos la marcha. El cielo estaba encapotado y soplaba un viento frío en la bahía. Me estremecí, pero no de frío.

Llegamos a la esquina de la calle, después de atravesar muchas otras sin encontrar ni a un ser viviente, como si estuviésemos corriendo por un cementerio. La calle de las muñecas estaba también desierta.

—Déjanos detrás de la casa —dijo Ricori al chofer— Bajaremos allí, y luego llevas el coche a la esquina y nos esperas.

Me latía el corazón molestamente. Había en la calle una oscuridad que parecía velar el alumbrado público. En la tienda no había luz y las sombras se concentraban en la entrada. Corría un viento impetuoso que nos traía el estampido de las olas contra los muros del Battery. No estaba seguro de poder entrar por aquella puerta ni de que ya no me retuviese la prohibición de la tendera.

McCann saltó del coche, cargado con el cadáver de la muchacha. La colocó sentada, entre las sombras del umbral. Ricori y yo, Larson y Cartello seguimos sus pasos. Oímos el ruido del coche al alejarse y de nuevo me dominó aquella impresión de pesadilla que tantas veces había experimentado, desde que puse los pies en aquella casa.

El italiano embadurnó el cristal de la puerta con una materia pegajosa, aplicó en el centro una pequeña ventosa de caucho. Sacó una herramienta del bolsillo y trazó con ella una circunferencia en el vidrio. La punta del instrumento se hundió como si el vidrio fuese de cera. Luego, sujetando con una mano la ventosa, dio ligeros golpes con una especie de martillo de goma, y el disco de cristal se quedó en su mano. Todo sin el menor ruido. Metió la mano por el agujero y estuvo manipulando sin hacer ruido durante un rato. Se oyó un chasquido. La puerta se abrió.

McCann cargó el cadáver. Entramos como fantasmas en la lobreguez de la tienda.

El italiano colocó en su lugar el disco de cristal. Entre las tinieblas que nos envolvían pude ver de una manera vaga la puerta que se abría al pasillo de acceso a la maldita sala posterior. El italiano movió el pomo de la puerta. Estaba cerrada, pero no tardó muchos segundos en abrirse, ante el prodigio de sus manejos. Con Ricori a la cabeza y siguiendole McCann con la muchacha, caminamos como sombras a lo largo del pasillo y nos detuvimos ante la puerta del fondo.

La puerta se abrió de par en par antes de que el italiano la tocase.

Oímos la voz de la fabricante de muñecas.

—Entren caballeros. ¡Han tenido ustedes la buena idea de traerme a mi querida sobrina! Hubiera salido a recibirles a recibirles a la calle... ¡pero soy una anciana, una anciana tímida!...

McCann murmuró:

—¡Apártese, amo!

Se pasó el cadáver al brazo izquierdo y manteniéndolo levantado como un escudo, pistola en mano, quiso ponerse delante de Ricori. Este lo apartó a un lado, y con la propia pistola levantada, atravesó el umbral.

Yo seguí a McCann, delante de los dos pistoleros.

Examiné la sala de una mirada. La mujer estaba sentada, cosiendo junto a la mesa. Serena, sin la menor alteración aparente, movía sus largos dedos en un bailoteo rítmico. Y no levantó la vista para mirarnos. En la chimenea había un montón de carbones encendidos. La sala estaba caliente y saturada de una fragancia desconocida para mí. Miré a los armarios de las muñecas...

Todos estaban abiertos. Dentro se veían las muñecas, en filas superpuestas, mirándonos con sus ojos verdes y azules, grises y negros, pero llenos de vida, como monigotes animados en una exhibición de vistas mágicas. Las había a centenares. Vestían unas como nosotros; los americanos; otras, como los alemanes, o como los españoles, los franceses, los ingleses, y otras llevaban trajes desconocidos. Una bailarina, un herrero con el martillo levantado... un caballero francés, un estudiante alemán con un espadón en la mano y la cara llena de cicatrices... un apache que empuñaba una navaja, con una expresión enloquecida de cocainómano, y a su lado una mujer de la vida, de boca viciosa y repugnante, y al lado de ella un jockey...

¡Toda la colección de muñecas de todos los países!

Y las muñecas parecían puestas en actitud de apercibirse a saltar sobre nosotros. Pretendían dejarnos anonadados.

Puse en tensión todas mis facultades y me esforcé por sostener aquella batería de ojos brillantes de seres vivos, como si perteneciesen a muñecas de trapo. Había un departamento vacío... otro y otro... cinco departamentos sin muñecos. Las cuatro que avanzaron contra mí cuando me hallaba inmóvil, envuelto en la verde claridad de mi dormitorio, no estaban allí tampoco estaba la de Walters.

Aparte la mirada de las filas de aquellas muñecas que nos vigilaban, para fijarla en su autora, que continuaba cosiendo plácidamente... como si estuviese sola... como si no nos hubiera visto, como si Ricori no apuntase la pistola contra su corazón... cosiendo... cantando suavemente...

¡La muñeca Walters estaba en la mesa ante ella!

Yacía de espaldas, con sus manitas sujetas por las muñecas con cordeles de cabellos cenicientos, que daban muchas vueltas, y sus manos cerradas apretaban la empuñadura de una aguja semejante a una daga.

Aquella visión duró mucho menos de lo que se tarda en contarla... unos segundos, según nuestro modo de medir el tiempo.

La concentración de aquella mujer en su trabajo, su indiferencia por nosotros, el silencio, levantaba un muro entre ella y nosotros. El penetrante olor aromático se hacía cada vez más denso.

McCann dejó en el suelo el cadáver de la muchacha. Trató de hablar, una, dos veces, y al tercer esfuerzo lo consiguió. Dirigiéndose a Ricori, dijo con voz ronca y entrecortada:

—Mátela... o la mato yo...

Ricori no se movió. Permanecía apuntando al corazón de la mujer y con los ojos fijos en el bailoteo de sus dedos. Ella no oyó a McCann y si lo oyó, no hizo caso. Continuó canturreando... y su vos sonaba como el rumor de un enjambre... era un dulce arrullo que producía sueño como las abejas producen miel... sueño.

Ricori desvió su puntería y, avanzando, descargó el arma contra una mano de la mujer.

La mano cayó y los dedos de esa mano se retorcieron como serpientes a las que se les hubiera aplastado la cabeza.

Ricori levantó la pistola para disparar de nuevo, pero sin darle tiempo para apuntar, la fabricante de muñecas se levantó, derribando la silla. Un murmullo recorrió los armarios, como clamor de voces veladas. Las muñecas parecieron abalanzarse, inclinarse adelante...

La mujer volvió a nosotros sus ojos y pareció que nos miraba a todos y a cada uno al propio tiempo. Eran como dos soles negros en que resplandecían llamas rojizas.

Sentimos la influencia de su voluntad como una ola, como algo tangible que nos anonadaba. Me sentí invadido lentamente por un entorpecimiento. Vi que la mano de Ricori que empuñaba la pistola, se crispaba y perdía el color. Comprendí que los demás eran víctimas de la misma paralización.

Otra vez nos tenía aquella señora en su poder...

—No la mire, Ricori —le advertí en voz baja— No mire a sus ojos.

No sin un supremo esfuerzo pude yo apartar mi vista de aquellos ojos negros y llameantes. Y aquellos ojos se fijaron en la muñeca Walters. Di un paso para tomarla, no sé por qué. Pero la mujer fue mas rápida que yo. Tomó la muñeca con su mano sana y la sostuvo contra su pecho. Entonces gritó con una voz vibrante cuya dulzura se derramó por todos nuestros nervios, aumentando el entorpecimiento letárgico que nos dominaba:

—¿No quieren mirarme? ¡No quieren mirarme! ¡Necios!, ¿Qué otra cosa pueden hacer?

Y entonces empezó aquel extraño, aquel incomprensible episodio que fue el principio del fin.

El olor aromático que saturaba el aire, pareció adquirir una vibración, como si aumentara por intermitencias, al tiempo que la luz de la sala se empañaba con una niebla salida de la nada, y se condensaba como en espesos cendales en torno de la hechicera, velando su cabeza de caballo y su pesada corpulencia. Sólo sus ojos brillaban a través de aquella niebla espesa.

Luego se desvaneció aquella nube. Ante nosotros apareció una mujer de extraordinaria belleza, alta, esbelta, de encantadoras facciones. Desnuda, su abundante cabellera negra, sedeña, fina, la cubría hasta las rodillas, y entre las hebras lucía su carne de oro pálido. Sólo sus ojos, sus manos, la muñeca que aún tenía agarrada contra sus senos, redondos, erguidos, virginales, indicaban quién era.

A Ricori se le cayó el arma de la mano. Oí el chasquido que producían las pistolas de los otros al caer al suelo. Me los imaginaba, rígidos como yo, paralizados por aquella increíble transformación, indefensos en las manos del poder emanado de aquella mujer singular, que alargaba su dedo hacia Ricori, diciendo entre risas:

—¿Tú quieres matarme... a mí? ¡Toma tu pistola, Ricori, y pruébalo!

Ricori se agachó lentamente, muy lentamente. No podía verle más que de soslayo, porque no podía apartar mis ojos de la mujer, y sabía que tampoco a él le era posible hacerlo, que como atados a los de ella, a medida que se bajaba, sus ojos iban subiendo. Más que ver, comprendí que sus dedos tocaban la pistola, que trataba de tomarla. Le oí un gemido. La hechicera se le rió.

—Basta, Ricori ¡no puedes!

El cuerpo de Ricori se enderezó como movido por un resorte, como si una mano forzuda lo hubiera levantado con violencia, tomado por la barba.

Percibí a mi espalda un susurro, como las pisadas de unos piececitos, como si entre mis piernas se deslizasen silenciosas bestezuelas.

A los pies de la mujer se colocaron cuatro monigotes... Los cuatro que penetraron en mi aposento envuelto en luz verdosa... el banquero, la solterona y los acróbatas.

Los cuatro se detuvieron alineados a sus pies, mirándonos con ojos brillantes y dirigiéndonos las puntas de sus diminutas dagas como espadas. Y de nuevo llenó la sala la risa de la mujer, al hablar con voz cariñosa:

—No, no, hijos míos. ¡No os necesito!

Se dirigió a mí:

—Sabe usted que este mi cuerpo no es más que ilusión, ¿verdad?. !Hable!

—Si

—Y estos que están a mis pies... y todos mis pequeños... ¿no son más que ilusión?

—Eso no lo sé —contesté.

—Sabe usted demasiado y sabe usted muy poco. Po.r tanto, debe usted morir, doctor demasiado sabio y demasiado necio. —Y sus grandes ojos me miraron con burlona lástima, y su hermoso rostro se alumbró de fingida piedad... —Y también Ricori debe morir, porque sabe demasiado. Y los otros también morirán. Pero no a manos de mis pequeñitos. No aquí. ¡No! En su casa, mi buen doctor. Volverán allí sin hablar palabra entre ustedes ni con nadie que se encuentren en el camino. Y cuando estén allí se volverán unos contra otros... quitándose la vida mutuamente... como lobos... como...

Retrocedió un paso tambaleándose.

Vi o me pareció ver que la muñeca de Walters se movía. Luego, con la rapidez de una serpiente que hiere, levantó sus atadas manos y clavó la aguja en la garganta de la hechicera... volvió a levantarlas y una y otra vez apuñaló la dorada garganta de la mujer en el mismo punto donde la otra muñeca había asestado el golpe contra Braile.

Y como había gemido Braile, así gimió la fabricante de muñecas... espantosamente, con un estertor de agonía...

Se sacudió la muñeca de encima, arrojándola lejos de sí. La muñeca lanzada en dirección del fuego, rodó por el suelo y fue a parar a los carbones encendidos.

Se produjo una llamarada de intensa claridad, y una oleada de calor semejante a la que sentimos cuando McCann tiró la cerilla encendida sobre la muñeca de Peters. E instantáneamente, a efectos de aquel calor se desvanecieron las muñecas a los pies de la mujer, después de haberse convertido en otras tantas llamaradas de intenso resplandor, que prendieron en la misma mujer de pies a cabeza.

Vi desaparecer la hermosa forma de aquella belleza sin igual e hirió mi vista la misma cara de caballo y el inmenso cuerpo de madame Mandilip, con los ojos apagados de ciega, y sus largos dedos retorciéndose por la garganta, ahora ensangrentada.

Estuvo luchando así un momento y luego se desplomó sin vida.

En el momento de su caída nos sentimos libres del hechizo.

Ricori se inclinó sobre el confuso armatoste que fue la fabricante de muñecas y le tiró un escupitajo. Luego gritó delirante:

—¡Arde, bruja, arde!

Me empujó hacia la puerta, señalándome las filas de muñecas que de un modo inexplicable parecían muertas. ¡Simples monigotes!

El fuego, prendiendo en trapos y cortinas, extendía sus llamas devoradoras hasta ellas, como un espíritu vengativo y purificador.

Cruzamos corriendo la puerta, el pasadizo, la tienda, seguidos por las llamas que propagaban por doquier el incendio. Salimos a la calle.

—¡Pronto! —gritó Ricori— ¡Al coche!

De súbito se alumbró la calle con el resplandor del incendio. Hasta nosotros llegó el ruido de ventanas que se abrían, de voces de alarma, avisando el fuego.

Subimos al coche y nos alejamos a toda marcha de aquel lugar maldito.

CAPÍTULO XVIII
LA CIENCIA OCULTA

“Se han fabricado efigies a imagen mía, dándoles mi forma, que me han quitado el aliento, me han arrancado los cabellos, han rasgado mis vestiduras, han impedido que mis pies se movieran en el polvo; con un cocimiento de hierbas me han ungido; me han arrastrado a la muerte. ¡Oh, Dios del Fuego, aniquílalos!"

Tres semanas habían transcurrido de la muerte de la fabricante de muñecas. Ricori y yo nos hallábamos sentados a mi mesa y sumidos de pronto en un torvo silencio. Lo rompí con la curiosa invocación que encabeza este capítulo, último de mi relato, dándome apenas cuenta de que hablaba en voz alta. Pero Ricori levantó la cabeza con vivo interés.

—¿Ha citado usted a alguien, a quién?

—Una escritura cuneiforme redactada por algún caldeo sobre ladrillos en los días de Assur-nizir-pal, hace tres mil años —le contesté.

—¡Y en tan pocas palabras está resumida toda nuestra historia!

—Es verdad, Ricori; toda está allí: las muñecas, el ungüento, la tortura, la muerte y la llama purificadora.

—¡Qué cosa tan rara! —murmuró— Hace tres mil años ya conocían el mal y su remedio... “Efigies semejantes a mi forma.... que han robado mi aliento... un cocimiento de hierbas dañinas... me han llevado a la muerte... ¡Oh, Dios del Fuego! ¡Extermínalos!" Si, es toda nuestra historia, doctor Lowell.

Yo le dije:

Las muñecas o muñecos mortales son más viejos que Ur de los caldeos, están antes que la historia. Desde que dieron muerte a Braile les he seguido el rastro a través de las edades. Y éste se pierde en lo más oscuro de los tiempos, Ricori. Se han encontrado profundamente enterradas en los hogares de Cro-Magnon, hogares que hace veinte siglos tienen el fuego apagado, y también en más fríos hogares de pueblos mucho más antiguos. Muñecas de pedernal, muñecas de piedra, muñecas esculpidas en colmillos de mamut, en huesos del oso de las cavernas, en colmillos del tigre dientes de sable. También entonces poseían la ciencia oculta, Ricori.

Este hizo un gesto afirmativo.

—Una vez tuve un mozo a quien quería mucho. Era un transilvano. Un día le pregunté por qué había venido a América, y me contó una historia muy extraña. Me dijo que en su pueblo había una muchacha cuya madre, según el decía, sabía cosas que ningún cristiano ha de saber. Y al decir esto tomaba la precaución de santiguarse. La muchacha era agraciada y deseable, pero él no podía amarla. Al parecer, ella estaba enamorada de él, o acaso se sentía atraída por su indiferencia. Una tarde, al volver de caza, pasó el mozo por su cabaña. Ella lo llamó y como él tenía sed bebió del vino que la muchacha le ofreció. Era buen vino, capaz de alegrar a cualquiera, mas no por eso la amó.

“No obstante, entró con ella en la cabaña, siguió bebiendo vino y, riendo, riendo,

consintió en que ella cortara pelos de su cabeza, se dejó cortar las uñas, le dio gotas de sangre de su pecho y saliva de su boca. Se despidió de ella riendo y se marchó a su casa. Se despertó muy de madrugada y sólo pudo recordar que había bebido vino con la muchacha, pero nada mas.

"Obedeciendo a una voz interior fue a la iglesia, y mientras rezaba de rodillas recordó algo más, recordó que la muchacha se había quedado con sus cabellos, con sus uñas, con su saliva y con su sangre. Y sintió una perentoria necesidad de volver a la cabaña de la muchacha y descubrir que hacía con todo aquello. Le pareció que el santo al que imploraba le ordenase dar aquel paso.

"Se encaminó, pues, a la cabaña, deslizándose entre el bosque silenciosamente y, asomándose por una ventanilla, pudo ver lo que pasaba dentro. Sentada junto al hogar, estaba amasando una pasta para hacer pan. Ya se avergonzaba de espiar con tan malos pensamientos, cuando vio que mezclaba con la masa las uñas, los cabellos, la saliva y la sangre que le había quitado, y lo maceraba todo bien. Luego vio que cogía la pasta y la modelaba, dándole la forma de un hombre en miniatura, le echaba agua sobre la cabeza y lo bautizaba con su nombre, pronunciando algunas palabras que el no pudo entender.

El pobre mozo se asusto mucho, era valiente y decidido, y esperó a que terminase la ceremonia. Vio que envolvía el muñeco en su delantal, se dirigía a la puerta y se alejaba de la cabaña. La siguió, pues como era leñador sabía como andar por el bosque sin hacer ruido y sin que ella se diera cuenta de que la seguían. Llegó a la carretera. Brillaba el filo de la luna nueva y la muchacha murmuró una oración, vuelta al astro: de la noche. Luego cavó un hoyo, donde colocó el muñeco de pasta. Y entonces se ensució en él. Hecho esto dijo:

"—¡Zarú! (así se llamaba el mozo). ¡Zarú! ¡Zarú! Te amo. Cuando esta imagen se corrompa, correrás detrás de mí como el perro tras la perra. Eres mío, Zarú, en cuerpo y alma. Cuando la imagen empiece a corromperse, empezarás a ser mío. Cuando la imagen se corrompa del todo, serás enteramente mío ¡Para siempre, para siempre, para siempre!

Cubrió la imagen de tierra. El mozo dio un salto y la estranguló.

Hubiera desenterrado la imagen, pero oyó voces, se asustó y emprendió veloz carrera. Ya no volvió al pueblo y se embarcó para América.

"Me dijo que cuando ya estaba a un día de viaje empezó a sentir que unas manos le tomaban de los talones como si quisieran arrastrarlo a las vías del tren, al mar, para devolverlo al pueblo, al lado de la muchacha. Por eso dedujo que no la había matado. Huía de aquellas manos, debatiéndose con toda energía contra ellas. No se atrevía a dormir de noche, pues cuando dormía soñaba que estaba en la carretera, con la muchacha a su lado, y tres veces se despertó, apenas a tiempo para contenerse cuando estaba por arrojarse al mar.

"Luego, la fuerza de aquellas manos empezó a disminuir. Pero siguió viviendo atemorizado hasta que recibió noticias del pueblo que confirmaron su suposición: no había matado a la muchacha. Pero más tarde la mató otro. Esta muchacha poseía lo que usted ha llamado ciencia oculta. ¡Si! Acaso encontró en ella su perdición, como la bruja que nosotros conocimos."

Yo le dije:

—Es curioso que usted diga eso, Ricori... es raro que hable usted de que la ciencia oculta pueda ser la perdición de quienes la poseen... De eso precisamente quería hablarle luego. Amor, odio y poder —tres pasiones— parece que siempre han sido los tres pies del trípode en que arde la llama sagrada, los sostenes de la plataforma de la que saltan las muñecas mortales...

"—¿Sabe usted quién fue el primero a quien se recuerda como creador de muñecas? ¿No? Pues bien, era un dios, Ricori. Se llamaba Khnum. Era un dios antes, mucho antes de que Jehová, el Dios de los judíos, que también fue un creador de muñecas. Ya recordara usted que formó a dos a su imagen en el jardín del Edén animándolas, pero concediéndoles sólo dos derechos inalienables: el derecho a sufrir y el derecho a morir. Khnum era un dios más misericordioso. No negaba el derecho a morir, pero no quería que los muñecos sufriesen; deseaba verlos alegres el poco tiempo que les daba de aliento. Khnum era tan vicio, que gobernó en Egipto en tiempos muy remotos de aquellos en que se pensó construir las Pirámides y la Esfinge. Tenía un dios hermano que se llamaba Kefer, con cabeza de escarabajo. Fue Kefer quien difundió un pensamiento, agitado como un vientecillo por la superficie del Caos. Este pensamiento fertilizó el Caos y de él nació el Mundo...

"¡Sólo una brisa por encima de la superficie, Ricori! Si ese soplo hubiera roto la piel del Caos... o hubiera penetrado hasta su corazón... ¡cuán otra sería ahora la humanidad! Sin embargo, bastó una ligera agitación del pensamiento para obtener esta cosa superficial que es el hombre. La Obra de Khnum desde entonces consistió en dar forma en las entrañas de la mujer a los cuerpos de los hijos que allí se esconden. Lo llamaron el Dios Alfarero. El fue quien por orden de Amon; el más grande de los dioses jóvenes, dio forma al cuerpo de la gran reina Hatshep-sut. Al menos, así lo escribe el sacerdote de su tiempo.

"Pero mil años antes había un príncipe a quien Osiris e lsis amaban mucho, por su belleza, su valor y su fuerza. No había en parte alguna de la tierra una mujer que fuese digna de él, por lo que llamaron a Khnum, el Dios Alfarero, para que hiciese una. Trabajó con sus dedos largos como los de... madame Mandilip... cada dedo con vida propia como los de ella. Modeló la arcilla en forma de mujer tan sumamente bella, que hasta la diosa Isis sintió un poco de envidia. Estos dioses del viejo Egipto eran rigurosamente prácticos, por eso infundieron un sueño en el príncipe, colocaron a su lado a la mujer y compararon... la palabra usada en el viejo papiro es acoplaron. Pero ¡ay! ¡Ella no armonizaba! Era demasiado pequeña. Khnim hizo otra muñeca. Pero esta era demasiado grande. Y seis fueron modeladas y destruidas, antes de conseguir la apetecida armonía, dejar a los dioses satisfechos y dar al dichoso príncipe una mujer perfecta, que había sido una muñeca.

“Siglos después, en tiempo de Ramsés III, hubo un hombre que investigó y encontró el secreto de Khnum, el Dios Alfarero. Se había pasado toda la vida buscando y era ya viejo, andaba encorvado y temblaba; pero aún se mantenía en él fuerte el deseo por las mujeres, y lo único que sabia hacer del secreto de Khmum era satisfacer este deseo. Pero le hacia falta un modelo. ¿Que mujeres eran las más hermosas Para usarlas como modelos? Las mujeres del Faraón, por supuesto. De modo que este hombre fabricó ciertas muñecas a imagen y semejanza de las que acompañaban al Faraón. También hizo un muñeco

parecido al Faraón mismo, y se incorporó a él, animándolo. Sus muñecas, entonces, lo condujeron al harén del rey, por entre los guardias, que creyeron como las propias mujeres del Faraón que era el verdadero rey. Y lo trataron de acuerdo con esa creencia.

"Pero cuando se despedía, entró el verdadero Faraón. ¡Debió ser aquella una situación sorprendente, Ricori! Una verdadera duplicidad del Faraón, milagrosamente producida! Pero Khnum, viendo lo que pasaba, bajó del cielo y tocando a las muñecas las dejó sin vida. Todas cayeron al suelo, y se vio que no eran más que muñecas.

"Donde hasta aquel momento habían visto a uno de los Faraones, no se vio ya más que un muñeco, y a su lado un viejo arrugado que temblaba.

"Puede usted ver esta historia contada con toda clase de pormenores en un papiro de la época en que se reseña el proceso que se siguió, y que ahora se conserva, según creo, en el museo de Turín, y un catálogo de las torturas a que se sometió al mago antes de ser quemado. No hay duda de que las acusaciones fueron auténticas, lo mismo que el proceso, pues el papiro lo es, Pero, ¿qué había detrás de todo aquello? Algo sucedió pero ¿qué fue, en definitiva? ¿Será una historia de las supersticiones de aquellos tiempos, o se trata de un producto de la ciencia oculta?" .

—Usted mismo ha tocado las consecuencias de la ciencia oculta —contestó Ricori— ¿Y aún no está convencido de su realidad?

Sin contestar a esta pregunta, continué:

—El cordel de nudos... la Escala de la Bruja... es también muy antiguo. El documento más antiguo de la legislación francesa, la Ley Sálica, que se escribió hace mil quinientos años, señalaba las más severas penas contra aquellos que hiciesen lo que se llamaba el Nudo de la Bruja...

—La ghirlanda della strega —dijo él— Sí, ya se conoce en mi tierra esa maldita guirnalda, aunque le disguste saberlo.

Viendo su palidez y el temblor de sus manos, me apresuré a observar:

—¿Pero no comprende usted, Ricori, que todo lo que le digo no son más que leyendas? ¿Mero folklore? ¿Sin prueba alguna ni base científica?

Empujó la silla con violencia, y se levantó para mirarme incrédulo y decirme con voz firme:

—¿Aún sostiene que los fenómenos diabólicos de que hemos sido testigos pueden explicarse en los términos científicos de la ciencia que usted posee?

Me agité desasosegadamente:

—Yo no digo esto, Ricori. Digo que madame Mandilip era tan extraordinaria hipnotizadora como criminal, y una verdadera maestra en el arte de la ilusión...

Me interrumpió agarrando con fuerza el borde de la mesa:

—¿Usted cree que sus muñecas eran ilusiones?

Desvié la contestación:

—Ya vio usted lo real que era la ilusión de su hermoso cuerpo, y no obstante vimos cómo se desvanecía en la verdadera realidad de las llamas, después de habernos parecido tan verdadero como las muñecas, Ricori.

—La herida en mi corazón... la muñeca que mató a Gilmore... la que degolló a Braile... la bendita muñeca que apuñaló a la bruja. ¿A eso llama usted ilusiones?

—Es posible —contesté obstinándome en mi incredulidad— que, obedeciendo a una sugestión posthipnótica de aquella mujer, usted mismo se clavase la aguja; es posible que por la misma causa, la hermana de Peters matase a su marido. La lámpara pudo haber matado a Braile mientras yo estaba bajo la influencia hipnótica. Y en cuanto a la muerte de la misma mujer a manos de la muñeca Walters... también es posible que el cerebro anormal de madame Mandilip fuese a veces víctima de las mismas ilusiones que infundia en el cerebro de otros. Concedo que esa mujer era un genio del mal, dominada por el deseo enfermo de rodearse de las efigies de aquellas personas a quienes mataba con el ungüento. Margarita de Valois, reina de Navarra, viajaba siempre con una docena o más de corazones embalsamados, de otros tantos amantes que habían muerto por ella. No los había matado ella, pero sabía que fue la causa de su muerte como si los hubiese estrangulado con sus propias manos. El principio psicológico que explica la colección de corazones de la reina Margarita y la colección de muñecas de madame Mandilip es uno y el mismo.

Ricori permanecía en pie y con la misma fuerza de convicción, repitió:

—Le pregunto si llama una ilusión a los actos homicidas de la bruja.

—No está bien que me mire usted así, Ricori, porque me molesta, y ya le he contestado. Le repito que a veces podía ser ella la víctima de las mismas ilusiones que infundía en la mente de los otros. A veces, ella misma podía creer que las muñecas vivían, y así se comprende el odio que experimentaba contra la muñeca Walters. Bajo la indignación de nuestro ataque, esta creencia produjo en ella una reacción. Esta idea, se me ha ocurrido hace poco, cuando le he dicho cómo me sorprendía oírle hablar de la ciencia oculta revolviéndose contra quienes la poseían. Esa mujer atormentaba a la muñeca y esperaba que ésta se vengaría a la primera oportunidad. Tan firme era su creencia o temor, que al presentarse un momento favorable, lo convirtió en acto de un modo dramático. La fabricante de muñecas, como Usted, pudo clavarse la aguja en su mismo cuello.

—¡Necio!

Esta palabra salió de la boca de Ricori, pero dicha con voz y acento tan idénticos a como la pronunció madame Mandilip en su habitación de caza y por la boca de la difunta Laschna, que me eché atrás, estremecido.

Ricori se inclinaba sobre la mesa, mirando con sus ojos negros, apagados inexpresivos. Le grité con voz chillona, delirante de pánico:

—¡Ricori!... ¡Despierte!

La espantosa impresión de aquellos ojos apagados se desvaneció. Me miró con una mirada penetrante, y dijo con su propia voz:

—Estoy despierto. ¡Estoy tan despierto que no quiero escucharle más! Ahora, oiga lo que tengo que decirle, doctor Lowell. ¡Al diablo su ciencia! Le digo a usted que tras la cortina que limita su vista, hay fuerzas y energías que nos son adversas, pero que Dios en su inescrutable sabiduría permite que existan. Le digo a usted que esas fuerzas pueden atravesar ese velo material y manifestarse en seres como la fabricante de muñecas. ¡Así es! ¡Brujas y hechiceras que van del brazo con la maldad! ¡Así es! Y existen poderes que nos son favorables y que se manifiestan en seres elegidos.

"Le digo a usted que madame Mandilip era una maldita bruja! ¡Un instrumento de

los poderes diabólicos! ¡Concubina de Satanás! Ardió como ha de arder una bruja . ¡Arderá en el infierno eternamente! Le digo a usted que la muñeca enfermera era un instrumento de los poderes celestiales.

Y hoy es feliz en el paraíso, y lo será eternamente Calló, estaba temblando de fervor. Me tomó un brazo:

—Dígame, doctor Lowell dígame tan sinceramente como si estuviese ante el trono de Dios, creyendo en Él como yo creo: ¿Le satisfacen realmente sus explicaciones científicas?

Contesté con toda serenidad:

—No, Ricori.

Y no dije más que la verdad.